

UCROPÍA

OCTUBRE DE 2022 | NÚMERO 3

REVISTA LITERARIA - TERROR / HORROR

ENTREVISTAS

MARCIA MORALES
[EDITORIAL CTHULHU]

POLDARK MEGO
Y SU CUENTO
"LA CHICA PERRO"

ANTOLOGÍA

V. GARCÍA CALDERÓN
LEYLA BARTET
MANUEL BEINGOLEA
ARTURO D. HERNÁNDEZ
MARIELLA SALA
GUILLERMO THORNDIKE
JOSÉ B. ADOLPH
CLEMENTE PALMA

EL TIEMPO DE ADOLINI

CUENTOS

ENTREVISTAS Y
ARTÍCULO

RECENSIONES DE LOS
SENTIDOS

Año 2, No. 3

Noviembre 2022

Lima - Perú



H. Ricardo De la Cruz M.: *Waiting for the Dawn*

Facebook: El Tiempo de Adolini

IG: @eltiempodeadolini

Dirección:

Alejandra Monterroso

Diagramación y edición:

Jean C. Rojas

Connia Diaz

Alejandra Monterroso

Corrección de estilo:

Gonzalo Portals

Contenido:

Jean C. Rojas

Alejandra Monterroso

Redes sociales e interacción:

Connia Diaz

Contacto:

ucropiarevista@gmail.com

Celular: 970414015

ÍNDICE

Prolegómeno.....	2
Entrevista a Poldark Mego y su cuento "La chica perro"	4
Antología de cuentos de terror/horror	24
Artículo: ¿Cómo hacer un monstruo? La receta de The Cramps para una auténtica (pro)fusión mutante, de Gonzalo Portals.....	64
Entrevista a Marcia Morales (Editorial Cthulhu).....	73
Recensiones del ojo cinéfilo.....	76
Recensiones de lo sonoro.....	82

PROLEGÓMENO

Toda clausura de un ciclo implica la concreción de esfuerzos comunitarios, pero sobre todo el hecho de haber cumplido con los propósitos establecidos al inicio de un proyecto. Comporta, asimismo, el anudamiento pertinente de una trilogía de géneros hermanados por su desatención consuetudinaria, pero en estos últimos tiempos caracterizado, afortunadamente, por un despliegue importante y reivindicativo. Estos tres números han servido para dar cuenta de esta renovada preocupación por tres géneros considerados marginales, pero cuya lectura cuidadosa ameritaba detenerse en sus facturas y leer entre líneas.

Ucropía se creó para atestiguar un momento en el avance de lo fantástico, la ciencia ficción y el terror/horror de nuestro país. Una especie de fotograma de época, capaz de dar razón de aquello gestado hasta la fecha y que sigue realizándose en las letras peruanas, a despecho de los enclaves editoriales y las voluntades encaminadas a seguir menospreciando géneros cada vez más estimados y requeridos por el público.

Esta vez el ojo avizor, tras una circunnavegación por lo fantástico y la ciencia ficción, ha recaído en el terror/horror, el género que más lectores ha ganado de manera justificada en los últimos tiempos en nuestro país, pero de cuyos materiales aurales y desarrollo a lo largo de estas décadas poco o casi nada se conoce.

Este tercer número, el que le muerde la cola a la serpiente uróboros para una regeneración necesaria, trae las ilustraciones perturbadoras de H. Ricardo de la Cruz, de El tiempo de Adolini, a quien agradecemos por permitirnos mostrar parte de su trabajo. Asimismo, ofrecemos sendas entrevistas al escritor Poldark Mego y a la responsable de la Editorial Cthulhu, Marcia Morales, así como una muestra de escritoras(es) peruanas(os). Por último, presentamos un artículo de Gonzalo Portals sobre una banda de rock que se apropia de contenidos de cintas de terror, y una muestra de reseñas musicales y cinéfilas.

Este último número, como lo fue con los dos anteriores, ha sido trabajado con el esmero que guía a quienes vivimos gobernados por lo fantástico, la ciencia ficción y el terror/horror. No nos mueve otra razón más que la de adentrarnos en sus contenidos literarios y percibir sus vuelos radicales. En el caso de este tercer capítulo, espero que sus páginas los conduzcan de manera amable al ámbito de las sombras y sus incertidumbres necesarias.



EL TIEMPO DE ADOLINI

Ricardo D. L. ...

ENTRE LÍNEAS OSCURAS

POLDARK MEGO Y SU CUENTO “LA CHICA PERRO”



LIMA - PERÚ [1985]

Psicólogo, actor y director de teatro. Como autor publicó los libros *Pandemia Z: Supervivientes* (Torre de papel, 2019); *El Domo, historias distópicas* (Torre de papel, 2020, 2021); *Pandemia Z: Cuarentena* (Torre de papel, 2021) y *El libro del Erebo, cantares desde el Abismo* (Editorial Cthulhu, 2022). Es ganador del primer puesto en el concurso de relatos de ciencia ficción Tierra en el año 3000, Orbituario (Perú-2019). Ganador de los estímulos para la reactivación cultural, organizado por el Ministerio de Cultura, con el cuentario *Nowhere City* (Torre de papel, 2021). En el 2022 recibió un reconocimiento por parte de la Municipalidad de Bellavista-Callao por su labor como escritor y difusor cultural. Como gestor cultural ha organizado la feria del libro Outlet 2020, la Convención Internacional de Literatura Fantástica Uróboros 2020, 2021. Su cuento “Génesis en pausa” ha sido traducido al inglés, al formato audiolibro y al formato de lengua de señas peruanas.

1. Cuéntanos cómo fueron tus inicios en la literatura de terror. ¿Cómo era el mercado en ese momento?

Recuerdo mi primer cuento, o intento de uno, lo llamé “Terapia intensiva” y traté de reunir mis dos pasiones en el texto: la narrativa de terror y la psicología. Lo envié a una de las primeras convocatorias realizadas por Editorial Cthulhu y fui rechazado; no los culpo, el texto era malo, primarioso. Fue una buena bofetada para saber que no solo se trataba de consumir terror, había que saber contarlo.

Hasta ese momento la mayoría del contenido que me servía de base provenía de la filmografía. Me consideraba un lector promedio, pero necesitaba más, tenía algunas lecturas a base de clásicos, mas no era suficiente. Hasta ese momento había disfrutado de las lecturas, y lo que necesitaba era examinar las lecturas, conocer el cómo antes del qué se contaba en una historia.

Con eso en mente, lo primero que hice fue retomar mis entrevistas psicológicas; existe mucha historia ahí, los eventos inciertos no faltan. Con esa base ya se trata de torcer más la realidad, agregar elementos fantásticos fuera del discurso y torcer y torcer. Para mí la clave está en preguntarme ¿por qué no? cada vez que debo hacer insoportable la vida de mis protagonistas.

Con todo eso hubo dos eventos que arrancaron esta aventura. El primero fue una mini-feria de terror en el 2017, organizada por Editorial Cthulhu, en la que conocí que no solo existían editoriales independientes de diverso calibre, si-

no autores peruanos de terror, quienes dieron un pequeño taller de esa literatura y me dieron nuevas luces y perspectivas. Poder conversar con ellos, aunque brevemente, me ayudó a desarrollar hipótesis personales sobre cómo acercar la otredad a los lectores.

El segundo evento fue que, ya con el nuevo bagaje, me animé a enviar al sitio web Círculo de Lovecraft, en España, mi cuento “El destino de Liam Ward”, una historia sobre gente pez y el fin del mundo. Quedó seleccionado para su número 7, Terror en la mar. Esa fue la comprobación o patada inicial para saber que, si bien aún no tenía la fórmula final, al menos había iniciado algo.



En el caso del mercado, para mí era terreno desconocido; más allá de los grandes sellos y los grandes nombres, no tenía idea de lo que se producía aquí. A lo mucho había leído sobre leyendas de la Amazonía, la cual considero mi segunda tierra, pero las leyendas no eran el terror que yo buscaba. Después de la miniferia, pude conversar más con editores que encaminaban sus sellos hacia la literatura de género y comprender que era un microcosmos de propuestas, aisladas por sectores, temas geográficos y mercados emergentes que dependían mucho de su público objetivo. Estaban abriendo camino ante la emergente ola de lo fantástico que se avecinaba. Creo que llegué en el momento justo.

2. ¿Qué pesa más a la hora de tu elección por un tema a tratar: el cine, el manga, una experiencia contada por terceros, un sueño?

En un inicio dependía de la convocatoria. Me pasaba revisando las páginas de convocatorias para cuento y casi nunca rechazaba un reto: brujas, mundos por explorar, monstruos, etc.; ciencia ficción, fantasía, terror, quería escribir de todo. Cada tema que pedían despertaba una idea en mi cabeza; esto, básicamente, porque la manera cómo construyo mis historias van más a la figura que al fondo, es decir, me interesa más contar una historia de venganza, amor, justicia, castigo, dependencia emocional, honor, etc., que aquellas en las que de fondo haya hombres lobo, futuros distópicos, virus mortales o lo que fuese simplemente el escenario. Podría contar la misma historia de traición con zombis,

con dragones o en el último año del universo, lo que importan son las esencias humanas, lo demás es el marco.

Ahora, de dónde saco las ideas para “el fondo”. De casi todos lados. Usualmente del cine y la literatura occidental cuando quiero una historia con un ritmo rápido, una caída sin frenos a la vesania. Uso el manga/anime japonés, quizá para casos específicos porque tienen un acercamiento distinto, más por estratos, con un fondo que tiene matices sentimentales, para historias que requieren un acercamiento más pausado pero efectivo.

Con “la figura”, es decir, para el conflicto emocional, utilizo lo aprendido en la formación de terapeuta. Muchas veces me han preguntado cómo creo personajes femeninos y masculinos, cómo los diferencio. No lo hago. A mí me importa más la emoción, la reacción de ese personaje ante la otredad, cómo reacciona un ser humano ante determinada situación. La elección de si es hombre, mujer, niño, niña, anciano, viuda, etc., depende de la carga emocional que deseo causar en la historia. La psicología ayuda mucho al momento de agregar naturalidad en la reacción de ese personaje basándome en un constructo básico de personalidad.

Aunque hubo dos excepciones, la primera en el cuento “Lepidóptera”, que fue un sueño provocado por la película *El coleccionista II*, en la que hay una escena de un cuerpo modificado

para parecer un insecto. Adoré la manera cómo se había transformado la carne en algo nuevo, sin dejar de ser lo que es en esencia. Me gusta muchísimo lo que llamo “la elucubración sobre el tratamiento de la carne”; entiéndase lo que hace Cronenberg, Barker, Enis...

La otra excepción fue una experiencia personal: un miedo profundo me aterró cuando recibimos la noticia de que mi hija, en aquel momento gestándose, corría el riesgo de no llegar a término. Ya habíamos perdido un primer bebé en gestación y un segundo golpe hubiera sido imposible de superar. Ese terror, verdadero terror, impulsó toda la novela de *Pandemia Z: Cuarentena*. Al final, solo quedó en un temor que no se concretó, pero en la novela trato de reflejar toda esa catarsis.

3. ¿En qué medida influyen en tu escritura los mitos y las leyendas del antiguo Perú?

Sinceramente, no mucho. Los mitos que más domino son los amazónicos. Me gusta pensar en que estoy conectado con mis raíces selváticas, aunque sea chalaco de nacimiento. Toda mi familia es de la selva; sus tradiciones, historias, su vida ha pasado a mí con mucho cariño. Respeto profundamente el misticismo andino, pero creo que conozco una parte tan pequeña de todo el panteón que no me siento en la potestad de generar historias de un terreno tan ignoto. En ese escenario, el cariño que le tengo a la mitología amazónica tampoco genera en mí la capacidad de crear historias de terror. Para mí, entidades como la Yacumama, el Chullachaqui, el Tunche y tantos otros, me provocan una sensa-

ción de pertenencia y siento que las historias que produciría de esos derroteros serían de reivindicación cultural más que de miedo propiamente dicho. Y es que tuve la suerte de conocer gente que mantenía la tradición oral de las leyendas originales, no las versiones amalgamadas por el sincretismo que se dio durante la extirpación de idolatrías. En estas historias la fauna mítica amazónica es mucho más impresionante.

4. ¿Reconoces una tradición de la literatura de terror en nuestro país o crees que los esfuerzos escriturales en esa línea son todavía muy difusos o poco sólidos?

Esta es una pregunta difícil, porque creo que la literatura de género —entiéndase ciencia ficción y terror (no incluyo la fantasía porque siempre ha existido producción, aunque sea retomando, recreando o reuniendo nuestros mitos milenarios)— no posee tradición que se pueda remontar a siglos atrás. Creo que han existido vados, islas que cada tanto surgían del mar de crónicas y realismo, cuentos y autores separados por décadas de silencio o imposibles de conectarse geográficamente.

“

Creo que aún no podemos hablar de tradición porque la posta generacional no ha sido pasada, todavía estamos en la era en que editoriales como Cthulhu, con su producción específica, o Torre de papel, con sus publicaciones más eclécticas, y decenas de sellos más con antologías o publicando a autores de terror, están generando”.

Es la primera generación de casas y escritores interconectada; año tras año, desde hace unos ocho tal vez, que se produce de manera continua, que nos reunimos, que convergemos, debatimos y compartimos, y seguimos siendo la primera generación. Aunque cada año aparezcan nuevos autores, aún la estafeta no cambia de mano. Tal vez en una década más, tal vez cuando las nuevas plumas incluyan entre sus influencias autores que en la actualidad están trabajando, ya podríamos hablar de una minúscula pero germinante tradición.

5. ¿Cómo inscribes tu trabajo literario dentro del panorama latinoamericano? ¿Crees que la literatura de terror en nuestro país posee características particulares?

Para eso no tengo una categoría específica. Con los libros de zombis me han catalogado como la nueva sangre en los libros Z de Perú, aunque no conozco autores anteriores a los pocos que somos en la actualidad. Con el "Domo" he logrado ser reconocido en la antología de la revista *Próxima* (Argentina), una de las más importantes respecto a la difusión de lo que se está haciendo en ciencia ficción latinoamericana, incluido junto a otros, como lo mejor del 2020-2021.



“

Con *El libro del Erebo* se me acusa de ser un nuevo exponente de la literatura de lo grotesco en Perú.

Para ser sincero, no tengo una idea total de los cánones o requisitos para pertenecer a uno u otro estilo, escuela o tradición. Yo necesito contar historias, es la única manera de estar tranquilo.

No me detengo a pensar en dónde calzará lo que estoy contando.

Con el tiempo cada narración encontrará su lugar o no, de eso no me encargaré yo”.

Con respecto a las características particulares, sí, pero depende de dónde apuntes la lupa. Existe mucho terror que se asemeja o puede calzar perfectamente con narraciones norteamericanas, desde su estructura hasta sus vueltas de tuerca, pero eso mayormente las he leído en Lima. Aunque también están las que recogen leyendas urbanas y monstruos importados. Si apuntas al interior del país, destaca mucho lo regional, los seres propios de la sierra, la selva, la tradición, la necesidad de no dejar morir las raíces. Son mundos muy diferenciados. El Perú interno no tiene necesidad de importar nada de afuera, goza de mucha vitalidad. He leído leyendas repensadas, recontadas, replanteadas de maneras maravillosas. También la conjugación de seres de otras mitologías comulgando con las tradiciones regionales, pero lo propio siempre se impone. Es una suerte de resistencia.

6. ¿Cuán gravitante fue el influjo de Lovecraft y de su círculo inmediato en tu creación literaria?

Como dije líneas arriba, yo leía, pero no leía tanto como creía que leía. Conocía a Edgar Allan Poe y Stephen King casi por norma, pero no tenía idea de la existencia de Lovecraft hasta que se publicó "El destino de Liam Ward" y mucha gente me habló del maestro de Providence. Diré en mi defensa que el apellido Ward y que se trate de una visión particular de los monstruos marinos (Dagon, profundos, etc.) fue una sencilla coincidencia: yo quería contar una historia de gente pez y eso hice.

Cuando me hablaron de Howard, comencé a buscar sobre él, comprendí que mucho del terror cósmico que consumía derivaba de lo que alguna vez él escribió. Conocía a Cthulhu en sus manifestaciones más actuales en juegos de video o películas donde salían seres inspirados en la obra del maestro. Leerlo me abrió un abanico de experiencias, era como regresar a la fuente, detenerme ahí fue imposible; pero no me quedé en su círculo, me fui por las ramas y llegué a los autores que, hoy por hoy, son mis más grandes exponentes de la otredad, del miedo, de aquello que me perturba: Algernon Blackwood y Thomas Ligotti.

Del primero, leer *Los sauces* me fascinó, con árboles y un río me causó un serio malestar, la propia naturaleza se volvía indómita y apremiante sin dejar de ser naturaleza. Y Ligotti tiene una visión tan derrotista del mundo, es como leer *Las penas del joven Werther* cuestio-

nando la caverna de Platón, sin saber dónde está el verdadero horror.

“

Concluyo que Lovecraft, y su círculo, ya me habían influido a través de una tercera línea, pues sus ideas llegaron a mí deformadas, pero manteniendo su esencia mediante los trabajos de creadores más actuales. Al final fue muy satisfactorio conocer el origen del miedo".



LA CHICA PERRO
(MAKAI SHOJO)

LA CHICA PERRO

(Makai Shojo)

—A este mundo se le llama destino,
el hilo vinculante se enrolla alrededor de un
prejuicio impotente y frágil,
el odio,
la tristeza,
acaban en lágrimas,
tras las cortinas, a medianoche, se ejecutará
cualquier venganza pendiente—.

Makai Shōjo

Los calurosos aplausos y las sonrisas embelesadas de los estudiantes de tercer año eran la muestra más sincera de aprecio y admiración. El salón felicitaba a Shinzato Natsumi, la delegada de la clase, por su nuevo logro académico, ya que regresaba a la preparatoria con el primer puesto en el concurso de matemáticas a nivel nacional. Lo cual era una raya más al tigre en la larga lista de éxitos acumulados por la joven con la mejor proyección a futuro de la escuela, y quizá, de todo Tokio.

Las señales de aprobación proseguían y ahora parte de la plana docente y el propio director se sumaban.

—Haremos el anuncio en el patio central — anunciaba la máxima autoridad estudiantil.

—Deben venir tus padres —sugería el profesor Akamine, con el pecho hinchado, presumiendo ser el principal asesor académico de la muchacha. Yo la descubrí, parecía decir su sonrisa.

Nakazato Hiro era uno de los pocos indiferentes al jolgorio. Posó sus manos en el respaldar del asiento de adelante.

—¿Puedes creerlo? —le preguntó a Toma Sayuri, su amiga de infancia, que en ese momento tenía el semblante abstraído y decaído, su expresión era una quimera hecha de desconcierto y pena.

Ella miraba al campo de deportes como intentando hallar respuestas a un enigma oculto que le preocupaba. Hiro sentía la indiferencia, hacía más de dos semanas que su mejor amiga había cambiado, pero por más que buscaba la manera de tocar el tema ella siempre lo evadía.

Sayuri regresó en sí al escuchar la insistencia de Hiro.

—¿Crear qué? —le preguntó sin verle a la cara, últimamente evitaba el contacto visual con todos y en especial con él.

—Pues que la señorita perfección vino con el galardón de oro. —Hiro se sentó al lado de Sayuri, ella se amilanó un poco a la ventana, él lo notó—. ¿No se cansa? Mírala, de piel blanca, larga cabellera negra, esos rasgos delicados, es inteligente, sofisticada, destaca en los deportes. ¿Salió de un anime o qué?

—No te burles de ella —le advirtió Sayuri y en ese

mínimo instante cruzó miradas con Natsumi.

La delegada devolvía las sonrisas a todos los presentes y de inmediato Sayuri se redujo como si un peso invisible la comprimiera. Se sonrojó y enterró la cabeza entre los hombros.

—¿Qué te ocurre? —inquirió Nakazato, con las cejas curvadas, extrañado.

—Nada. —La estudiante de tercer año se puso de pie—. Necesito... —no supo cómo terminar su frase y se retiró.

El agua discurría indetenible en el lavatorio. Sayuri se mojaba el rostro una y otra vez para despejar sus pensamientos, pero estos seguían introduciéndose en su consciencia como espinas venenosas.

¿Por qué me pasa esto a mí? ¿Cuándo terminará?, se afligía pensando con aquella pena que, incrustada en su pecho, crecía como un animal nefasto dispuesto a devorarla de vergüenza.

—Aquí estabas —la angelical voz femenina llegó a los oídos de Sayuri y penetró su cerebro torturándola. Por más bella que sea aquella voz, le pertenecía a un ser inmundo y corrupto, al cual Sayuri había aprendido a odiar.

La estudiante cerró el caño y se dio la vuelta, justo para encontrar a su némesis a medio metro de distancia. La delegada de clase, con una postura altiva y perversa, se acercó a Sayuri.

—Ahora... Ladra, inu-chan —le susurró tan cerca que sus alientos se confundieron.

Sayuri trató de guardar la compostura, con las manos en puño y los labios cerrados en un gesto contrito. El tormento que vivía sumaba un nuevo peso que golpeaba, como un ariete, a su ya dañada autoestima. Natsumi estaba acompañaba de otras dos chicas.

La abeja reina y sus secuaces, pensaba Sayuri, siempre juntas a todos lados.

—¿Qué pasa? ¿No me digas que no te importa que

la gente lo vea? —dijo la delegada, sacó su móvil y al abrirlo Sayuri se espantó con lo que mostraba la pantalla.

—Guau, guau... —comenzó a ladrar—. Guau, guau... —e hizo, con la mano, el ademán de una pata de perro.

Natsumi rompió en risas y sus acompañantes la imitaron con igual o mayor fuerza. Sayuri escondió el rostro mirando al suelo, sonrojada, apenada, molesta, contrariada.

—Bien hecho, inu-chan, bien hecho. —La delegada acarició la cabeza de Sayuri como si realmente se tratase de un animal doméstico. La alumna se despojó del gesto con un movimiento brusco—. Hey, no te rebeles inu-chan, recuerda lo que tengo de ti —la amenazó fríamente Natsumi, cerró su teléfono móvil y se retiró del baño de mujeres junto a sus dos acompañantes.

Sayuri apretó los dientes colérica.

—Espera mi mensaje esta noche y no llegues tarde —finalizó Natsumi y cerró la puerta tras de sí.

Sayuri se quedó sola en aquel baño y lloró amargamente.

Nakazato solía acompañar a Sayuri de regreso a casa, así fue en la escuela primaria, en la media y durante los tres años de preparatoria. Sin embargo, hace un par de semanas él regresaba solo. En muy raras ocasiones había tomado el tren sin la compañía de su mejor amiga, hacerlo durante tantos días consecutivos le resultaba aburrido, penoso. El trayecto se convertía en un viaje largo y monótono que le daba tiempo para pensar en su futuro. Ya era esa época del año en que los de tercero debían decidir qué hacer en adelante.

Yo no soy alguien brillante, como la señorita perfección, reía Hiro y ojeaba una lista de opciones

apuntadas en su libreta: actor, obrero, heredar la panadería de papá.

Alguien se sentó a su lado y reconoció de inmediato el uniforme de su centro educativo.

—¿Por qué tan solo? —le preguntó Tsukayama Akemi.

Hiro la reconoció de inmediato, era una de las rémoras que acompañaban permanentemente a la tiburón blanco, Shinzato Natsumi.

—¿Qué quieres? —respondió secamente Hiro. Él no confiaba en la señorita perfección, mucho menos en sus compinches. Tanta excelencia y superioridad siempre escondían algo pérfido y podrido, aquella lección la extraía de todos los mangas que había leído.

—Oh, qué cruel eres. —Akemi se acercó a Hiro y recostó su juvenil cuerpo sobre el hombro del chico—. Y yo que venía con buenas intenciones.

Nakazato quedó paralizado, aquello no era un comportamiento común, al menos no en dos compañeros de clase sin mayor relación. Se puso tenso y se aferró a su maletín.

—¿Qué... qué crees que haces? —la lengua se le trababa y empezó a sudar copiosamente.

—Solo quiero ser tu amiga —le respondió Akemi muy cerca al oído y sonrió pícaramente.

Sayuri observaba, desde el balcón de su habitación, a las ventanas y cortinas cerradas del cuarto de Hiro.

A esta hora ya debería estar en casa, pensaba.

Vestida ya con su ropa de casa sopesaba las opciones que tenía frente, al grave problema que enfrentaba.

¿Y si desaparezco?

Creía que una alternativa segura para evitar mayor

vergüenza sería aislarse totalmente, como lo haría un *hikikomori*.

No, no, no, escondió la cabeza en los hombros.

Hacer eso significaba que Shinzato ganaba, pero la otra opción que tenía le causaba pánico y la desestimó. Sintió una ola de rabia, que suprimió de inmediato, al recordar lo que la delegada de clase tenía de ella.

Las fotos... Todas esas vergonzosas fotos, nuevamente los colores se le subieron a la cara y sollozó.

Desde el balcón Sayuri pudo ver que su mejor amigo y vecino estaba ingresando a su casa, por el patio frontal. Quería hablar con él, explicarle las cosas, pero le daba vergüenza, demasiada vergüenza. Hiro, instintivamente buscó el balcón de su amiga y al darse cuenta de que ella estaba ahí, abrió los ojos sorprendido, bajó la cabeza e ingresó raudo a su domicilio.

—Hiro... —dijo Sayuri en un suspiro.

Hace un mes la sonrisa de Sayuri era su atributo más natural. Gozaba de estar en último año, de ser *senpai* de varios *kōhai* que la estimaban, no por ser la más lista del salón o tener los mejores atributos, simplemente Sayuri sabía ganarse a la gente con su sencillez y sinceridad. Hiro destacaba esta particularidad de ella y le auguraba un gran futuro. En retrospectiva, el evento que atormentaba a Sayuri empezó aquella mañana, justo después de la clase de educación física. Las chicas regresaban a cambiarse cuando la alumna Toma tropezó con la delegada de clase y sus secuaces.

—Oh, lo siento, fue mi error —se excusó inmediatamente Sayuri.

—No, para nada, yo me metí, lo siento —se disculpó

la delegada. Sus rémoras se alejaron para dejarlas interactuar—. ¿Eres Toma? ¿Toma Sayuri? — preguntó Natsumi con una delicada sonrisa dibujada en sus preciosos y finos labios.

—Sí, delegada —saludo Sayuri con una reverencia.

—Llámame Shinzato, en unos meses más ya no seré delegada de nada —su broma causó expresiones tristes en su sequito.

—De acuerdo, Shinzato-san. Permiso —apuró el paso Sayuri hacía su casillero.

Esa era la primera vez que Sayuri intercambiaba palabras con quien fue la delegada del salón durante los tres años de preparatoria. Normalmente los alumnos, como moscas a la miel, se acercaban a ella para todo: consultas de clase, preguntas personales, consejos e incontables declaraciones de amor (que rechazaba humildemente). Sayuri nunca sintió la necesidad de revolotear alrededor de la señorita perfección y eso estaba bien para ella.

Aquella misma tarde Hiro debía quedarse, por encargo del profesor, por lo que Sayuri regresaría sola. Ya había pasado antes, solo que en esta oportunidad la joven tenía un extraño presentimiento. Le recordaba cuando de niña desafió a Hiro a caminar por un sendero oscuro una noche de verano, en que ambas familias fueron de vacaciones a la playa. La niña Sayuri, valientemente, atravesó el camino empedrado hasta las gradas de un templo abandonado y regresó triunfante. Hiro no tuvo el temple y echó a llorar. A la mañana siguiente ambos regresaron al lugar del reto y vieron que había un letrero que advertía sobre las peligrosas serpientes que se arrastraban por el bosque. Sayuri casi se desmayó del susto al saber que, en su intrepidez, pudo ser mordida por uno de estos rastros animales. Esa tarde experimentaba la misma sensación. Sentía que caminaba a través de una ruta lúgubre y que

algo furtivo y pernicioso se escondía en cada esquina.

—¿Toma-chan? —una voz angelical irrumpió sus pensamientos.

Al darse la vuelta se encontró con la delegada de clase, sus guardaespaldas estaban varios metros más atrás. Pese a tratarse de la misma mujer con la que chocó en la mañana en los vestidores, había algo distinto en su expresión.

Serpientes, pensó de inmediato.

—Shinzato-san, buenas tardes —saludó Sayuri con toda la intención de seguir su camino.

—¿Por qué tú no..., Toma-san? —la pregunta inconclusa de la delegada dejó con algo de intriga a Sayuri. Sin embargo, empezaba a sentir una rara incomodidad por estar frente a aquella mujer de expresión viperina. —¿Por qué tú no? No lo entiendo.

Sayuri quiso evadir a Natsumi, pero la presencia de la delegada se impuso forzándola a continuar la charla.

—¿Yo no? No le entiendo, delegada.

Sayuri no era de evadir la mirada a nadie, pero algo en Shinzato comenzaba a apabullarla.

—¿Cómo es posible que en tres años tú nunca te hayas acercado a mí, ni me rindas pleitesía? — preguntó Natsumi confundida.

La pregunta parecía tan absurda que Sayuri relajó los hombros un segundo pensando que todo se trataba de una broma, pero al ver cara a cara a su delegada de clase comprendió que era en serio.

La serpiente exige adoración, pensó Sayuri.

—Te has pasado cada año ignorándome, a pesar de que soy bella, inteligente y popular. —Natsumi usaba un tono afectado con una pizca de veneno que empezaba a fluir desde su lengua hasta los oídos de Sayuri—. A pesar de todo, tú pasas de largo como si no existiera.

—Yo... no era mi intención, yo... — balbuceó mien-

tras pensaba: *¿Qué debo contestar? Nunca me importó acercarme a ella*, reflexionó finalmente—.

No quise menospreciarte, es solo que yo no...

—¿No qué? ¿No te importa ser amiga de tu delegada de clase? —La postura de Natsumi cambió, la serpiente se preparaba para atacar—. Me esfuerzo mucho para que me reconozcan, ¿sabes? No es nada fácil obtener las mejores calificaciones y cuidar mi piel. Trato de ser un ejemplo a seguir y tú no eres nada agradecida con mi esmero.

Sayuri no entendía por qué se sentía mal.

—Si se esfuerza es porque quiere, no porque yo se lo pido —se llevó las manos a la boca al darse cuenta de que aquello no fue un pensamiento. Lo dijo en voz alta. Natsumi agrió el rostro en una expresión de rabia contenida.

—Aprenderás a adorarme... —sentenció y se retiró a la compañía de sus aliadas.

Sayuri, con el corazón en la boca, corrió hacia la estación de tren, pensaba en Hiro y las ganas que tenía de tenerlo cerca. Él hubiera podido protegerla, a él tampoco le importaba la delegada de clase, siempre habían estado juntos.

Y justo hoy no está, se lamentó Sayuri y metió la cabeza en los hombros.

El viento se llevaba sus incipientes lágrimas. Aquella noche, cuando Hiro la saludó desde su balcón, Sayuri se excusó diciéndole que no se sentía bien y que dormiría temprano. No durmió, la amenaza de la delegada la mantuvo en vela hasta entrada la madrugada e incluso se sobrepuso a los pensamientos románticos que Sayuri tenía para Hiro, que era demasiado lento para darse cuenta de las señales.

Dos semanas después Sayuri fue convocada por Tsukayama para que vaya, en el receso, a los baños de la cancha deportiva. En un inicio se mostró renuente, pero la insistencia de Akemi y lo que parecía decir entre líneas, la intrigó demasiado y,

en el primer descanso, apareció en el lugar citado.

—Ladra —fue el saludo que le dio Natsumi al verla llegar.

—¿Qué? —preguntó confundida Sayuri, pues no sabía a qué se enfrentaba.

—Desde ahora serás mi inu-chan y como buen perro, cuando te ordene que ladres, lo harás. — Natsumi, con los puños en la cintura y la larga cabellera azabache cayéndole sobre el hombro, daba la impresión de ser de la realeza, un ser inmaculado, superior y de órdenes absolutas.

—¡No! —contestó Sayuri. Por su cabeza pasaban cientos de insultos e improperios, pero como si se tratase de un embudo, lo único que salió de sus labios fue el rotundo monosílabo.

La delegada de clase hizo un gesto con la cabeza. Una de las rémoras cerró la puerta del baño y la otra vigilaba que nadie llegara de improviso. Sayuri empezó a sudar y sentía que su poco desarrollado pecho se agitaba. Las manos le temblaban: esperaba una pelea o algo violento. Lo que vino fue peor. Natsumi sacó de su bolsillo una serie de fotos que dejó caer al suelo. Imágenes en las que se apreciaba a Sayuri en ropa interior mientras se cambiaba en el vestidor de mujeres. Las fotos, por el ángulo, habían sido tomadas a escondidas con alguna cámara de teléfono móvil.

—¿Qué es esto? —reclamó la joven recogiendo las imágenes, debido a lo húmedas y temblorosas que tenía las manos, las fotos se caían mostrando a una Sayuri torpe y nerviosa.

—Recógelas todas, quédalas, quémalas, haz lo que quieras. De donde salieron hay más, muchas más.

Sayuri quedó totalmente paralizada.

—Ahora, inu-chan. Si no deseas que estas fotos circulen por todo el colegio... Ladra para mí —dijo Natsumi y humedeció sus labios mostrando aquella lengua viperina que recién comenzaba la tortura. Sayuri, viéndose acorralada, intentó replicar.

Iré con Akamine sensei, fue su primer pensamiento, pero Natsumi, certera como una cobra, ya había intuido los futuros movimientos de su presa y apuntaba directo a la garganta.

—Puedes llevar las fotos a quien quieras, acusarme con quien creas correcto. Solo toma en cuenta dos cosas: ¿Le creerán a una doña nadie o a la delegada de clase? ¿Te arriesgarías a acusarme sabiendo que puedo filtrar estas fotos en toda la red de la escuela? —se reía Natsumi. —¿Te imaginas la cantidad de chicos que se masturbarán viendo tus diminutos pechos? —Sayuri se mordía la lengua de impotencia—. Tal vez Nakazato-san las quiera... ¿Podría ser?

—No, no, por favor.

—Ladra, inu-chan. Sé mi perro y obedece a tu ama ¿o quieres que todos te vean?

La impotencia se había transformado en pesadas cadenas que pusieron de rodillas a Sayuri. Con el rostro enrojecido y agitada por la desesperación contemplaba sus escasas opciones, siendo derrotada en todos los ensayos. Viéndose acorralada se sintió forzada hacia la única isla en medio de aquel océano de desolación, llegando a una conclusión mediocre y atribulada.

—Guau —ladró y bajó la cabeza para llorar desconsoladamente. Mientras, Natsumi soltaba carcajadas como una demente que, al fin, había encontrado una fuente de malsana diversión.

La siguiente semana fue el infierno en la tierra para la alumna de último año, Toma Sayuri. Para empezar Natsumi le prohibió terminantemente regresar a casa acompañada de Hiro, la idea era aislarla, no podía hablar con él de manera abierta pues alguna de las rémoras andaba siempre cerca.

La delegada le enviaba constantemente mensajes de texto amenazadores, siempre acompañados de alguna de las indecorosas fotos. Sayuri borraba de inmediato el texto, pero la imagen mental de su piel expuesta proseguía acusándola por horas. Después del tercer día las amenazas pasaron a ser burlas patéticas sobre el físico de la muchacha, su escasa medida de busto, el carecer de cintura. Natsumi dio en el blanco cuando le escribió: Viéndote bien, con ese horrible cuerpo, dudo que Nakazato-kun vaya a fijarse en ti.

A la mañana siguiente Sayuri asistió a estudiar siendo un fantasma viviente. La delegada comprendió que su víctima estaba enamorada de su amigo de infancia, por lo que desvió todos sus ataques a destruir aquella inocente ilusión.

—Ladra, inu-chan —le ordenaba la delegada cuando la arrinconaba en alguno de los baños de la institución.

Pero como la crueldad sufre de un rápido efecto de tolerancia, pronto la dosis diaria de castigo se hacía insuficiente y requería infligir cada vez más dolor a su presa, para sentir el mismo nivel de placer.

Sayuri fue grabada, con la cámara del móvil, mientras ladraba y hacía posiciones similares a un perro pidiendo cariño o engriéndose. El rostro de la estudiante se ponía de todos los colores. Sin darse cuenta, caía cada vez más profundo en un hoyo sin salida, pues ahora la delegada tenía fotos y filmaciones de Sayuri en situaciones cada vez más bochornosas. Pero no era el final.

Una semana antes de que Natsumi regresara con el galardón de oro en matemáticas ocurrió un hecho que marcó un antes, y un después, en la constante tortura.

—Ladra, inu-chan —de esa manera la saludaba la chica perfección.

—Guau, guau —respondía inmediatamente Sayuri, como un buen perro obediente.

—Hoy es un día especial, inu-chan. —Nuevamente esa expresión ponzoñosa. Cada vez que salía aquel instinto depredador la valla de crueldad se elevaba un poco más—. Hoy vas a demostrar tu lealtad —dijo la delegada y acto seguido una de las rémoras cerró la puerta y la otra se dispuso a custodiar.

Sayuri cerró los ojos esperando un golpe, una bofetada, una herida grave que acabe con su vida. En lugar de eso, cuando la ansiedad pudo más y los abrió, vio a la delegada sentada sobre el lavabo. Natsumi se había retirado el calzado y la larga media de una pierna, descubriendo su extremidad tersa y deseable ante su mascota.

—Ahora inu-chan. Sé un buen perro y lame mi pie. —Natsumi hacía hasta lo imposible por contener la risa, debía esperar hasta el momento indicado para burlarse, debía hacerlo en el preciso instante en que causara más dolor.

Sayuri retrocedió unos pasos hasta que Natsumi recurrió a su teléfono móvil. Por un instante, a la víctima no pareció importarle, hasta que la delegada deslizó algunas cuantas fotos mostrándole que había capturas de Hiro.

—Creo que me está empezando a gustar este chico, me pregunto si querrá salir conmigo.

Sayuri, con el espíritu destruido, se arrodilló y acercó su lengua al empuje de la delegada. Las risas no se hicieron esperar:

—Me haces cosquillas, inu-chan.

Aquella tarde, Sayuri regresaba a casa, camino a la estación del tren pasó por un puente peatonal y se detuvo en medio del tránsito. Una idea rondaba su cabeza. Una sola predecible y contundente idea. Abajo, los autos y camiones pasaban a alta velocidad, nadie sería capaz de detener su ímpetu... Nadie. Aferró sus manos a la baranda, lista para dar un salto, cuando un par de colegialas pasaron detrás de ella.

—Oh, qué horror. ¿Tú también lo escuchaste? —de-

cía una de las chiquillas.

—Sí, dicen que es verdad, eso del correo del infierno, si mandas un mail a la medianoche, se vengarán por ti.

—Qué miedo, no digas esas cosas.

Y así como aparecieron, ambas colegialas se perdieron entre el gentío, mas sus palabras iluminaron la consciencia de Sayuri como una suerte de faro entre tanta neblina:

Se vengarán por ti... Se vengarán por ti... Se vengarán por mí.

Sayuri se encontraba frente a su ordenador, con las luces apagadas y con la desesperación ardiendo con la potencia de mil soles atrapada entre sus dedos, que tecleaban frenéticos una dirección maldita en el navegador.

¿Qué pasa, por qué no sale la dirección?, se preguntaba, mientras maldecía haber caído tan hondo como para confundir la esperanza con la desolación absoluta.

(El reloj del monitor marcaba las 11:59).

Quizá solo funciona a la medianoche..., pensó y experimentó los sesenta segundos más largos de su vida.

(El reloj del monitor marcó las 00:00).

Las sudorosas yemas de Sayuri escribieron con una rabia caldeada en el buscador: Correo del infierno.

Una única respuesta apareció en el buscador. Al hacer clic la envió a una página sencilla, un recuadro totalmente negro con una frase al centro, un espacio para introducir el nombre y el botón de solicitar.

NOS VENGAREMOS POR TI

SOLICITAR

La línea escrita rezaba de manera clara e indiferente. Sin embargo, Sayuri sintió que no podía respirar y que su corazón se retorcía. El terror emanaba de la pantalla, la atenazaba por los ojos directo a su alma. Los segundos pasaban y su oportunidad se iba cerrando, la única puerta que encontró como salida colapsaba debido a que su instinto de preservación le exhortaba, le gritaba que era mejor cerrar aquella página, desconectar el ordenador, quemarlo y olvidar por completo que había pisado aquel terreno de la web. Ese portal tenía apariencia de ser un puente; un nexo entre la tierra y el infierno.

Pero Sayuri ya vivía un calvario.

Siendo acosada por la vergüenza y creyendo que, de ser expuesta, jamás podría recobrase de la deshonra, obvió aquellas advertencias y tecleó: Shinzato Natsumi. Y con un clic en *solicitar* cerró el pedido, la página desapareció engullida por la animación de una llama naranja y nada más ocurrió.

La muchacha contenía el aliento, manos en puño, no parpadeaba; necesitaba saber qué había resultado, quería creer que no era un timo, que sus últimos manotazos de ahogado lograron algo. Sentía el corazón latir en cada órgano de su cuerpo, en sus yemas sudorosas, detrás de sus ojos que empezaban a researse.

—Por favor —rogó a quien sea que escuche en las sombras.

La oscuridad contestó:

—¿Me has llamado? —preguntó una voz femenina, sutil, delicada y taciturna.

Sayuri giró sobre su silla sin saber qué encontrar. Y ahí, de pie, justo detrás de ella, una pequeña mujer de apariencia juvenil y oscura se había materializado. La aparición vestía un uniforme de escuela color negro, adornado con una cinta roja en la parte superior. Un corte de cabello que real-

zaba sus delicadas y hermosas facciones. Su piel pálida daba la impresión de ser la más fina porcelana y sus potentes ojos escarlata, como esferas sanguinolentas, parecían transmitir una paz absoluta. Pero no era el sosiego de un plácido e idílico momento de felicidad, se trataba de la tranquilidad que produce la muerte.

—¿Quién eres? —preguntó la muchacha, haciendo acopio de todo el valor que le quedaba.

—Me llamo Enma Ai —contestó la invocación de penetrante mirada.

—¿*Makai Shoujo*?

—Tómalo —le dijo la dama oscura ofreciéndole un muñeco de paja, negro como el pecado, con un listón rojo atado en el cuello. Sayuri lo tomó, y al hacerlo, supo que estaba pisando un terreno prohibido por la luz, donde la rabia y las emociones negativas han formado un reino exento de esperanza, donde el dolor reina y el rechinar de dientes describe el deseo reprimido.

—Si de verdad deseas vengarte, desata el cordón rojo. Harás un pacto conmigo cuando tires de la cuerda. El destinatario de tu venganza será enviado directamente al infierno.

Sayuri acercó sus dedos como pinzas a la punta carmesí, su respirar era agitado, casi dibujaba una sonrisa triunfante cuando Enma le advirtió.

—Sin embargo, una vez que se haya cumplido la venganza, tienes que pagar el precio. —Sayuri contempló a Enma Ai con expectativa y miedo—. Se cavan dos tumbas cuando condenas a una persona. Y cuando mueras, tú también caerás al infierno.

En ese preciso momento crueles llamas envolvieron a Sayuri, que vio su piel arder y su carne desprenderse experimentando un dolor inenarrable. Se encontró perdida en un vasto hoyo de inmundicia donde los vejámenes más pérfidos se desataban contra todos los esfínteres que el cuerpo humano posee y ella, siendo parte de la car-

ne de cañón, era abusada de maneras que haría que la oscuridad retrocediera indignada. Aferró el muñeco entre sus manos mientras lloraba, casi sin aliento, después de aquella horrenda visión.

—No podrás ir al paraíso y tu alma estará condenada a sufrir por la eternidad —advirtió Enma Ai—. Todo esto que viste pasará cuando mueras —aquellas últimas palabras eran un tosco placebo para calmar el pavor que experimentaba la joven, que de pronto se halló sola en su habitación con una reverberación—: El resto es cosa tuya.

La siguiente semana transcurrió entre insultos y penurias, pero Sayuri las resistía con mayor ímpetu que nunca. Algo que Natsumi encontraba extraño, desafiante y hasta gozoso, pues creía que su inu-chan se estaba convirtiendo en una especie de sadomasoquista y disfrutaba ser la causante de semejante trastorno. Sin embargo, lo que acompañaba el carácter de Sayuri no era haber desarrollado una parafilia, sino que, desde que hizo aquel llamado, el espíritu vengativo no había dejado de visitarla en todo momento. La veía en su casa, en la sala de su hogar y velando sus sueños. Se la encontraba camino a la escuela, en el tren sentaba a su lado con aquella impertérrita expresión de maniquí. Emma la observaba y Sayuri no podía evitarla, como cuando Natsumi llegó con el galardón de oro y veía por la ventana a la colegiala infernal de pie, en el centro del campo de educación física. Makai Shoujo era paciente, no exigía, era testigo de la humillación de Sayuri y no intervenía. Esperaba. Por otro lado, Sayuri soportaba y cumplía, como buena mascota, pues tenía en sus manos la posibilidad de vengarse, pero aquella visión, aquel cruel y eterno destino que debía afrontar como pago, le hacía retroceder, re-

—Espera mi mensaje esta noche y no llegues tarde —leyó el sms que llegó cerca de las ocho.

Sayuri debía ir al centro, escapar a escondidas de casa y encontrar a la delegada en un barrio que jamás se le hubiera ocurrido transitar.

La noche se llenaba de brisas frescas que anunciaban el próximo cambio de estación. La ciudad, adormilada, mantenía sus faros encendidos desafiando la oscuridad que provocaba la ausencia de la luna. La mayoría de personas descansaban en sus hogares, ajenas a lo que ocurría en los pasajes sombríos de las calles insomnes, laberintos iluminados por los estrambóticos anuncios de neón del centro. Ahí, donde el humo del cigarrillo se mezcla con los gases de las cloacas, en donde las señoritas de faldas cortas y maquillaje sobrecargado esperan a quien desee pagar el precio, ahí estaba Sayuri.

—Llegas tarde.

Kurushima Kaoruku, la otra rémora, se oía resentida.

—Lo siento. —Sayuri bajó la cabeza y llevó sus manos a su bolso donde, entre otras cosas, cargaba con el muñeco maldito—. Es difícil salir de casa y llegar aquí...

—No me interesa. —Kaoruku la mandó a callar—. Shinzato-san quiere que vayas a conversar con ella. Te espera ahí —señaló a un oscuro callejón.

Sayuri se mostraba dudosa de ingresar a un pasaje habitado por humores tóxicos de basura y orines, no creía que la delegada de clase pudiera esperarla en un sitio tan miserable. Kurushima tiró de ella para conducirla a la fuerza. Las muchachas eran rodeadas por miradas indiferentes y unas cuantas pervertidas que se preguntaban qué hacían dos jovencitas por aquellos degenerados lugares.

Ya dentro del callejón Sayuri oyó el llamado de su ama.

—Ladra, inu-chan.

—Guau —contestó de manera automática. Creyó que ya estaba condicionada.

Varias risas estallaron, Sayuri tensó todo el cuerpo al reconocer la carcajada de la delegada, pero también voces masculinas.

—Se los dije, ya está amaestrada. —Natsumi salió de entre las sombras acompañada de dos hombres de desaliñado y rudo aspecto.

Esto era, pensó al intuir la perversión de lo que sería capaz la serpiente.

—Muy bien, inu-chan. Es tiempo de aparearte.

Y aquel callejón, como maligno cómplice, ahogó los ruegos y llanto de Sayuri.

Los viciosos socios de la delegada no dejaron nada para después. Sayuri fue grabada y fotografiada mientras su virginidad era desgarrada por completos desconocidos, su piel fue profanada por lenguas y manos que dejarían bruscas huellas que sanarían, más su espíritu permanecería roto para siempre.

Cuando terminaron el ilícito acto la delegada se acercó a Sayuri, que lloraba mientras buscaba cubrir la poca dignidad que le quedaba con los retazos que le dejaron de ropa.

—¿No lo disfrutaste, inu-chan? Porque Hiro sí. — Sayuri alzó la mirada a la pantalla del móvil de Natsumi donde las fotos mostraban a Nakazato volviéndose uno con Akemi—. Deberías agradecerme que te hiciera el favor de mostrarte cómo es realmente tu amigo. Es todo un perverso —entre dientes—. Pensé que si los dos son un par de enfermos podrían estar al fin juntos. ¿Ves? Mi trabajo como delegada es ayudar...

Con el pecho cerrado, los ojos casi desorbitados, respirando por la boca, con la garganta ardiendo, Sayuri rascaba el suelo destrozándose las uñas. Podía aguantar todo, eso creía, podía ser partícipe de aquel juego perverso hasta que acabase el año y superarlo, pero solo ahí, cuando llegó al fondo del

abismo descubrió una puerta secreta a un nivel más profundo. Y supo que el sufrimiento jamás acabaría.

Tomó su bolso con mecánicos movimientos y, ante la presencia de todos los que la rodeaban, sacó el muñeco de paja negra.

—¿Qué vas a hacer con eso? —se mofó la delegada de clase que fue acompañada de una verborrea de burlas y carcajadas.

Sayuri desató el hilo rojo atado al cuello del muñeco. Aquel callejón se cerró como las fauces de una bestia hambrienta y la negrura absoluta reinó.

—Se concede la venganza —dijo la nada con una voz delicada y taciturna.

De pronto Natsumi se encontraba sola en aquel plano oscuro, no podía ver nada, sus sentidos estaban aturdidos y perdió el equilibrio. Creyó caer hacia el vacío espacial sin oponer resistencia, aquella nada ahogó sus gritos, su miedo; se tragó su presencia como si ella nunca hubiese existido. La delegada sintió que se desmayaba y, un instante antes del colapso, se vio sentada en el salón de clase, acompañada de todos sus súbditos y el profesor Akamine frente a la pizarra. El detalle curioso, que notó en el acto, era que todos los presentes meneaban graciosas colitas perrunas.

—Muy bien, Shinzato-san, para que puedas salvarte del castigo debes responder una pregunta; ¿puedes decirme quién es el mejor amigo del hombre? —preguntó el profesor con su típica y plástica sonrisa ensayada.

—¿Qué? ¿Cómo llegué aquí? —Natsumi reconocía el lugar, pero no sabía distinguir si estaba en la realidad o se encontraba dentro de una pesadilla.

—Esa no es la respuesta correcta. Lo siento delegada de clase, es la primera vez que fallas, pero será la última.

El rostro del profesor Akamine empezó a deformarse mostrando filosos colmillos y un hocico

puntiagudo, las orejas erectas en alerta y pezuñas en lugar de manos. El resto de los compañeros de salón pasaron por la misma metamorfosis y, en cuestión de segundos, Natsumi se vio rodeada de una jauría rabiosa y perversa.

—¡No, aléjense de mí! ¡Soy su delegada! ¡Deben hacerme caso! —exigió Natsumi. Ante sus inútiles intentos de soberana decidió cambiar de estrategia —: Por favor, no me hagan daño, por favor. —Ahora rogaba. La banda de salvajes antropomorfos la tenía cercada. Ella podía oler el aliento fétido de las fauces iracundas. Las encías supurantes destilaban espuma negra, infecta y corrosiva.

—¿Confiesas tus pecados? —preguntó una voz que provenía de todas partes.

La carnicería continuaba. Los colmillos amarillentos desgarraban la ropa de la delegada, le hacían surcos profundos en la piel lastimando su impecable cutis, arrancaban mechones de cabello dejando el cuero cabelludo expuesto y sangrante.

—¿Qué pecados? —reclamó la delegada—. Yo me esfuerzo por ser perfecta ¡Por ser per-fec-ta! ¡Todos deberían rendirme pleitesía! ¡Todos son mis perros! —exclamó Natsumi con voz y expresión demente.

Makai Shoujo apareció frente a Natsumi, que aún era atacada por la jauría. Vestía un precioso kimono negro con flores de llamativos colores.

—Oh, penosa sombra atada a la oscuridad. Despreciando a la gente, haciéndoles daño. Un alma ahogada en un karma pecaminoso. —Se acercó a Natsumi y los grandes ojos rojos penetraron en el sufrimiento de la condenada—. ¿Quieres probar morir esta vez?

Enma agitó la manga de su kimono y las flores azules, rojas y violetas se desprendieron llenando toda la visión de Natsumi, desapareciéndola de la faz terrenal.

Shinzato Natsumi volvió en sí, estaba recostada so-

bre una balsa aún con las heridas frescas. Enma navegaba con gentileza sobre las lúgubres aguas de un río muerto adornado por lámparas de papel.

—¿Qué hago aquí? Yo no puedo estar aquí, tengo que... Tengo perros que gobernar...

Natsumi se resistía a su fatal destino con sus últimas fuerzas.

—Esta venganza te llevará al infierno —sentenció Enma que, sin parpadear, mantenía la vista firme del camino hacia el averno. La balsa desapareció engullida por una espesa neblina atravesando un gigantesco arco de madera negra.

Sayuri terminaba de empacar su última maleta, se mudaría a Osaka con sus tíos maternos. El tercer año había terminado y ahora ella empezaría a trabajar en una empresa pesquera. Desde aquella noche no volvió a hablar con Hiro, él se retiró antes de finalizar el año y también se mudó. Las cosas se calmaron mucho después de la repentina desaparición de Shinzato Natsumi, nadie sabe qué ocurrió, ni siquiera sus amigas más cercanas pueden explicar qué pasó con ella. Las rémoras solo atinaban a bajar la cabeza cuando se cruzaban con Sayuri por los pasillos, ella las ignoraba con un aire pedante, recordándoles que aquella noche, sin lógica alguna, Natsumi fue borrada de la existencia por una voraz oscuridad.

Temerosas, jamás confesaron que estuvieron con la delegada aquella noche. Devolvieron todo el material que tenían de Sayuri, a quien consideraban una especie de bruja.

—Todo listo, Sayuri-chan —dijo su padre y la miraba con pena y alegría, pues su niña se iría lejos buscando su propio destino.

—Gracias, *otosan*. —Sayuri hizo una reverencia y se

despidió de su progenitor, sería llevada al aeropuerto por su madre—. Te llamaré al llegar.

Ya en el auto, la muchacha veía las casas pasar a tal velocidad que no prestaba atención especial a ninguna. Lo único que cabía en su mente era su reflejo en la ventana, el cristal del vehículo le mostraba que, justo debajo de su cuello, antes del nacimiento de sus pequeños senos, había aparecido un tatuaje, una señal: dos círculos infernales como recordatorio de su pacto.

Cuando mueras, tú también caerás en el infierno. Y con ese pensamiento Sayuri se dispuso a iniciar su nueva vida.



EL TIEMPO DE ADOLINI

*Like in bad dreams
Full of empty screams,
No one can hear you beg,
No one can hear you pray.
But some can hear you cry:
Those who want you dead.*



ANTOLOGÍA

LA MOMIA

DE VACACIONES

EL BRAZO

LA CASA DEL DIABLO

EL MIEDO

EL PINGULLO MACABRO

QUIZÁ SOÑAR

EL PRÍNCIPE ALACRÁN

LA MOMIA

Ventura García Calderón

Nadie supo exactamente por qué desengaños de política abandonó su diputación en Lima don Santiago Rosales y vino a su apartado feudo serrano a vivir definitivamente en la hacienda de Tambo chico, en compañía de su extraña hija, Luz Rosales, una belleza de postal que asombraba a los jóvenes de la sierra por el esplendor de su cabellera rubia. Para nuestras razas morenas el rubio ha sido siempre un atributo misterioso. Rubios son los Cristos y el primer rey mago que en los nacimientos infantiles de diciembre avanza hacia una cuna entre corderos. La comarca entera sintió simpatía temerosa por Luz Rosales; mas nadie quiso muy bien a su padre, aquel hidalgo trujillano y severo que blandía al caminar el chicotillo.

Tambo chico, denominado así con modestia orgullosa por algún español perdonavidas, es la más dilatada de las haciendas del valle y encierra en sus términos fertilísimos un río, dos montañas, una antigua fortaleza y necrópolis de indios que llaman la *huaca grande*. Está en el centro del valle, irguiéndose sobre la colina con sus nidos de lechuzas, siniestra por sus oscuros pasadizos, en donde ningún peón quiere extraviarse. Un camino secreto lleva acaso hasta el río; y es fama que por allí escaparon los emisarios de Atahualpa.

Llegaban, según la tradición, con sus talegos de oro cuando supieron la ruina del Imperio. Allí quedaron las barras de metal a lo largo de los corredores subterráneos, dispuestas en aspas de molino como los rayos de sol en las vasijas indias. Sería posible tomarlo sin la vigilancia de las le-

chuzas que están previniendo el robo con sus silbidos. Las momias de los generales indios allí enterrados se despiertan si alguien quiere violar las tumbas; y más de una vez se ha escuchado en la alta noche el ruido de sus mandíbulas el *chacchar* la coca amarga con esa masticación interminable de los indios peruanos. Por eso el día que don Santiago Rosales, empedernido coleccionista, quiso completar su serie, ningún indio neto obedeció. Solo empleando peones venidos de la costa pudo ir trayendo de la huaca grande, a loma de mula, los utensilios de oro con que enterraban los indios a sus muertos: vasijas negras con dibujos de lluvia, los dioses orejones que sonreían dilatadamente llevando en sus manos agarrotadas los rayos del Padre Sol o un vaso de *chicha*; y en fin, las momias admirablemente conservadas, las momias de actitud sumisa y adolorida, con sus cabellos lustrosos y los dedos enclavijados sobre el pecho de rodillas ante Huiracocha.

Ningún indio del valle se atrevió a oponerse al desacato. Cuatro siglos de espanto les han hecho aceptar la peor tragedia, suspirando. Pero en la noche acudían a la choza de la vieja Tomasa, que era bruja insigne, para pedirle amparo y venganza. Durante cuatro siglos -colonia española y república peruana- nadie fue osado a buscar momias en esa fortaleza arruinada. Quizá en las huacas pobres de los contornos rebuscaban los avaros mercaderes, para venderlos en Lima a los extranjeros de tránsito, esos caracoles barnizados de negros, esas serpientes de barro cocido por cuya boca canta el agua, o los más raros modelos de colección, porque

la imagen obscena era verdadera en el imperio, los platos negros en cuyo fondo una pareja de indios está fornicando desfachatadamente. Todo ello es simple atributo del muerto para que despertar a mejor vida pueda morder unos granos de maíz, beber *chicha* del cántaro y masticar la coca que le dé fuerzas para seguir su ruta hacia el Padre Sol, más allá del lago Titicaca. Pero las momias, no; las momias son sagradas. Don Santiago Rosales iba a arrostrar el poder de Tomasa la hechicera.

Durante quince días con sus noches éste poder pareció fallar. Con infinitas precauciones, comprándolos a precio de tambo, que es leonino, pudieron procurarse un pañuelo del hacendado y sus cabellos, imprudentemente arrojados por el peluquero. Todo ello, unido a extraños menjurjes, sirvió para componer un muñeco de regulares proporciones que llevaba en el pecho un corazón visible como en los detentes que regalan los misioneros. Y en el centro del corazón, después de haber investigado, por la amargura de la coca mascada en común, si la suerte sería favorable, clavaron todos, llorando, uno de esos alfileres rematados en cuchara de oro con que cierra el manto de las mujeres. Un sapo hinchado agonizaba allí, junto a los candiles, y el murciélago del muro, prendido por las alas, abría y cerraba un pico triste. Entonces, una lamentación sumisa, tétrica, a los poderes infernales comenzó por boca de la hechicera: «Mama coca, mamitay, te pido por el diablo de Huamachuco, por el diablo de Huancayo, por todos los diablos rabudos...»

Hasta las altas horas las quenas del valle parecían alegres anunciando que la aurora vería la redención de la raza vencida.

Pero al día siguiente estaban don Santiago y su hija

a caballo dirigiendo los trabajos de excavación en la fortaleza. De lejos la cabellera rubia de la «niña luz» relucía deslumbradoramente. Los indios apartaron de ella la vista con temor visible.

Todo el santo día vieron pasar a lomo de llama las momias renegridas de larga cabellera colgante. Por la elegancia de los vasos y las telas que circundaban los despojos, por las llamas de oro (con el lomo horadado para la coca incinerable), se adivinaba que allí hubo gente principal, jefes militares o príncipes.

Pero don Santiago no estaba satisfecho con sus hallazgos. Era una momia de mujer lo que buscaba, una momia princesa antigua que fuera la mejor pieza de su colección. ¡Si excavaron más lejos, en uno de esos subterráneos clausurados con arena endurecida! Entonces dos indios muy viejos salieron al encuentro del amo, llevando las monteras en las manos y persignándose la boca antes de hablar para purificarla: Con sollozos y ademanes sumisos pidieron al taita que dejara en paz a los muertos. ¿Quién mandaría llover sobre el maíz, quién haría prosperar la coca si todos los antepasados se alejaban del valle y los espíritus rencorosos se quedaban flotando sobre las casas nocturnas? El cura no podía comprender estas cosas, pero tal vez el amo sí.

En el salón de la hacienda a donde la habían seguido, gimoteando, los delegados advirtieron sobre las momias desenterradas y no las quisieron mirar de frente. Prometían todo, como sus abuelos a los conquistadores; prometían sus cosechas y sus ganados si el *taita* ordenaba que se llevaran de nuevo al sepulcro de la fortaleza las momias de los protectores del valle. Por toda respuesta el amo aludió al excelente chicotillo con que castigaba a los

atrevidos.

No se supo si fue tal argumento o la belleza de Luz Rosales lo que operó el milagro, pues dos días después los mismos indios regresaron diciendo que prometían indicar el sitio de los talegos legendarios. De generación en generación había guardado el secreto aquella familia de curanderos cuyo más viejo representante vino arropado en un poncho violeta, llevando todavía, como los antiguos militares, un arte de plata. Para el día siguiente, domingo, fue la cita y el domingo se bebió la mejor *chicha* de jora en Tambo chico. A las cinco de la madrugada, sin despertar a nadie en la casa, para que la sorpresa fuera mayor, don Santiago se marchó a la fortaleza en compañía de los peones, que habían pasado, según dijeron, la noche entera en el tambo de la hacienda.

Encendidas las lámparas de minero, bajaron todos con el taita por los intrincados corredores tallados alguna vez en el granito de la montaña. A la luz vacilante se vislumbraban todavía las rojizas pinturas borrosas que representaban, con la misma ingenuidad de los huacos, un fragmento de victoria o la fiesta del Sol. Fue preciso cavar donde indicaron hasta que el choque de la lampa reveló la barra de plata que cerraba el largo socavón. Dos horas trabajaron afanosamente para levantar una lápida que dejó abierto el forado, lleno de calaveras. Comenzaba allí un pasadizo de piedras embutidas unas en otras con tan perfecta ensambladura como las del templo del Sol que está en el Cuzco. A medida que caminaban por él iban ensanchándose, y en los rebozos de las piedras talladas como zócalos vieron dispuesta, para asombro del transeúnte, una portentosa colección de vasos antiguos. Don Santiago no cabía en sí gozo delirante. Era un estupendo museo de huacos. ¡Ni

en Berlín tenían cosa igual!

El piso de piedra desaparecía bajo los tapices de colores que ostentaban con rigor geométrico e ingenuidad llena de gracia perfiles de pumas, llamas sentadas o esos ojos circundados de alas que indican, en pinturas y vasos, la rápida vigilancia del amo. De cuando en cuando, como para aterrar al audaz, un ídolo afianzaba en la mano su flecha, más alta que una lanza. Estaba pintarrajeado de azul y rojo, pero su faz serena reposaba con nobleza regia. Al torcer de un corredor una luz verdosa iluminó la gruta del fondo. ¡Allí debían hallar el tesoro del Inca; los indios lo habían predicho! Se divisaron las tinajas negras de barro cocido, atestadas seguramente de barras de oro y plata, o de esas perlas de Sechura que buscaba la codicia del conquistador. Don Santiago corrió hacia la escasa luz del día y se detuvo alborozado. ¡Una momia, la momia de mujer que deseaba tanto, estaba allí custodiando el tesoro milenario!

Un grito espeluznante, despavorido, repercutió en la gruta, mientras los indios se contemplaban silenciosos e iban ya a jurar que ignoraban todo. Don Santiago arrancó la linterna de manos del peón. La carátula de lana morena que cubría el semblante era el retrato ingenuo y tal vez irónico de Luz Rosales, con los dos inmensos rectángulos azules que imitaban ojos en las momias. Destrozó entonces las cuerdas de esparto, las vendas de tejido blanco y negro, para mirar el rostro desesperadamente. Acurrucada en actitud orante, con las manos en cruz, la rubia cabellera desparramada sobre el pecho muerto, estaba allí su hija Luz Rosales, su hija, o por lo menos su imagen exacta y duplicada ya en los siglos. Estupefacto, enloquecido, salió al río por la abertura de la peña,

desgarrándose los vestidos en los zarzales, y corrió, corrió por la orilla para buscar a Luz en la casa de la hacienda, llamándola a gritos por el camino. Pero Luz Rosales había desaparecido de Tambo chico y no pudo ser hallada nunca. Algunos cholos liberales del «Club Progreso» explicaron más tarde al juez de primera instancia de la provincia que, robada en la noche por los indios, la embalsamaron éstos, empleando los anti-

guos secretos del arte, que creemos hoy perdidos. Durante la noche habían macerado en grandes tinajas el cuerpo de la momia rubia. Pero toda la gente del valle sabe muy bien que fue venganza de los muertos de la fortaleza. La prueba está en que desaparecieron las momias de la casa cuando se llevaron a dos Santiago al manicomio, y todavía, en las noches de luna, se las oye *chacchar* la coca nutritiva de los abuelos.



Fuente: El Comercio

Ventura García Calderón (Callao, 1963)

Ensayista, cuentista, poeta y diplomático peruano, nacido circunstancialmente en París, Francia. Su padre fue el político Francisco García Calderón, presidente provisional del Perú durante la Guerra del Pacífico. Ejerció funciones diplomáticas en diversos lugares del mundo. En la capital francesa fue redactor de la página extranjera del diario *Comoedia*; director de la editorial Excelsior; y colaborador de publicaciones de Argentina, México, Cuba y Venezuela. Es considerado uno de los exponentes de la literatura moderna de América Latina. Integró la denominada Generación 900. En su producción, García Calderón abarcó el cuento, el teatro, la poesía, la novela, el ensayo, la crónica y la crítica literaria. Fue antologuista de la literatura de nuestro país y de Hispanoamérica, y muchas de sus obras las escribió en francés. Entre sus libros de cuentos, merecen citarse *Dolorosa y desnuda realidad* (1914); *La venganza del cóndor* (1924); y *Color de sangre* (1931). En poesía, *Frívolamente* (1908). En teatro, *Holofernes* (1931); y *La Perricholi* (1959). En ensayos y crónicas, *Semblanzas de América* (1920); *En la verbena de Madrid* (1920); e *Instantes del Perú* (1941). Y en ensayos críticos de la literatura peruana, *Del romanticismo al modernismo* (1910); y *La literatura peruana 1535-1914* (1914).

DE VACACIONES

Leyla Bartet

...DAEMONIUM HABES.
...EGO DAEMONIUM NON HABEO...
(SAN JUAN 8: 48-49)

Tito está en cama con fiebres altísimas. A nosotros no nos dejan entrar todavía. Queremos verlo, hacerle morisquetas para que se ría, sacarlo a jugar al bosque y convencerlo de que se quede aquí para siempre, pero no es posible por el momento. Su madre está preocupada, se le ve la angustia en la cara. A cada rato se acerca a la cama para ponerle paños helados sobre la frente. Después sale del dormitorio amarillo con el ceño fruncido y un rictus amargo en la boca. Dos surcos verticales se le marcan en la frente, justo sobre la nariz. Ni siquiera ha notado la columna de hormigas que empieza a llevar pedazos de comida, patas de insectos, alas de polillas, y que se abre camino por debajo de la puerta del cuarto. Es una fila negra y movediza, bien visible. En otra ocasión habría corrido a buscar el insecticida para evitar alimañas en la habitación de Tito, pero ahora... está como ida. Claro, nos da un poco de pena verla así, pero ¿qué podemos hacer?

Habíamos visto llegar a toda la familia al inicio del verano. Estábamos escondidos tras los matorrales que rodean la casa y desde allí observamos tras los matorrales que rodean la casa y desde allí observamos las idas y venidas del auto, descargando valijas, cajas de cartón, bicicletas, sillas de sol y otros enseres. Tito nos llamó la atención porque parecía inquieto, tal vez asustado. Tomó la mano de una adolescente larga con cara

aburrida y empezó a succionarse el pulgar mientras miraba -como todos nosotros, pero de cerca- todo el ajeteo de la mudanza. Se demoraron un buen rato llevando los enseres a la casita que — supusimos— habrían alquilado por un par de meses, el tiempo que duran las vacaciones escolares.

Al día siguiente, hacia el mediodía, los vimos dirigirse a la laguna: el padre, la madre, la abuela, los dos chicos y un perro cocker de pelaje rojizo. En la arena pedregosa de la playa instalaron las sillas de sol y un poco más allá, para el que quisiera protegerse, una sombrilla. La madre extendió un mantel a cuadros en el suelo y puso una piedra en cada ángulo para evitar que se volara con el viento. "Precaución inútil", pensó, porque en esos días no soplabla la menor brisa y el calor era insoportable. Tito se sentó a la sombra y permaneció largo tiempo taciturno, mirando las aguas verdosas y tranquilas del lago, como queriendo adivinar el limo de su lecho.

Su hermana, en cambio, se desvistió sin dudar un segundo. Se quedó con un bikini rojo de flores violetas y lucía tan pulposa que las flores parecían a punto de reventar. Nos agitamos mucho en nuestro escondite viéndola chapalear y ejecutar una gimnasia extraña dentro del agua.

-¡Miren mis pasos de ballet acuático! -gritaba.

-Cuidado que te agarre una corriente fría y te pisme -respondía la madre sonriendo, sin prestarle mucha atención.

-El fondo está lleno de fango, ¡qué asco! Se me pegan los pies y se enturbia el agua -se quejaba, pero no dejaba de estirar las piernas, una y después la otra, hasta su cabeza.

A mí lo que más me gusta de este lugar son los atardeceres al lado del lago. Tras un día de sol, la luz se hace ambarina y le da tonos anaranjados a la piel y a las cosas. Incluso la vegetación parece adquirir nuevos colores. Cuando muere la tarde, las madre selvas exhalan un perfume intenso y los jazmines emborrachan con su aroma acaramelado. Y hasta la menta le presta al aire una falsa frescura que solo se hace certeza cuando empiezan a soplar las brisas de la noche. Aprendí a percibir estas cosas desde que tuve que quedarme aquí. Supongo que a los demás les ocurrió lo mismo, aunque, la verdad, no sé si todos tenemos la misma debilidad por los atardeceres. Todavía recuerdo la puesta de sol del día de la llegada de Tito y su familia a San Esteban: fue hermosa y dorada. Anunciaba semanas de paz, el descanso sereno y alegre del verano.

La primera noche fue casi perfecta, salvo que a eso de las siete vimos aparecer a Gabriel Belial. Llegó al volante de su doble tracción, levantando nubes de polvo. Frenó con un ruido seco delante de la puerta. Concluimos que conocía a la familia desde hace mucho porque el padre de Tito lo abrazó y le dio unas palmadas afectuosas en la espalda. Todos salieron a saludar al recién llegado. Gabriel comentó, antes de cruzar el umbral, lo grandes que estaban los muchachos, lo guapa que estaba Raquel. Luego vimos que la luz de la sala se encendía y así se quedó como hasta las diez. A esa

hora Gabriel se retiró, no sin antes gritar desde la ventana de su camioneta:

-¡Mañana paso por ustedes para llevarlos a San Cristóbal, ya verán qué simpático es el pueblito! - Después se hizo el silencio y los grillos volvieron a cantar su melodía exasperante. Nosotros nos fuimos a dormir escabulléndonos entre los arbustos.

El resto de la semana fue una suma de días iguales. Tratamos de acercarnos a Tito más de una vez, sobre todo cuando daba vueltas por los alrededores como alma en pena y aburriéndose como una ostra. Pero siempre llegaba alguien de la familia en el momento oportuno, lo tomaba de la mano y se lo llevaba. Él parecía disfrutar en especial de su hermana Raquel y de las frecuentes visitas de Gabriel, que parecía cada vez más colorado y no paraba de tomar cervezas y contar chistes. Como la televisión no tenía antena aérea, los programas entraban muy mal, así que para entretenerse solo podían conversar, jugar a las cartas y pasear. Los chicos habían llevado el Nintendo por si acaso. Pero, cuando venía, las actividades del día las fijaba Gabriel.

A Gabriel lo conocemos todos por aquí. Tiene una próspera finca hacia el sur y dos o tres veces al año viene a controlar que todo camine bien y de paso se da un descansito. Como él mismo dice, cerca al lago se le despeja la cabeza del estrés urbano: "La vida en la ciudad es agotadora", repite siempre. Es un hombrón de unos cuarenta años, de espaldas cuadradas, piel rojiza, cabello abundante y rebelde y unos ojos verdes de puma que a veces son tierno y a veces feroces. Es muy alegre y le gusta la compañía de los niños. Así que nos pareció natural que se acercara tanto a Tito y

y Raquel y que los sacara a pasear con frecuencia. Después de todo repetía gestos de simpatía que le brotaban de modo muy natural.

Una vez, cuando estábamos a punto de abordarlo, una araña picó a Tito. Nosotros estábamos cerquísima de él y vimos al monstruo peludo que se le trepaba por la pierna. Quisimos advertirle, pero no hubo tiempo. Se puso a llorar dando alaridos y, claro, el papá, la mamá y la abuela salieron corriendo a buscarlo. Raquel no apareció. No sabíamos dónde andaba, pero la camioneta de Gabriel estaba estacionada en la carretera, camino a la casa. Tito estuvo con la pantorrilla hinchada varios días y su abuela se pasó todas las noches aplicándole cataplasmas antiinflamatorias sobre el forúnculo violáceo.

Cuando se curó del todo volvió a pasear por los alrededores del lago, pero como Gabriel y su hermana salían cada vez más sin él, se volvió a poner triste, cada vez más triste. Durante el día se sentaba al lado de la abuela y hablaba un poco con ella. Creo que no le hacían bien esas conversaciones porque la señora le contaba cuentos de fantasmas y aparecidos que lo asustaban mucho y lo dejaban tembloroso, mirando siempre a sus espaldas como si alguien lo siguiera. Por eso jamás pudimos acercarnos a jugar con él: no queríamos que nos tuviera miedo. La otra noche le contó una historia extraña en la que un ángel se convertía en el señor de los demonios y engañaba a los hombres para llevarlos por las sendas del mal y cocinarse con ellos en el fuego eterno. También le contó otra del dios del tiempo que devoraba a sus hijos. Esa la entendimos mejor: Claro, nos dijimos, el tiempo envejece a la gente, es como si les comiera la piel, los músculos y los huesos. Pero la verdad sea dicha, las historias de la

abuela no eran muy apropiadas para un niño asustadizo como Tito.

Cuando no escuchaba a la señora, jugaba con el Nintendo, pero se aburría muy pronto. Otras veces leía. No alcanzábamos a ver los títulos de los libros, así que nunca llegamos a conocer el nombre de sus autores favoritos. Por el grosor de uno de los libros supusimos que se trataba de Harry Potter (eso dijo uno de nosotros, uno que se incorporó al grupo hace muy poco). Al menos así se mantenía concentrado en otra cosa que no fueran las historias de muertos de su abuela.

A la hora de la cena, cuando volvía su hermana, se sentaba a su lado en la mesa y ella, cargada de remordimientos por haberlo abandonado todo el día, no evitaba sonreírle cada vez que podía. Tenía una sonrisa muy bonita.

Era consciente de sus dientes rutilantes, de sus labios dibujados con pincel y usaba su risa como bálsamo para aliviar las penas de Tito. No pudimos enterarnos por qué tanta tristeza. Solo lo vimos contento en una ocasión. Fue el primer domingo que pasaron aquí. Raquel se levantó de excelente humor y dijo que no hacía mucho calor y que el día estaba espléndido para salir a pasear en bicicleta. Tito asintió con los ojos brillantes. Como no sabía manejar, se sentó detrás de su hermana. Ella vestía pantalones cortos y una camiseta de algodón muy breve que le dejaba el ombligo al aire. Tenía ya la piel bronceada por el sol y sus piernas desnudas se movían siguiendo el ritmo regular del pedaleo. Se alejaron por la carretera y se escuchó un momento la risa de Raquel interrumpiendo el silencio del bosque. Tito sonreía como nunca volveríamos a verlo sonreír.

Una semana más tarde descubrimos que Raquel había empezado a escaparse de la casa todas las noches. La veíamos salir sin hacer ruido como a las once o doce, abrigada con su suéter blanco que parecía fosforescente a la luz nocturna.

Tomaba su bicicleta y se alejaba por el sendero que conduce a la carretera. No la seguimos porque adivinamos adónde iba. Es curioso, pero muy pronto supimos que las cosas no se podían quedar así. Había como una tensión en el ambiente, un olor a mal agüero en el aire que hasta el perro percibía. Algo se había alterado en el orden familiar y la paz del primer atardecer había desaparecido para siempre.

Una noche, cuando Raquel se preparaba a montar en su bicicleta, el cocker, que era bastante viejo y se la pasaba durmiendo, empezó a ladrar como un loco. Poco después apareció Tito con su pijama de rayas azules, con los ojos muy abiertos por el susto y el pelo revuelto de quien acaba de despertarse. Los padres dormían del otro lado de la casa. Debían tener el sueño de plomo.

Tito quiso saber adónde iba su hermana. Ella le respondió con mucha violencia, haciendo muecas muy feas y señalándole la casa.

-¡Vuelve a la cama! —le decía con intensidad pero sin subir mucho la voz.

-Quiero ir contigo —repetía Tito, aniñándose.

Al final se puso a llorar. Raquel subió a la bicicleta y lo dejó sollozando en la puerta de la casa. Pero avanzó unos metros y dio media vuelta como si se arrepintiera. Se acercó a Tito que detuvo su llanto un momento, esperando el cambio de parecer de Raquel. Y entonces escuchamos nítidamente el susurro de su extraña explicación.

-Me voy a ver a una persona que me enseña muchas cosas. Cosas que nadie más que él puede saber, pero no puedes venir conmigo. Es muy peligroso para ti —y agregó como quien le confía un secreto—, tiene debilidad por los niños como tú. Por eso no te llevo: te puede hacer mucho daño. Sabes que te quiero y no deseo que nadie te lastime.

Tito pareció tranquilizarse, Raquel le dio un beso en la mejilla húmeda y se fue. Nosotros nos quedamos nerviosos. Nos acercamos a la ventana de su dormitorio, hacia la parte posterior de la casa. Conocíamos la luz tenue de su lámpara de cabecera. Y, en efecto, Tito no dormía. Repetía una letanía, un poema que adivinamos por el movimiento de sus labios:

La señorita del abanico

Va por el puente del fresco río...

La señorita del abanico y los volantes

Busca marido...

Los grillos cantan por el oeste

La señorita va por lo verde...

No entendimos muy bien qué quería decir; ni quién era esa señorita. Además, había versos que Tito decía muy rápido o vocalizando poco y no alcanzábamos a descifrarlos. Se pasó mucho rato repitiendo el poema hasta que se fue quedando dormido. Solo entonces nos retiramos. Estábamos muy preocupados. Tito había resultado más vulnerable y complicado que cualquiera de nosotros. Mucho más de lo que imaginamos cuando llegaron. Dicen que los niños muy cuidados son así.

Al día siguiente Raquel y Tito se levantaron tarde.

-¡Qué dormilones se han vuelto! —se quejaba la abuela.

-Deben ser los baños de agua tan fresca, el ejercicio,

el aire sano del campo. Se cansan más — argumentaba el padre.

Claro, no sabían lo que nosotros así.

No sé quién sostenía que siempre aparecen detalles que cambian el curso de la historia cotidiana. Todo es excepcional, "dar la mano no es siempre lo mismo que dar la mano y abrir una lata de sardinas no es abrir al infinito la misma lata de sardinas". Tito se pasó la tarde leyendo tiras cómicas del Príncipe Planeta. Vimos de lejos, por sobre su hombro, que se trataba de un niño tan frágil en apariencia como él mismo, pero muy valiente y capaz de enfrentarse a increíbles monstruos extraterrestres.

Esa tarde no vino Gabriel a visitar a la familia. Raquel tomó su bicicleta después del almuerzo y empezó a pedalear con ansiedad alrededor de la casa. Eso debe haber estimulado la imaginación de Tito.

-Quela, tú eras la campeona de bicicross y yo era el jurado que te entregaba la copa, ¿ya?

Y procedió a acumular montículos de leña, ramas de árboles, cuatro o cinco ladrillos formando un murito y hasta una vieja silla desvencijada que encontró en la parte de atrás de la casa. Raquel debía saltar los obstáculos a la mayor velocidad posible mientras Tito le tomaba tiempo con su reloj cronómetro. Todo ocurrió normalmente: Raquel, que era una buena ciclista, se elevaba por el aire y caía un metro, metro y medio más allá, feliz de demostrar lo bien que conducía. Tito, en cambio, la miraba saltar muy serio, comprobando en el cronómetro la velocidad de su hermana.

-¡Más rápido, Quela, puedes hacerlo en menos tiempo! —le exigía. No debió asumir el desafío. Era

previsible que se rompiera la crisma. Una de las veces que saltó sobre la silla rota, la rueda posterior tropezó con una pata y la bicicleta se detuvo en seco proyectando a Raquel por el aire, un buen trecho más allá. Se lastimó los codos y las rodillas, pero además —dijo su papá— tenía un serio esguince en el tobillo derecho que habría de impedirle caminar por unos días.

-Ni soñar con montar bicicleta hasta que estés bien —le dijo. En ese momento pensamos que se trataba de un simple accidente. Pero ya más tarde empezamos a dudar de que lo ocurrido hubiera sido fruto del puro azar.

Como a la medianoche, a la hora en que Raquel solía escaparse, vimos salir a Tito en su lugar. Llevaba puestas sus zapatillas Nike, las que solía usar cuando hacían caminatas por las sendas más o menos agrestes de la zona. Se había cubierto con una chompa gruesa, de color oscuro para protegerse del frío y su cuerpo se confundía con la oscuridad. Por suerte el cielo estaba despejado, había luna y la claridad nos permitió constatar que tomaba el mismo camino que recorría su hermana cada noche en bicicleta. Tal vez llevaba un recado de Raquel. O quizá solo quería descubrir su secreto.

Tratamos de seguirlo de lejos para que no adivinara nuestra presencia, no fuera a asustarse. Tras una caminata de casi tres cuartos de hora llegó a un punto en el que debió detenerse. Allí el camino se bifurca y pareció desconcertarse frente a lo imprevisto de la situación. Ladeó la cabeza hacia la derecha, luego hacia la izquierda, como si escuchase un llamado, una señal. Optó por la izquierda y se adelantó en un bosquecillo. Allí le perdimos la pista.

Nos comíamos las uñas de los nervios, pero no



sabíamos dónde buscarlo. El bosque es grande y de noche no se ven ni las manos.

Un poco más tarde escuchamos sus gritos ahogados y sus sollozos que alguien calló con un golpe seco. Y luego el silencio.

Nos sentimos culpables por no haberle advertido a tiempo del peligro. Pero ¡era tan raro, tan imprevisible que resultaba muy difícil adivinar sus reacciones! Jamás hubiéramos pensado que se atrevería a entrar —solo y en esa oscuridad— al bosque, lleno de sabe Dios qué bestias.

Hoy el cielo amaneció cubierto. La familia de Tito solo ha advertido su ausencia cerca de las nueve, cuando la abuela se levantó a preparar el desayuno. Se han demorado un buen rato buscándolo. Lo han encontrado recién al mediodía, desnudo, inconsciente, con unas marcas como mordiscos en los hombros, en los brazos y en las nalgas.

El padre y la abuela esperan en la sala. El viejo fuma un cigarrillo tras otro. La madre vuelve otra vez a la habitación de Tito. Las hormigas siguen entrando al cuarto como si fuera su casa. Deben haberse instalado debajo de la cama. Pero ella — que ha entrado a verlo como veinte veces— ni siquiera se percata de sus pérfidos manejos. Solo tiene ojos para Tito. Pero esta vez da un grito agudo, se echa a llorar y llama al padre, a la abuela, a Raquel, que llega rengueando de su cuarto.

-¡Mi niño! ¡Mi chiquito lindo! —solloza la madre.

Ahora sí podemos entrar. Vemos al muerto con los ojos fijos en el techo mientras la mano de su padre le cierra los párpados y una de sus lágrimas cae so-

bre la piel amarillenta. Extraño color sobre el que destaca el morado de los hematomas moteando su cuello, su pecho, sus brazos. El resto está cubierto por la sábana, pero sabemos, sin necesidad de verlo, cómo han de estar su barriga, las heridas de sus piernas o de sus nalgas. Debe ser mucho peor. ¡Su piel era tan delicada!

Esto no es una deducción. Es una certeza. También conocimos a Belial en el sendero de los caminos que se bifurcan. A nosotros nos pasó lo mismo. Ahora tenemos un nuevo compañero.

Ya podemos jugar con Tito eternamente.



Fuente: Andina Noticias

Leyla Bartet (Lima)

Como parte de sus estudios de periodismo en las Universidades de Estrasburgo y de La Habana, de lingüística en la Universidad de San Marcos en Lima y de Nanterre, y de sociología en La Sorbona, Leyla Bartet ha realizado diversas investigaciones en torno a la presencia árabe en América Latina como miembro de la UNESCO. Publicó, entre múltiples ensayos en revistas y compilaciones, *Memorias de Cedro y Olivo. La inmigración árabe al Perú (1885-1985)* [2005] y *Las fronteras disueltas. Voces árabes en el Perú ss. XIX y XX* (2011). Asimismo, es autora de variados libros de narrativa.

EL BRAZO

Manuel Beingolea

Recuerdo el obsoleto aspecto de la oscura casa y de la calleja mísera donde estaba. Era un pueblo con subprefecto y cura. El telarañoso frontis declarada ocho o diez años de vacío. La entrada era un punto de referencia en una larga pared de adobes. Nada de ventanas. Una puerta entre dos terrenos abandonados. Terribles leyendas corrían sobre ese rincón.

No obstante, me animé a habitarla. Me la dejaban en un precio conveniente y para el agua podía servirme un limpio arroyo que cruzaba delante. Trágicas escenas tuvieron lugar allí. Diez o doce años antes, una de las tantas pandillas de bandidos que infestaban la provincia, sin policía y gendarmería, y donde las «garantías individuales» quedaban encargadas a la iniciativa personal asaltó al último morador, un comerciante retirado y con fama de guardar dinero, quien sintió una noche un ruido como de alguien que tratase de forzar la puerta. Fue dentro y volvió a poco con un candil, a cuya luz vio un brazo desnudo hasta el codo, que armado de un puñal, se introducía por una abertura, tratando de quitar una barra de hierro que servía de tranca. El comerciante aterrado y lívido, comprendiendo que se trataba de robo, corrió hacia la cocina y cogiendo el hacha de cortar la carne, volvió de puntillas y amputó de un certero tajo aquel brazo amenazante. El brazo cayó dentro.

Pisadas, ayes, carreras, golpes de bestias fue todo lo que siguió. Después un gran silencio. Los ladrones o lo que fueran, habían fugado llevándose

al herido del cual no se supo más.

Brazo y puñal quedaron toda la noche ante el aterrorizado comerciante; viscoso, sangrante e inerte el uno; afilado y centelleante el otro. Por la mente de aquel raro espectador pasaban todas aquellas sugerencias originadas aquella noche por las circunstancias. A ratos creía ver en el brazo movimientos y reflejos de amenaza, otros lo empavorecía la rigidez que iba tomando. Y en tal trance le sorprendió el día.

Gentes del lugar, contaban que el brazo fue llevado al Cementerio. Otros decían que fue enterrado en la misma casa junto con tesoros...y que, andando el tiempo, sueños y vigilias de sus moradores eran amargados por la aparición de un brazo amenazador que pretendía estrangularlos con su crispada mano. El fin de todo fue que perdieran la razón y acabaron desastrosamente algunos de ellos, sin que nadie supiese dónde brazo, puñal y dinero se encontraban.

II

No hizo en mí más impresión esta verdadera o apócrifa historieta, que la de un cuento y nada me impidió vivir tranquilo. La casa constaba de cuatro o cinco habitaciones, cocina y corral, corridos todos a lo largo de una pared, dejando un pasadizo y sin comunicarse interiormente unas con otras. He de añadir que yo no vivía solo. Un amigo circunstancial me acompañaba.

Era un sujeto de mediana estatura, de unos treinta

y cinco años, bronceado, con todo el aspecto de luchador y decidido. Circunstancias excepcionales le llevaron a aquel pueblo, donde pensaba -vendiendo sombreros- reconstruir su caudal disipado en una vida desordenada y adquirido en la Montaña en la caza y venta de pieles y pumas. La vida montañesa le había endurecido el alma y obligado a cometer un homicidio. Esta circunstancia estuvo por alejarme de su trato, pero reflexionándolo despacio, podrían ser imaginaciones y embustes, y el hombre se hallaba indudablemente en pésimas circunstancias; era altanero, no gustaba de la gente de allí, y fatalmente buscó mi ayuda y compañía solo nocturna; pues durante el día traficaba fuera. Así, pues, haciendo de tripas corazón, le toleré y allí estaba.

Vivimos algún tiempo tranquilos, hasta que una noche vino hacia mí quejoso y algo impresionado; me habló de abandonarme. Le pregunté la causa. No le dejaban dormir los ruidos nocturnos extraños que sentía. Eran ruidos clásicos de una casa en que «penan», estridor de cadenas, quejidos, etc. Eran, según él, cosas del otro mundo.

Traté de disuadirlo riéndome de la famosa historia del brazo, él se corrió un tanto y logré verle tranquilo unos días, pero una tarde, a eso de las seis, regresó de la calle algo cansado y se recostó en la cama.

No recuerdo cuándo tiempo durmió, pero al despertar después de desperezarse, me habló de ir a comer y de que no tardaría, y volviendo la vista a todos lados, buscaba un fino sombrero de jipijapa que usaba como reclamo de su comercio.

- ¿Dónde está mi sombrero? -inquirió.

- ¿Dónde lo pusiste? -le dijo.

-Aquí en el catre -tornó a decir.

- ¿Y no está?

-No.

Miramos debajo de la cama, en todos los rincones y no hallamos el sombrero. Entonces me dijo -entre airado y risueño:

-Ea! Basta ya! Déjate de asustarse: Tú solo has escondido el sombrero para que yo acelere mi resolución de marcharme...No importa...

De todos modos me marché. Lo que tú quieres conseguir es quedarte solo porque te fastidia... Dame el sombrero...Además los ruidos y todo eso lo haces tú y anoche algo me has puesto en el pecho mientras dormía, pues he sentido como un brazo pesado sobre mí.

Me quedé turulato. Yo no había hecho tal, no jamás sentí nada extraño. Juré y perjuré y por fin propuse una prolija busca del sombrero en toda la casa. Así lo hicimos y al fin encontramos el sombrero en medio de la habitación más lejana, que estaba cerrada; no arrojado como quiera, sino colocado en mitad del suelo matemáticamente. «Para colocarlo allí -le dije- se notarían las huellas de los pies, pues no ignoras que el cuarto está lleno de polvo».

Verdad es que podrían haberlo tirado desde lejos; pero no dejó de maravillarnos la exactitud matemática de ocupar el mismo centro del piso. Fuimos a ver no había huella alguna. El hombre se puso lívido y yo empecé también a inmutarme. Sacamos el sombrero, y nada ni nadie fue capaz de hacer que durmiera allí esa noche.

Me quedé solo, aguzando el oído y encerrándome por dentro y encendiendo tres o cuatro bujías. Nada, ni el menor asomo de ruidos. Si había algo raro allí, seguramente no era yo el llamado a

sentirlo. Las penas no me hacían el honor de ocuparse de mí. ¡Adelante! -me dije- y me olvidé de lo del sombrero hasta que un día...

III

Se presentó la traza de bandolero más característico que he visto en mi vida. ¡Qué alarmante tipo! Era un hombre alto y lívido, de ancho sombrero, terciado poncho, botas claveteadas, un ojo vendado y parcheado, y el que le quedaba visible, irritado y de mirar matrero.

Le pregunté qué se le ofrecía.

-¡Buenas noches, buen caballero! -me dijo guiñándome su ojo sano.

-Mi señor y taita -dijo el siniestro hombre, -mi apellido es Talavera y vengo desde (aquí mentó un pueblo de la sierra). Necesito su ayuda de usted.

-¿Mi ayuda? Y dirigí mi mano al bolsillo del chaleco para darle la consabida peseta.

-No se trata de dinero -me replicó. - A Dios gracias, he salido de la prisión con algunos ahorros. -Si Ud. Los necesita...

¿Ha salido Ud. de la prisión?

-Sí, taita. Estuve allí por lastimar a un cristiano. Cosas de la vida.

Y me refirió una serie de sucesos, explicando atropelladamente las causas que le había tenido guardado. Ahora había logrado escapar. Lo perseguían. Sabía que en la casa existía un entierro. Sólo quería que yo le permitiese sacarlo. Iríamos al partir.

Me enseñó un plano de la casa y en él aparecía el sitio donde el sombrero de mi amigo cayó, marcado con un aspa. Era Allí, tenía la seguridad.

Mi primer impulso fue poner en conocimiento del

subprefecto qué clase de huésped solicitaba mi ayuda, pero me ha repugnado siempre ser delator y como a mí no me importa, me limité a decirle que no creyese esas tonterías, que allí no había tesoro alguno y que no me comprometiese con su presencia.

El hombre, afirmó, juró, y ofreció no permanecer allí más que el tiempo preciso. Fue tan insistente y humilde en sus súplicas que no tuve más remedio que dejarle hacer. No podía vivir en el país. Encontrado el tesoro se embarcaría.

-Bien, proceda Ud. -le dije- pero sea rápido.

Ocupó el cuarto polvoriento. Allí en un rincón dejó sus alforjas y debió comenzar el trabajo aquel mismo día porque a mi regreso aún sentía yo azadonazos y golpes extraños.

Acostado, sentí algo como un consuelo al pensar que ya no estaba solo en la casa. Un ser humano aunque de lo peor calaña, vivía en ella y me dispuse a dormir sin sobresaltos.

Sentía que el hombre cavaba, pero no se hacía ver de mí. Al cuarto día se me apareció con el cabello erizado y en la misma actitud descompuesta de mi primer compañero.

¡Maldita sea!

¿Por qué maldice Ud.? -le interrogué.

El hombre se reportó y mirándome con una mueca de desaliento me repuso:

-Perdóneme, señor; ¡no sé lo que me digo! -Es el demonio quien debe andar en todo esto. ¡Maldita sea! Me han tirado de los cabellos, han arrastrado mis alforjas por todo el cuarto y un condenado brazo me ha oprimido el pecho toda la santa noche.

Me voy. No quiero nada. Que el entierro se quede para el demonio...

Tirando la puerta con violencia desapareció de mi vista el emponchado.

Quédeme solo en el cuarto, meditando. ¿Qué pasaba allí? Por mi parte seguía tan extraño a las «penas» como siempre. Entré al cuarto maldito. El hombre había removido la tierra en diferentes partes. Las jambas de la puerta también habían recibido golpes de azadón. Salí porque el olor de la tierra húmeda me hacía mal. Y me fui a la calle. Anduve ocupado todo el día.

Al caer la tarde regresé y por sí o por no vela en mano, hice una investigación prolija en toda la casa. Todas aquellas cerradas y polvorosas viviendas las registré una vez y otra, y no hallé como de costumbre sino polvo y mudez. Volví a la mía. Cerré bien las puertas. Hice té y enseguida me metí en la cama. Tenía una regular provisión de velas y como no pudiera conciliar el sueño la atribuí a nervios. Sin embargo, agucé el oído y todo seguía tan tranquilo como de costumbre. «Leeré» - me dije.

Tenía yo una biblia -regalo de un amigo. - Era un tomo grueso en folio, con magníficas ilustraciones. Lo llevé hacia mi cama e improvisándome un velador con una silla, empecé a hojear las láminas y a leer la historia de Labán y Jacob.

Saboreada aquella ingenua crónica en que Jacob cobra a Labán sus salarios y en que recurre al ardid de manchar las ovejas para hacerse pago, y en estas sencillas imaginaciones que quedé dormido.

No sé cuánto tiempo transcurría. Me despertó la



sensación de un brazo gigantesco que oprimía mi corazón. Abrí los ojos y llegué a tocar un brazo grueso e inerte, algo pesado. Estaba allí oprimiéndome como un brazo de carne muerta.

Salté del lecho. Algo rodó por el suelo. Sentí el chocar metálico, el tañido del puñal que a buen seguro tenía empuñado. La bujía se había consumido y yo no atiné sino a buscar a tientas la puerta, espantado. Trabajo me costó encontrarla.

Me di contra las paredes, tropecé con la mesa y cayó algo que estaba encima de ella. Al fin encontré la manija, di vuelta a la llave dos veces y me encontré en paños menores, en medio de la calleja oscura y ahora con la sensación de que mi brazo derecho amputado y no lo sentía.

Empecé a serenarme, el frío de la calle me hizo reaccionar y volvía a la habitación. A tientas y medio asustado aún, encontré la caja de fósforos, y encendí otra bujía que me costó trabajo sacar el paquete.

Vi la biblia abierta y tirada en el suelo. Quizá como me durmiera, descansando el pesado tomo sobre mi brazo, éste se me había «dormido» y era esa la sensación de amputación o de opresión que me despertó o era la de la pesadez de la gruesa biblia la que me hizo sentir el brazo insensible, y tanto que me pareció de otro.

Volví tranquilamente a acostarme y ni el día siguiente ni los demás que viví en ella, volvió a sucederme nada de particular.



Fuente: Archivo
de la Biblioteca Nacional
del Perú

Manuel Beingolea Balarezo (Chorrillos 1881 - Barranco 1953)

Su obra literaria, ubicada dentro de la corriente modernista, abarcó cuentos y una novela. Hacia 1897, empieza a colaborar en el periódico *La Neblina*. Luego lo haría en *Balnearios*, *Variedades*, *Mundial*, *Mundo Limeño*, *Lulú*, *Actualidades*, *Turismo*, *Excelsior*, *Panoramas*, y en periódicos como *El Comercio* y *El Tiempo*. En este último tuvo dos columnas sobre temas de actualidad local, tituladas "Psicología callejera" y "Mercaderes y espaderos". Publicó *Los concejos barranquinos* (1921); *Bajo las lilas* (1923); y *Cuentos pretéritos* (1933).

LA CASA DEL DIABLO

Arturo D. Hernández

-El viaje es de lo más simple y placentero -me había dicho el alcalde de Catalina con optimismo irresistible-. Todo es de bajada. Toma Ud. el centro del río y empieza a silbar la canción que más le agrade. La fuerte corriente se encarga de conducirlo sin que de su parte tenga que hacer el menor esfuerzo. Pernocta en Angeloyuc, y al día siguiente sale al Ucayali.

Quedé convencido. Empecé de inmediato viaje hacia Tierrablanca. Iba solitario en una canoa a causa de que nadie quiso acompañarme: el pueblo estaba en vísperas de la fiesta patronal, y ninguna persona se hallaba dispuesta a perder los días de alegría desbordante que incluían villancicos, procesiones, jaranas y borracheras, alimentación abundante y gratuita a costa de los buenos cabezones, esas personas devotas, notables del lugar, que se suceden todos los años para sufragar los gastos de la celebración. Catalina era el único pueblo llano amazónico sujeto a las costumbres impuestas por los antiguos misioneros que la fundaron hace tres siglos, y discurre su aislamiento secular en un paraje situado en la gran llanura apenas explorada que separa los ríos Huallaga y Ucayali.

Anocheció. Las sombras proyectadas por la exuberante vegetación que margina las orillas, dejaban una angosta feria de pálida claridad, reflejo de un cielo plomizo, que marcaba el centro del río, camino móvil que me conducía a mi destino. Pasaron las horas. Al filo de la media noche, tras un recorrido, se perfiló el borroso con-

torno de una casa. Creí haber llegado a Angeloyuc.

Atraqué. Allí no había el menor vestigio que indicara el paso del hombre. Lo más transitado en esos apartados y solitarios puestos gomeros, a lo largo de las vías fluviales, es precisamente el puerto. Por allí se intercambian las comunicaciones, el contacto con el mundo exterior, toda la actividad de los ribereños. Salté a tierra y sufrí la influencia de algo indescriptible que crispó mis nervios y ofuscó un tanto mi entendimiento. Sin embargo, allí nada había que justificara el fenómeno. Mas, como tenía que pasar el resto de la noche en ese lugar o aventurarme adelante donde el río se precipitaba en grandes remolinos y las canoas naufragaban en las obscuridad, opté por quedarme. ¡Tantas veces había pernoctado en lugares abandonados! No tenía otra alternativa.

Subí. Bajo la difusa claridad de una noche sin estrellas se abría un patio cubierto de plantas rastreras en cuyo extremo se levantaban una casa asfixiada por llanas. Mi cuerpo empezó a crecer, a expandirse, a expandirse. Tenía la impresión de que unos ojos inmensos me miraban desde la espesura, sugestivamente quieta y silenciosa, un silencio que aterraba. Toda manifestación de vida parecía haberse extinguido. El canto, el arrullo, el rumor, la algarabía, es decir las voces de la selva, estaban enmudecidas.

Después, fue así como sumirse en un estado letárgico. Había penetrado peligrosamente bajo la noche en el misterio de ese mundo primitivo en

que todo es posible. El patio, en metamorfosis inexplicable, se tomó limpio, la casa acogedora. Subí los escalones rechinantes, avancé por la plataforma abierta que dejaba entrever la negra entraña de la jungla, y seguí hacia la habitación que se distinguía en el fondo. Mis pasos resonaban lúgubres. La habitación carecía de puerta y en el interior se proyectaba una tarima adosada en la pared. Alumbrado por un cabo de vela, como un autómatas, me dispuse a preparar mi lecho: gruesa manta a manera de colchón y mosquitero de gasa transparente. Todo lo llevaba en una bolsa de viaje engomada. El hilo de mis ideas se esforzaba en romper la fuerza que le aprisionaba, y las imágenes huían inaccesibles.

En cuanto me hube acostado apagué la vela con el vago propósito de dormir el resto de la noche. De pronto se escucharon pasos lentos y pesados como los de un robot que subía. Siguió avanzando por el piso crujiente, vi un cuerpo monstruoso, informe, cubriendo el vano de la puerta de entrada...¡y penetró en el interior! El peligro retornó mis facultades, pero estaba paralizado por el terror. Mas, cuando ese enorme bulto llegó hasta el techo y levantó el mosquitero proyectando su cabeza espectral en la densa penumbra, pegué un grito y extendí el brazo buscando, en impulso instintivo, la caja de fósforos.

Debo aclarar que tengo la mala costumbre de no saber dónde pongo las cosas. Hasta hoy nunca he podido sustraerme al empleo de gran parte de mi tiempo buscando lo que puse en alguna parte. Pero en aquella noche mis manos cayeron providencialmente sobre la caja de fósforos. Tal vez fue un segundo el empleado en prender el palillo. Se proyectó la luz, y al instante el mosquitero levantado cayó sobre el techo. Lenta-

mente, sin precipitarse, como quien tratara de acabar con su víctima por el terror, ese ser monstruoso empezó a retroceder. Sus pisadas resonaron en el piso y bajaron la escalera. En tanto, al borde de la locura, había yo logrado prender el cabo de vela.

Estoy seguro que en cualquier otra parte del mundo habría seguido al monstruo -o lo que fuese- armado de machete que llevaba, listo para el ataque. El terror me hubiese dado fuerzas para enfrentarme al peligro con ese impulso racional que nos lanza a desenmascarar todo aquello que se presenta bajo el aspecto de lo sobrenatural. Pero en esas soledades donde uno nace y vive el imperio de supersticiones e influencias primitivas, y la realidad se deforma por el contagio de la magia y mito, me encontraba aplastado, agónico, pendiente del cabo de vela que chisporroteaba acortándose con rapidez pavorosa; y, como un condenado a muerte, contaba los minutos, los segundos esperando que al cabo de vela se agotara, con la certeza de que este vestigio infernal haría su nueva aparición. Apenas quedaban unos centímetros... no pude más y lo apagué para tenerlo como una reserva vital. Mas al momento de los fatídicos pasos volvieron a resonar en la escalera.

No esperé más; con mano temblorosa volví a prender el cabito. Las pisadas retrocedieron hundiéndose en el silencio.

Con la mirada en la luz, esperaba el instante crítico de su extinción que me sumiría en las tinieblas, el pánico y la locura. En el fondo del silencio los latidos de mi corazón repercutían violentos, amortiguados. Como una evocación lejana, desprendida de las páginas leídas, reproduce en mi memoria el cuadro del condena-

do en el cadalso, con el sacerdote prodigándole el consuelo de la religión. Recordaba la horca, el reo escogido, la soga ajustándose a su cuello... La luz se mitigó. La mecha pugnaba por seguir ardiendo en una manchita líquida.

Al borde de la locura me arrojé del lecho precipitándome afuera. En la plataforma exterior reinaba la claridad del amanecer. Sobre el recodo del río, brotó la primera partícula de luz en el preciso instante en que la mechita se apagaba.

Ante mis ojos absortos todo se transformó. La casa, ahogada en lianas, se mantenía milagrosamente en pie, los pisos sostenían apenas, y las plantas rastreras cubrían el patio.

Me embarqué apresuradamente y, luego de atra-

vesar tres o cuatro meandros de río, divisé varias canoas atracadas en la orilla. Era la indicación más segura de que el interior estaba habitado. Subí. Atravesando un macizo de árboles el caminito me condujo a un pequeño fundo. Del techo plomizo de la casa se levantaban densas columnas de humo.

Los perros ladraban y el propietario, a quien conocía, vino a mi encuentro exclamando asombrado:

-¡Por Dios, qué cara de difunto trae Ud.! ¿De dónde viene tan temprano?

- De Angeloyuc... allá arriba.

- Esto es Angeloyuc. La casa de arriba fue abandonada hace muchos años. ¡Todos los que entraron en la Casa del Diablo, no volvieron a salir más!



Fuente: Archivo
Familia Hernández

Arturo D' Hernández (Sintico, prov. de Requena 1903 - Lima, 1970)

Fue uno de los escritores más destacados e influyentes de la literatura amazónica, fundamentalmente por sus novelas *Sangama* (Novela de la selva amazónica) de 1942, y *Selva trágica* de 1954. Asimismo, se valoran mucho su volumen titulado *Tangarana y otros cuentos*, de 1969, y su novela *Bubinzana (La canción mágica del Amazonas)*, de 1960). Hernández es considerado un representante destacado de la corriente literaria denominada regionalismo, al lado de figuras importantes como Ciro Alegría, Francisco Izquierdo Ríos o César Calvo Soriano. Hernández conoció a Ventura García Calderón, quien fue el artífice de la edición y distribución de su producción en Europa.

EL MIEDO

Mariella Sala

Bajas del carro apresuradamente. Has llegado al ocaso y un oscuro temor te acompaña desde que dejaras tu casa de la ciudad. Rápidamente avanzas, cargando en una mano tu máquina de escribir y en la otra, la bolsa de artesanía incaica con lápices y cuadernos.

Ves los barquitos incoloros meciéndose sobre un mar gris, semejante a un gran lago de plomo derretido; los alcatraces, hambrientos, pasean por la orilla, mientras las gaviotas sobrevuelan las embarcaciones, chillando ávidas y tercas. El balneario está desierto como suele estar durante el invierno. Sin embargo, algunos pescadores te miran, te silban, sonríen insinuantes entre ellos. Te estimulan a dar marcha atrás, a abandonarlo todo. Tu temor se acentúa, pero sabes que eres obstinada y nada te hará desistir de tu proyecto; crees en ese oscuro poder de la mente y sabes que dará resultado. Sólo vienes en busca de una constelación.

Caminas cruzando chalets deshabitados, bares sin parroquianos y tiendas selladas con puertas de hierro. Todo el pueblo te brinda un aspecto desolado. Tomas el angosto camino de tierra al descampado. Junto a los cerros, todas las casitas son iguales y no sabes a cuál dirigirte porque tú no habías visitado aún la casa recientemente alquilada. Con la llave que te dieron, pruebas todas las cerraduras hasta que una de las puertas se abre y al fin entras. Te cercioras que es la casa de tu madre al ver los muebles familiares distribuidos en el living, la cama Reina Ana en el cuartucho que ha-

ce de dormitorio, los utensilios de cocina llenos de polvo sobre la mesa. Fijas en tu mente las imágenes que te rodean. Te concentras en ellas hasta que el exterior se convierte en una obsesión interior, una semilla creciendo en tu rincón más profundo, absorbiendo tu espíritu. Comienza entonces la creación. Paseas por las habitaciones polvorientas y luego de preparar un café.

Regresas al cabo de unos minutos, pero tú ya no te percatas del tiempo: ahora sólo existes en la intemporalidad de tu obsesión. Eres un solo pensamiento que vuelve y vuelve, cada vez con más fuerza, cada vez produciendo un temor más intenso.

Ha llegado el momento. Te sientas a la mesa y empiezas el relato/anochece cuando llegó al balneario/no se veía a nadie y sintió miedo/ un temor que la acompañaba desde que dejara la ciudad/sabía que no podía retractarme/recordó anteriores momentos de angustias y se convenció que necesitaba absoluta soledad/siguiendo las instrucciones que le diera Olga salió hacia el descampado y buscó la casa que ella le había prestado/no la encontró/probó luego las cerraduras/una puerta se abrió y ella decidida atravesó el umbral/era éste/sin duda/ el chalet de Olga/sus muebles estaban en el living y sus adornos favoritos yacían sobre la mesa cubiertos de polvo/ arrimó los adornos/colocó su máquina y se dispuso a escribir/escribió largas horas con ansiedad/de pronto se sintió cansada y decidió salir a tomar un café/las calles estaban desiertas/sólo se

escuchaban ladridos de perros en algunas esquinas/ avanzó rápidamente y casi corriendo llegó al pequeño restaurante/ algunos pescadores la miraron sorprendidos/ hicieron insinuantes comentarios en voz alta y luego empezaron a reír/ ella bebió el café a grandes sorbos/ nerviosa emprendió el regreso hacia la casa/ una vez allí se tendió en la cama dispuesta a leer/ no se escuchaba nada/ sólo el silencio como un tambor sordo que causaba dolor en los oídos/ intentó concentrarse en la novela pero una idea martilleaba/ obsesiva/ en su cerebro/ la casa no tenía cerrojos/ las ventanas tenían un vidrio roto/ por esa abertura podía entrar un brazo y abrir la puerta desde el interior/ el miedo la invadió/ ahora pensaba en el cuchillo/ un largo y ancho cuchillo de cocina que había visto sobre una mesita/ se burló de sí misma/ le pareció ridícula la idea que le vino a la mente pero después se levantó y fue a recogerlo/ empezó a sentir ruidos extraños/ unos silbidos lejanos/ unos pasos sigilosos/ todos los sonidos efectistas de una película de terror/ comprobó que era solamente su imaginación y fue caminando despacio/ como para que el ruido de sus pasos no le impidiera escuchar algún sonido del exterior/ se tendió lentamente sobre la cama/ guardó el cuchillo debajo de la almohada/ continuó leyendo/ no sentía el tiempo en ese cuarto semialumbrado por la luz de una vela/ ella y el cuarto formaban el cosmos y todo el cosmos era silencio/ no supo cuándo empezó a escuchar ruidos nuevamente/ no supo si realmente escuchaba ruidos o era sólo el sonido del corazón latiendo con ferocidad/ queriendo escaparse de ella/ no puedo dominar la mano que tembló al encender un cigarrillo/ descontrolada intentó calmarse/ pero era imposible razonar el miedo/ ese sentimiento que se apoderaba ahora de ella obligándola a esperar con más intensidad el instante/ ese instante/ la ventana se abrió con un

ruido metálico y fugaz/ esperó/ ya no se oía nada/ se incorporó para inspeccionar la casa/ de pronto/ frente a ella/ vio a un hombre bajo y gordo mirándolo fijamente/ inmóvil lo observó/ le pareció un marciano/ de su cabeza triangular surgían las orejas grandes y separadas que terminaban en punta/ tuvo aún la esperanza que fuera una alucinación/ las facciones asiáticas del hombre y los pelos grisáceos erectos en el cráneo le daban un aspecto irreal/ pero lo vio acercarse lentamente hacia ella/ sonriendo a cada paso/ taimado/ como pidiendo disculpas/ sintió su piel escamosa sobre el hombro y comprobó que todo era real/ el contacto la electrizaba/ cayó pesadamente en su cama y esperó/ entonces él tomó del brazo acariciándola suavemente/ casi con ternura/ Cinthia permaneció inmóvil de repugnancia y de miedo mientras él paseaba sus manos por los senos/ presionándolos/ causando dolor/ luego con adoración los besó/ sus ojos eran los de un sonámbulo/ vacíos de placer/ ella entonces en un esfuerzo sobrehumano cogió el cuchillo con la mano izquierda y se lo mostró/ no dijo nada/ temió que su voz temblara demasiado y ella sólo quería asustarlo/ obligarlo a que huyera/ el hombre no reaccionó inmediatamente/ sólo miró profundamente a Cinthia y luego le arrebató el cuchillo violentamente/ ella empezó a sollozar/ él le arrancó la ropa con furia estrellándose contra la pared/ ahora completamente desnuda Cinthia espera/ espera/ no sabe cuando siente el cuerpo desnudo sobre ella/ el sudor pegajoso/ el olor del sexo/ ve el cuchillo brillando con la luz de la vela/ está sobre la cama/ aparece intermitentemente junto con el movimiento lateral del hombre/ ahora Cinthia ha sido penetrada/ ha sido invadida por un cuerpo extraño/ como un movimiento reflejo estira el brazo/ toma el arma y la hunde en la nuca del hombre/ él levanta la cabeza

y en sus ojos se percibe el dolor y el placer confundidos en la misma sensación/última sensación/parece enloquecer/trata de incorporarse pero luego su cabeza cae pesada sobre el hombro de Cinthia/Cinthia piensa en su crueldad/piensa en el sentimiento del hombre/piensa que esto pudo ser amor/se siente pétrea/dura/inmóvil/permanece tendida en el lecho con el cadáver sobre ella/rígidamente ambos semejan una estatua de Rodin a media noche /

Estás cansada. Ha anochecido y ya no puedes dejar de pensar en Cinthia. Todo es silencio ahora que ya no escuchas el acompasado tecleo de la máquina y te sientes intemporal en el silencio. Te recuestas en

la cama y coges la novela que trajiste para leer. Pero no puedes leer. Piensas que la soledad es la mayor aventura del espíritu. Sí, tú estás esperando algo, temes algo. Sabes que dentro de pocos minutos ya no podrás razonar porque el miedo te invadirá, te tomará por entero y tú sólo serás un instrumento tembloroso, observado por una conciencia oscura y profunda. Empiezas a no comprender tus actos, hay alguien que te guía, que te obliga a dirigirte hacia la mesa y tomar un cuchillo, regresar a la mesa y empezar a leer. Pero no lees, sabes que estás esperando y cuando enciendes el cigarro, tienes la certeza que está próximo el instante. Entonces escuchas un golpe seco, preciso, en la ventada de la casa.



Fuente: Magazine Cultural
Lima en escena

Mariella Sala (Lima, Perú, 1952)

Escritora, periodista, filósofa y activista peruana. Publicó *Desde el exilio*, en 1984, cuya versión extendida apareció cuatro años después. En 1986 apareció *En el camino*, una antología de jóvenes narradores peruanos, donde Mariella Sala fue la única mujer elegida. Relatos suyos han sido traducidos al inglés, francés y alemán, y publicados en diversas revistas y antologías de literatura latinoamericana.

EL PINGULLO MACABRO

Guillermo Thorndike

La soledad reinaba en la penumbra del museo; unos pasos resonaron solitarios, perdiéndose su eco en los vastos salones. En vitrinas apropiadas se exponían restos de culturas ya muertas, cuya atracción se limitaba a los estudiantes de antropogenia y a uno que otro curioso turista. Las ventanas apenas permitían la entrada de una luz grisácea, que alumbrando mezquinamente las galerías, daba al ambiente un tinte melancólico a la vez que tenebroso. Aun cuando la hora de cerrar estaba próxima, el hombre caminaba con aire despreocupado, como si estuviera cansado de pasear entre esos cadáveres de antiguas civilizaciones.

Llegando al final del corredor, el visitante penetró en una sala donde se exhibían fardos funerarios, acomodados en cajas de vidrio, calaveras y otras osamentas humanas. Las momias, de pelo rojizo y huesos carcomidos, estaban agazapadas, en actitud de esconderse a las miradas extrañas. Con sus rostros marrones que guardaban una póstuma expresión de terror, como si la horrenda visión que tuvieron de la muerte al momento de expirar, continuara perpetuándose a través de los siglos.

Los ojos azules del visitante, al posarse en esos corroídos cadáveres, expresaron la compasión que le inspiraba el ver lo grotesco que resultamos después de muertos. En ese momento sintió sobre la nuca el peso de una mirada. Sus cejas se movieron intranquilas y su frente se arrugó inquisidora; carraspeó y el rumor que salió de su garganta se prolongó hasta la última galería, como

si todas las momias, remedándole, hubieran carraspeado también.

—¿Quién puede mirarme, si estoy solo? —pensó—. Esto no puede ser sino una alucinación.

Hizo un esfuerzo para salir del corredor, pero la atracción de la mirada fue más fuerte; alguien lo observaba y no necesitaba volverse para confirmarlo.

—Pero —volvió a decirse—, ¿quién puede estar mirándome, si no hay otro ser vivo en la habitación?

Tomando una decisión, se dio vuelta bruscamente y sus ojos en el acto tropezaron con una calavera, que sobresalía de la fila en que se hallaba; sus cuencas vacías y negras parecían tener una profundidad fantástica, desde la cual alguien atisbaba todos sus movimientos. Por unos segundos, observó con espanto la mueca socarrona con que la cabeza parecía divertirse del terror que le había causado; luego, arrancándose violentamente, abandonó el recinto y corriendo alcanzó la salida en el momento que el guardián cerraba la puerta.

El ruido de la campanilla despertó al anticuario; un matrimonio acababa de entrar en su tienda. A pesar de su elevada estatura, él tenía un rostro pequeño y redondo, que unido a la abundancia de cabellos que se le caían sobre la frente, revelaba la credibilidad y timidez de su carácter. Ella, no menos alta, caminaba con lentitud, y era evidente, por la palidez de su semblante, que padecía una enfermedad mortal.

—Hemos entrado para guarecernos de la lluvia -di-

jo él con voz de tonalidad media, y en seguida, dirigiéndose a su esposa, continuó—: pero ya que estamos aquí, veamos si hay alguna curiosidad que podamos comprar.

La mujer lo miró amorosamente y al sonreírle con sus labios delgados y descoloridos, mostró unos dientes desiguales y agudos.

El anticuario, sin decir palabra, volvió a sentarse frente a la ventana y se abandonó a la contemplación de la gruesa lluvia que caía.

Los esposos, en silencio, empezaron a examinar los objetos que atestaban las mesas y escaparates, provenientes de las más variadas épocas y lugares; se encontraban solos en la tienda sin que ningún ruido los perturbara. Solícito, él la cuidaba, demostrando en cada gesto la ternura que por ella sentía. De pronto, separándose de su marido, la mujer se aproximó a un estante, observando algo con gran interés y asombro. Al advertir su actitud, él le preguntó:

—¿Qué miras?

—Lo más original que he visto en mi vida —respondió— acércate para que veas.

El hombre se acercó y al ver el objeto que había excitado la curiosidad de su esposa, sintió que la sangre se le congelaba en las venas, porque delante de él estaba la calavera del museo, mirándolo a través de sus cuencas, que tenían la misma extraña y espantosa profundidad; sólo que esta vez presentaba un tubo, de regular grosor y longitud no muy grande, que partía del centro del cráneo.

Durante unos segundos se quedaron inmóviles, ella sin salir de su asombro y él como si el vacío de esas cavidades lo hubiera hipnotizado. La mujer, levantando la voz, inquirió del anticuario:

—Quisiera conocer el significado o la historia de esta calavera.

Sin moverse, el tendero contestó:

—¡Ah! Veo que ustedes también se han fijado en ella; cuanto cliente entra en el almacén me hace la misma pregunta; esa calavera es un Pingullo Macabro.

—Y eso, ¿qué es? —insistió ella.

—Es una quena indígena muy antigua; los aborígenes de los Andes las fabricaban utilizando cráneos humanos, generalmente de sus enemigos; cerrando como ustedes ven la parte de abajo, el aire que se sopla por el tubo sale por los agujeros de los ojos y la nariz, permitiendo matizar con una mano la intensidad del sonido, mientras los dedos de la otra tocan la melodía tapando los huecos del tubo, que es el instrumento musical primitivo llamado quena; de este modo la calavera viene a ser una caja de resonancia.

¿Y qué razón tuvo para llamarlo macabro?

—Porque los indígenas únicamente lo tocaban en sus entierros y ceremonias fúnebres.

—¿Lo ha hecho usted sonar alguna vez?

—¡Oh, no! Eso sería profanarlo.

—Me parece que usted se burla de mí. ¿Qué de malo tendría saber cómo suena?

El anticuario se levantó y tomando el artefacto entre sus manos, lo contempló un rato; luego, dirigiéndose a la señora, dijo:

—Estos Pingullos Macabros, por la misma profanación que implica el utilizar la parte principal del esqueleto de un ser humano, en vez de darle santa sepultura, están sujetos a una maldición. Si solamente son utilizados, como ya le dije, para honrar a los muertos o acompañarlos a su última morada, nada puede ocurrir; pero si alguien los toca en una fiesta, por jolgorio o por simple curiosidad, entonces el maleficio tarde o temprano se cumplirá.

—¿En qué consiste ese maleficio? —quiso saber ella.

—En tres muertes consecutivas —respondió el anticuario con énfasis.

—Eso no puede ser cierto.

—Es posible que no sea más que una leyenda; pero tenga usted en cuenta, señora, que las maldiciones no son sino la manifestación de un mal extraterreno. En el caso del Pingullo, las tres muertes constituyen una venganza, la terrible venganza de un poder espiritual, contra el que no podemos combatir. Quien posee un instrumento profanado, tendrá que sufrir el castigo del alma agraviada y cada una de las muertes será precedida por el lamento que caracteriza el sonido de la quena.

Ella se apoyó en el brazo de su marido y ambos durante un rato observaron nuevamente al Pingullo. Comprendiendo por la expresión de su esposa el deseo que tenía de comprarlo, el hombre volvió a preguntar:

—¿Sabe usted si este Pingullo ha sido profanado?

—Lo ignoro ciertamente; pero cumplo con advertirles el peligro que extraña su posesión.

Ella, muy despacio, le dijo:

—Cómpralo, por favor; es algo muy extraño y hasta diría atrayente.

—Pero... ¿y la maldición?

—Si nada le ha pasado al anticuario, quiere decir que no está profanado y que nada nos sucederá a nosotros.

—Sin embargo, me parece que deberíamos pensar en las posibles consecuencias, antes de aventurarnos a llevarlo a casa; recuerda que la creencia en los poderes atribuidos a los ritos y encantamientos, operados por quienes tienen facultades especiales, es tan antigua como la humanidad misma; y esos poderes, que no podemos negar, no son dados por Dios, sino que provienen del espíritu maligno y únicamente pueden producir horribles males.

—Me sorprende que afirmes tal cosa; sólo la superstición nos puede llevar a admitir la brujería, los encantamientos, los maleficios y demás prácticas de la magia negra. Es ridículo creer en la noción medieval de que el diablo firma pactos con los humanos, dándoles poderes para el mal y ejerciendo un vasto e indefinido dominio sobre los elementos de la naturaleza y sobre las mentes y cuerpos de aquellos que se avienen a venderle sus almas.

Al oír las palabras de su esposa, él movió la cabeza ligeramente, como quien no está convencido y arguyó:

—No es posible dudar de que existen fuerzas ocultas, pues en todas las épocas y lugares ha habido mortales dotados del don de producir efectos sobrenaturales, que no podemos explicar con nuestra inteligencia, limitada a los fenómenos de este mundo; esa facultad no puede derivarse más que del príncipe de las tinieblas y no me parece prudente negarlo rotundamente, ni mucho menos burlarse de ello.

—Te vuelvo a repetir que en pleno siglo veinte es ridículo preocuparse por esas creencias, que corresponden a pueblos de cultura primitiva o a las masas que, en su ignorancia, se inclinan a la superchería, como medio de solucionar todos sus males. No hablemos más, que me fatigo mucho; cómprame el Pingullo y vámonos a casa, antes que la lluvia vuelva a arreciar.

Convencido el hombre de que era inútil persuadir a su mujer, se acercó al anticuario y le pagó el precio. En seguida, tomó del brazo a su esposa, que no se había desprendido del Pingullo, y ambos abandonaron la tienda.

La criada apagó las luces del escritorio; en la oscuridad la blancura del Pingullo resaltaba sobre

la mesa. Mirándolo furtivamente, salió presurosa de la habitación. Una vez fuera, se detuvo; muchos años habían pasado desde que entró al servicio de la casa; entonces su patrona era soltera y cuando contrajo matrimonio continuó acompañándola; durante todo ese tiempo, era la primera vez que experimentaba el deseo de dejarla: la presencia de la calavera le causaba espanto y tenía la certeza de que un grave peligro se cernía, invisible pero fatal, sobre todos ellos.

En varias oportunidades había intentado pedir a la señora que retirara el Pingullo, pero no tuvo el valor de hacerlo. Llegó a la escalera y mirando arriba vio que la puerta del dormitorio estaba entreabierta; éste era, pensó, el momento más propicio; subió rápidamente y tocó con los nudillos; la señora contestó:

—Entra...

La criada se acercó; el señor y la señora leían, sentados en cómodas butacas. Ella preguntó:

—¿Qué quieres?

—Señora...

Al ver que la mujer titubeaba, la miró con dulzura y, en voz suave, dijo:

—Dime sin temor lo que te preocupa.

—Señora, quiero suplicarle que esconda al Pingullo... que lo saque del escritorio... me inspira un miedo atroz...

—Eso es imposible —interrumpió—, lo que me pides es una tontería y bien sabes que tus temores son infundados.

—Pero usted podría guardarlo —insistió la criada.

—No, está en su sitio y no quiero que se mueva de allí; no me molestes más y vete a dormir.

—Bueno, señora, pero me quedo muy intranquila; presiento que algo grave nos va a ocurrir. Buenas noches.

Cuando la criada se hubo retirado, el marido, que en apariencia seguía leyendo, cerró los ojos. No le

extraño que ella también tuviera las mismas negras premoniciones que el Pingullo le había inspirado, desde la primera vez que lo encontró en el museo. Al volver a mirar a su esposa, la vio abstraída; la palidez de su cara se había acentuado y respiraba con debilidad. Dejando el libro, le dijo:

—Te noto muy fatigada; es mejor que nos acostemos, para que puedas descansar.

Un rato después, cuando infructuosamente procuraban conciliar el sueño, el curso de su vigilia fue interrumpido por una nota lejana y melancólica; sin poder hablar, escucharon cada vez más anhelantes, con sus corazones sobresaltados por el miedo, que cual etéreo sudario envolvía sus cuerpos y almas. De la biblioteca se oía venir a una melodía muy triste, monótona en su sencillez y aterradora en su misterio; las notas fueron lentamente aumentando en intensidad, hasta que los frascos vibraron sobre el vidrio del tocador. El hombre, recobrando un poco de valor, prendió la luz. Su esposa, sentada en el borde de la cama, tenía los ojos dilatados por el terror. Sin decir palabra, salió del cuarto y bajó la escalera. A medida que se acercaba al escritorio, la música parecía alejarse y cuando llegó al umbral, un silencio sepulcral había caído como una cortina que impidiese escudriñar el misterioso origen de esa música. Frente a él, el Pingullo le sonreía aún más socarronamente, con una expresión de frivolidad y odio.

Recordando el espanto de su mujer, regresó apresurado al dormitorio, y le encontró en la misma posición estática, la mirada fija en la puerta.

—No había nada —le dijo—, todo ha sido una ilusión.

Ella no se movió. Una vaga sensación de que la muerte estaba a su lado, se apoderó de él.

—¿Qué te sucede? —le gritó—. ¡Habla! ¡Respóndeme!

Sus palabras no fueron contestadas. Se acercó a ella

y, tomándola de los hombros, la sacudió suavemente. Ya sin vida, el cuerpo cayó a un costado. El miedo había hecho estallar su débil y enfermo corazón.

Arrodillándose, el hombre apoyó su cabeza sobre el cadáver, todavía caliente, y prorrumpió en amargos sollozos, mientras decía con voz entrecortada:

—No era nada... la maldición... la maldición...

De regreso, en la tarde del entierro, se encontraron solos; la criada, dirigiéndose al señor, le dijo:

—El Pingullo... es preciso destruirlo.

—Ya sé, no te preocupes; mañana mismo me libraré de él y nunca más lo veremos.

El tono desalentado con que pronunció estas palabras no satisfizo a la mujer y pensando que sus deprecaciones jamás serían escuchadas, se retiró calladamente, resuelta a alejarse lo más que pudiera del fatídico Pingullo.

Para él todo era igual; el tiempo carecía de valor y hasta la noción de su propia existencia había desaparecido, ante el tremendo dolor que lo agobiaba. Una gran confusión invadía su espíritu. En esa pequeña sala, el día anterior, habían estado juntos; ahora el sillón vacío, el chal que ella usaba y el libro con la señal donde dejara la lectura, le revivían con asombrosa lucidez sus últimos momentos. Reclinándose en el respaldo del sillón, meditó: ¿había sido todo una horrenda pesadilla o una punzante realidad? Y en uno u otro caso, ¿podía esa insania imaginativa llegar a convertirse en algo cierto? ¿Podrían sus alucinaciones conducirlo a la muerte? Indudablemente el Pingullo había influido en el prematuro y trágico fallecimiento de su esposa; pero tampoco dudaba de su propia culpabilidad, porque, después de su encuentro con la calavera en el museo, debió oponerse al capricho de comprarlo, y ahora lamentaba las funestas consecuencias de su debili-

dad. Y... ¿qué mayor acusación que el imponente silencio que lo rodeaba? Estas deprimentes lucubraciones lo sumieron en un estado de indolencia, engañosamente apacible, del que no emergió hasta entrada la noche.

Cuando salió de su ensimismamiento, la espalda le dolía, como si un agudo latigazo le hubiera cruzado la cintura. Estaba agorado por la prolongada tensión nerviosa. La obscuridad era completa y reinaba una tranquilidad tan absoluta, que no pudo menos que asociarla con las bonanzas que preceden a las tormentas más furiosas. Trató de conciliar el sueño, pero su oído, alerta y susceptible al menos ruido, no se lo permitía; bastaba el más leve crujido de las maderas para que se imaginara que seres misteriosos caminaban por su lado; le parecía que por las rendijas de la puerta y ventanas ojos severos e inquisidores lo observaban, recreándose con su nerviosidad; luego sintió un soplo de aire muy frío en el rostro, como si la muerte al pasar le hubiera echado su aliento; se apoyó en los codos, la respiración fatigosa y la actitud expectante, cayendo en seguida extenuado sobre la almohada. Se estaba volviendo loco...

Y súbitamente, semiahogado por la distancia, brotó, cual augurio despiadado de su propia desgracia, el melifluo quejido de la quena, que, como la noche anterior, iba creciendo en intensidad, cual la suave brisa se torna en huracán que sopla sin control.

Alelado por el espanto, quedó inmóvil por un momento; pero convencido de que esta vez el Pingullo tocaba para él, se arrastró reptando a la puerta y con los ojos desorbitados se apoyó desesperadamente contra ella, procurando detener con la delgada tabla la gigantesca fuerza sobrenatural que se había libertado.

Pálido y cubierto de un sudor frío y pegajoso, escu-

chó aterrada la música y cuando al aumentar el volumen la escuchaba acercarse, empujaba con más fuerza, arañando la madera con sus dedos crispados, como si luchara contra esas estridentes vibraciones que lo enloquecían. Un hormigueo irritante corría por su piel y bajo los músculos contraídos sentía el vientre sin peso alguno, pareciéndole por momentos elevarse por los aires, sin noción alguna del equilibrio. La sangre se le agolpaba en el corazón y respiraba afanosamente; de pronto, no oyó más que un sordo traqueteo y creyó desmayarse... fue entonces cuando percibió con pasmosa claridad, dentro del estruendo que reinaba en su cerebro, un golpe seco producido por la caída de un cuerpo pesado y tan repentinamente como la música había comenzado, cesó.

Fue tan brusco el cambio, que la ausencia de sonido le produjo aún más miedo; en sus tímpanos seguían resonando las últimas notas de la melodía y, ya sin objeto, continuaba empujando la puerta contra las jambas. En esa actitud permaneció largo rato, las alas de la nariz dilatadas y un temblor convulsivo en los labios, que le hacía abrir y cerrar la boca, sin poder contenerse. Lentamente fue comprendiendo que su turno no había llegado; sin embargo, con el rostro demudado y presa de una especie de parálisis, no cambió de postura. Poco a poco, sus ideas fueron ordenándose y recobró la agilidad y lucidez de sus raciocinios. La calma había retornado a su alrededor. Vacilante, se apoyó en la llave de la luz y mecánicamente la hizo girar. Nada anormal vio en la habitación...pero, afuera, ¿qué había ocurrido? Impelido a averiguarlo abrió la puerta. La luz que se proyectó por entre las tinieblas formó una penumbra de dudosas y estrambóticas sombras. Más sereno, contuvo la respiración y permaneció inmóvil, tratando de captar el más leve ruido; pero una quietud

solemne, comparable a la de las catedrales góticas, acogió su ansiedad. Encendiendo nuevas luces, llegó al borde de la escalera y al atisbar por la barandilla quedó horrorizado al ver el cuerpo de la vieja criada, que descansaba sin vida sobre el piso de la planta baja.

Prontamente comprendió que la pobre mujer, en su afán de destruir la causa de la funesta música, y vengar así la muerte de la señora, salvando al mismo tiempo su propia vida, presa del nerviosismo y la excitación, había rodado, desnucándose, en los filosos escalones.

La suerte de la criada no le produjo dolor ni conmiseración, porque su pensamiento estaba absorto en una terrible idea: él sería forzosamente la tercera víctima de la venganza del Pingullo, ya que nadie más quedaba en la casa. Entonces, de lo más profundo de su ser, brotó con irresistible fuerza el instinto de conservación y se dispuso a luchar hasta el fin, para anular el maleficio que pretendía aniquilarlo. Muy despacio y poniendo gran cuidado, bajó grada por grada. En esas últimas horas, su aspecto había cambiado por completo; el abatimiento sustituyó la arrogancia de su porte y en su mirada antes sosegada se reflejaba la extenuación. Al llegar junto al cadáver se agachó y levantando la cabeza de la difunta, contempló por un momento la expresión de espanto que se hallaba grabada en su rostro; al incorporarse, procuró erguir los hombros y caminando con paso firme entró en el escritorio. Su vista encontró nuevamente las cuencas vacías y penetrando en los fondos abismales de esos dos manchones negros, entabló con la calavera una cruenta lucha espiritual.

¿Por qué, le inquirió, tengo yo que sufrir las consecuencias de una profanación, desconocida y remota, en la que jamás hubiera incurrido? ¿Por qué tiene que recaer sobre mí el efecto de una

maldición que no he provocado? En realidad, carecía de sentido la muerte de tres seres inocentes, que no habían cometido ultraje alguno. ¿Era ésa la gratitud debida a quienes lo sacaron de la lúgubre tienda de antigüedades? ¿No le bastaba el mal que ya había provocado... qué provecho sacaría de todo ello... deseaba acaso destruir por entero una familia, para demostrar el poder del imperio del mal y de las sombras? Además, la idea de una justa venganza no era admisible, si se consideraba que tal vez el verdadero profanador residía en un lugar lejano. Tampoco podía excluirse la posibilidad de que ya se hubieran cumplido las tres muertes, pero... ¿Qué esperanza tan pequeña significaba esto para él? Nunca más conocería la tranquilidad, esperando a cada instante el horrendo sonido de la quena, anunciándole su fin. ¿Qué hacer? Si aniquilaba esos huesos hasta reducirlos a fino polvo, que luego esparciría al viento, volvería a escuchar en las noches de invierno la fúnebre melodía, al colarse los ventarrones por los aleros de la casa.

Si los incineraba, sentiría la misma sensación al chisporrotear los leños en la hoguera. Dar a la calavera piadosa sepultura... eso sería lo más apropiado... buscaría un lugar en el camposanto, para que descansase eternamente, y con ello obtendría el perdón de una falta que no había cometido. Cuando volvió a fijar su atención en el Pingullo y observó su despectiva y repugnante sonrisa, experimentó hacia él un odio feroz y la imperiosa necesidad de seguir viviendo.

Después de llamar a la policía para que levantara el cadáver, tomó unos periódicos y envolvió al Pingullo. Una vez en la calle, aprovechó que estaba desierta para subir a su automóvil y partir velozmente rumbo al cementerio. Las luces de la

ciudad se apagaron y la obscuridad fue disipándose, mientras el coche cruzaba las avenidas que circundaban la necrópolis; desde una calle de nivel más alto avistó las murallas y las interminables y simétricas filas de tumbas, de las que se levantaba una densa neblina por efecto de los primeros rayos de sol. Estacionó el vehículo y desenvolviendo el paquete cogió al Pingullo sin mirarlo, cruzando la calzada, se aproximó a la muralla mientras discurría el modo de entrar sin ser visto, y entonces sus manos advirtieron que la calavera se había recubierto de piel y que, por acción de la sangre, los tejidos palpitaban a una temperatura normal, como si hubiera recobrado la vida. Lanzando un gemido, tiró al Pingullo por encima de la pared y, pálido de terror, corrió al automóvil, arrancando violentamente; más no bien empezó la marcha, cuando sintió que la quejumbrosa música, surgiendo de las entrañas de la tierra, se acercaba rauda e implacable hacia él. En un vano intento de escapar, aceleró al máximo, pero ya la melodía retumbaba a su lado, emergiendo cada vez más nítida de los asientos de atrás. Con la expresión de un desequilibrado, volvió la cabeza y vio al Pingullo, que burlonamente lo acechaba desde la parte posterior; tapándose el rostro con las manos, profirió un alarido, mientras el coche sin dirección saltó de la calzada, y chocó aparatosamente contra un árbol. Después del estruendo un silencio mortal se adueñó de la calle.

Dos policías, que transitaban por las cercanías, llegaron corriendo. La máquina estaba destrozada y por entre los punzantes y filosos restos del parabrisas, aparecía la semidegollada cabeza del infortunado hombre.

En el cementerio, dos enterradores se dirigían a la fosa común para depositar un cadáver. Después de

colocarlo en su postrer lecho, empezaron a echar tierra sobre los restos. De pronto, uno se detuvo y, dando algunos pasos, recogió de una mata de flores una calavera, al tiempo que decía:

—¡Qué extraño! Una calavera en el jardín...

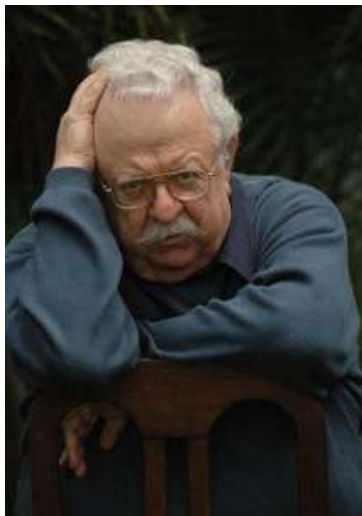
El otro miró y al ver la proximidad de la muralla, repuso:

—Seguramente la han arrojado desde afuera.

—Tiene un agujero en el cráneo...

—No juegues con ella; ponla en la fosa y terminemos cuanto antes la tarea.

Y la calavera, ya sin la mueca socarrona, pareció recostarse sobre la húmeda tierra, para dormir el sueño de los siglos.



Fuente: Cinencuentro.com

Guillermo Thorndike (Lima, 1940 - 2009)

Fue un periodista y escritor peruano, y uno de los protagonistas más destacados del periodismo de nuestro país. Entre muchos de sus títulos, conviene citar *Los ojos en la ventana* (1958); *El año de la barbarie* (1969); *El Caso Banquero* (1973); *Las rayas del tigre* (1973); *Abisa a los compañeros, pronto* (1976); *La guerra del salitre* (1977 - 1979), en cuatro volúmenes; *Los apachurrantes años 50* (1982); *Uchuraccay: testimonio de una masacre* (1983) y *Los prodigiosos años 60* (1992).

QUIZÁ SOÑAR

José B. Adolph

Volveré a perder la batalla: en algún momento, la misma mortal indiferencia asaltará mi vigilia y caeré dormido. Entonces volverán: decenas de ellas, viscosas, negras y pardas, de alas oscuras a veces desplegadas, vibrantes las antenas, vacilantes las sucias patas. Lanzaré gritos observándolas chocar unas con otras, montarse entre ellas, acercarse a mis piernas encogidas sobre la sábana: una asfixiante marea que invadirá mi piel como un vómito vivo. No, no debo dormirme, pienso: dormir es repetir la pesadilla, revivir el acoso, hundirme en ese mundo oscuro del que, en mi sueño, pugno por zafarme entre alaridos que yo no escucho pero que despiertan a quienes han de rescatarme cada vez. El horror no tiene nombre; es infinito, un infierno previsto e inevitable. Dormir, decía el príncipe danés, es, quizá, soñar; como él, no puedo morir porque carezco de la certeza del olvido.

Son las dos de la madrugada de esta jornada insomne. Seré derrotado, como siempre, pero entretanto puedo anticipar el sufrimiento y recordar: ni mi esposa, ni mi psiquiatra, ni la luminosidad de un mundo que me es ajeno lograron convencerme de la inexistencia de esos negruzcos horrores: en el universo coherente de la locura nocturna pugnan por hacerme saber que los imagino, que los invoco, que los solicito; me hablan de traumas, de represiones, de alucinaciones que provienen de las capas más hondas y lodosas de mi inconsciente. Digo "sí", "sí", en la medida en que puedo escucharles, arrinconado en una cama, en un consultorio, en un café del que habrán de sacar-

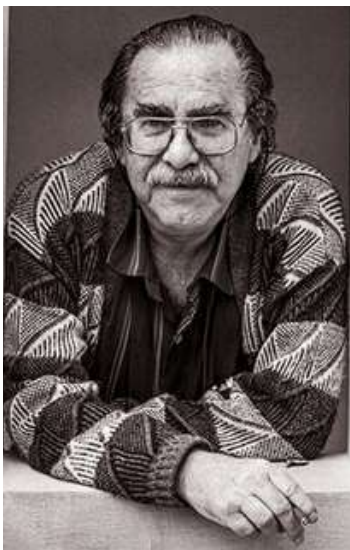
me a rastras, mientras me sacudo aquellas que ya han llegado a mis brazos, a mi pecho, a mi cuello, a mi boca. Cuando estoy despierto, como ahora, sé que es verdad que no existen, que son proyecciones de mí mismo, de esta repugnancia que soy, y que bastaría la bendición de ese insomnio natural que a otros aterra para no verlas más.

Me pesan, ya, los párpados; mi mente tiene los primeros instantes de divagación que preceden a la rendición y al consiguiente descenso al mundo en el que ellas viven y mandan. Debo apretar el lápiz entre los dedos temblorosos, abrir los ojos, exorcizar esos pequeños y febriles movimientos que convierten la habitación en un mar brillante, nauseabundo, de seres que encarnan el odio y el horror que es parte de mí o del que soy parte. No dormir, Dios, no dormir. Ya las preveo: hay movimiento en los ángulos de mi visión, en los rincones, bajo los muebles: las oigo, las huelo, las presiento en mi aterrada piel. ¿Cuánto tiempo podré resistir esta vez antes de comenzar a olvidar que no existen, antes de rendirme al terror total, a la locura sin resignación de mis gritos? Dicen que me comprenden, pero nadie puede compartir lo que cada uno de mis nervios siente cuando comienza la invasión.

Ya están aquí. Veo las primeras, todavía temerosas, corriendo de un lugar para el otro, huyendo todavía de mi mirada, inseguras. Cobrarán valor, como lo hacen cada noche; el ejército se nutrirá, crecerá, y con ello su audacia. No se esconderán más: avanzarán triunfantes, satánicas, como miles de

pequeñas vaginas negras y húmedas, y yo gritaré, gritaré que quieren devorarme, hundirme bajo su peso masivo, ensuciarme y ahogarme en un pantano vivo y móvil de miles de corazones borrosos que se unen para ser uno solo. En este momento final de mi lucidez lo recuerdo todo y presiento un horror aún mayor, todavía informe, resistiendo, negándome a volver a mi eterna guerra con la suciedad, y ya penetro en ese otro mundo del que solo me salva aquel que estoy abandonando una vez más, tan ocasional, tan efímero, tan transitorio. Estoy ya despierta, rodeada del horror multiplicado, sumida en la viscosidad de mi vida real, cotidiana, en esta habitación en la que desde una ventana con barrotes me observan, con piedad rutinaria y profesional, los ojos de los médicos mientras Ellas trepan por mis piernas, por mis brazos, por mis repugnantes pechos femeninos, mientras otras entran en mi vagina, lamiendo y mordiendo, defe-

cando, y vomitando en mis entrañas y yo añoro ese otro mundo, sin sueños, en el que soy hombre y en el que tengo una esposa, un psiquiatra y un luminoso sol que me aseguran que la realidad no existe, que debería dormir en paz, que no estoy obligado a sufrir, que no hay culpa, que el horror puede ser derrotado.



Fuente: El Peruano

José B. Adolph (Stuttgart, Alemania, 1933-2008)

Su familia arribó a Perú cuando tenía tan solo cinco años. Escritor judío-peruano, cuya alma mater fue la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, llegó a desempeñarse como periodista en diversos periódicos y revistas nacionales. Aunque con cierto retraso para publicar, considerando la generación que es coetáneo, Adolph publicó importantes libros de cuentos y novelas para el desarrollo de la fantasía y la ciencia ficción peruanas. Entre sus trabajos más destacados se encuentran la colección de cuentos *El retorno de Aladino* (1968), *Cuentos del relojero abominable* (1973), *Los fines del mundo* (2003), entre varios más; y las novelas *Mañana, las ratas* (1984) o *La bandera en alto* (2009), por mencionar algunas de su palmarés. En 1983 recibió el Primer Premio de la Municipalidad de Lima, así como el primer lugar en el concurso "El Cuento de las 1000 palabras" de la revista *Caretas*. José B. Adolph falleció en Lima el 2008.

EL PRÍNCIPE ALACRÁN

Clemente Palma

Mi hermano Feliciano no había regresado a dormir y resolví acostarme sin esperarle más tiempo. En esa época aun vivíamos juntos. Seguramente el muy borracho se había quedado dormido bajo algún banco de la taberna a la que se acostumbraba ir. Ya me tenían desesperado sus vicios y pensaba arrojarle de casa al siguiente día, pues se hacía imposible la vida común, llevando él, como llevaba, una vida tan desastrada y escandalosa.

Creo haber dicho en alguna ocasión que Feliciano y yo éramos gemelos. ¡Malhaya la hora en que fuimos engendrados! ¡Desventurada ocurrencia de la Fatalidad de traernos al mundo con pocas horas de intervalo, y, lo que es peor, con rostros y cuerpos tan semejantes! Los sabios que se dedican a estudios de psico-fisiología no consideran entre las causales que pueden romper la identidad del *yo* la semejanza absoluta de dos cuerpos. Antes de seguir la relación de un extraño episodio de nuestra vida, voy a explicar brevemente uno de los muchos fenómenos psicológicos que se realizaban en mí, con lo cual creo prestar un positivo servicio a la ciencia.

Un actor contraído al estudio de un carácter que necesita interpretar, puede preocuparse tanto de su asimilación que llegué a sentir realmente en su alma el *yo* del personaje que estudia. Entre mi hermano y yo se realizaba frecuentemente, y sin propósito intencionado, este fenómeno, debido sin duda no sólo a la identidad de nuestras personas físicas sino también a la confusión de nuestros espíritus en las tenebrosidades de nuestra vida fetal común. Desde pequeños éramos tan semejan-

tes de cuerpo y de rostro que a nosotros mismos nos era absolutamente imposible distinguírnos. Cuando estábamos igualmente vestidos y en una situación incolora de espíritu, la semejanza de los cuerpos y la entonación idéntica de la voz nos causaban el efecto de que ambos éramos incorpóreos.

¿Por qué? Porque ambos teníamos conciencia de la distinción de nuestra persona interna, pero no así *de la de nuestros cuerpos*. A la muerte de nuestro padre (nuestra madre murió al darnos a luz) heredamos una cuantiosa fortuna consistente en dinero depositado en bancos, acciones de varias empresas florecientes, una fábrica de telas de seda acreditada, y varios inmuebles urbanos.

Continuamos viviendo en la casa paterna y sucedía que cuando Feliciano y yo teníamos que salir a nuestros personales asuntos me invadía de pronto la mortificante duda sobre mi personalidad: ignoraba *cuál de los dos cuerpos, el que se iba o el que se quedaba, era el mío*. -¿Qué rasgo distintivo y personal me puede garantizar que yo soy Macario y no Feliciano? -me preguntaba yo lleno de angustia, y solo porque comprendía que se reirían de mí no detenía al primer transeúnte para decirle: -Me he perdido dentro de mí mismo; ayudadme a encontrarme. -La duda y las angustias crecían contemplando un gran retrato fotográfico que nos habíamos hecho juntos: -¿Soy yo el de la derecha, o el de la izquierda? El mismo rostro tienen ambos, la misma actitud, la misma expresión. -Y si yo no podía distinguir las imágenes ¿había acaso algún dato nuevo tratándose de las personas mismas?

Feliciano se emborracha y yo no- me decía procurando serenarme; -luego no soy Feliciano sino Macario. -¿Y por qué ha de ser Feliciano y no Macario quién bebe? Y aunque así fuera ¿quién te segura que el que ha salido es el uno y no el otro? - Hombre... vamos, porque *tengo conciencia de no beber*. -Perfectamente, amigo; pero ¿de quién es esa conciencia? -Mía. -Si, ya lo sé ¿pero tú quién eres? -Macario -¿Y por qué no Feliciano? -Y así seguía dialogando conmigo mismo y regresando siempre a la misma duda, y era tal la excitación nerviosa que experimentaba que al fin me *sentía borracho*. Y entonces ¡cosa extraña! en vez de ser mayores mis confusiones y tormentos me tranquilizaba, me convencía, me resignaba a ser Feliciano y, rendido por la fatiga, me quedaba dormido. Es ocioso referir las confusiones, cómicas muchas veces, en que incurrían nuestros amigos... Un día, por común acuerdo, pues convenía a nuestros intereses, fuimos donde un notario público y en presencia de varios testigos nos hicimos *tatuar*, mi hermano y yo, una F y una M respectivamente, en el brazo, cerca de la mano. En seguida publicamos en los diarios de la localidad un anuncio para los que por cualquier asunto quisieran verificar nuestra identidad nos exigieran les mostráramos la marca que llevábamos en el brazo derecho. Pero esto en nada resolvía el problema psicológico, la duda íntima, porque ¿quién podía asegurarme que el tatuaje no había sido hecho equivocadamente y que la M grabada en mi brazo no correspondía a Feliciano?... Lo más que podía deducirse es que para los negocios y el contacto con el mundo teníamos *personalidad convencional*, de adopción.

Reanudemos nuestro relato. Decía que Feliciano probablemente se había embriagado y dormía encima o debajo de algún banco de su taberna fa-

vorito. Y decía también, que ya me tenía desesperado su desastrada vida. Constantemente tenía que interesarme por él y pagar gruesas multas y fianzas, que luego, a principios de trimestre, me reembolsaba de la buena parte de renta que le correspondía.

En muchas cosas diferíamos de gustos y opiniones y continuamente estábamos disputando, terminando por lo general nuestras reyertas en mutuas burlas y hasta en mutuos insultos. Imposible discutir serenamente con Feliciano: era intratable. Cuando yo le llamaba: ¡borracho! Él me decía en el mismo tono irritado: ¡morfinómano! Y los dos teníamos razón en esto, pues lo confieso, si mi hermano se embriagaba por la boca yo me embriagaba por la piel. De todos modos, con vicio o manía yo no provocaba escándalos y, aun cuando amaba entrañablemente a mi hermano, me era imposible seguir viviendo con él. Resolví que nos separáramos.

Con estos pensamientos me quedé dormido esa noche, no sin haberme dado antes una inyección con mi fina jeringuilla de Pravaz. Comenzaba a quedarme dormido cuando sentí en mi despacho un ligero ruido. No hice caso al principio. En el suelo y junto al escritorio tenía yo varias docenas de libros para el encuadernador. Estaban en revuelta confusión los autores más opuestos en inspiración y en épocas: el *Orestes* de Sófocles y una edición antigua de la *Vida de la beata Cristina* de *Stolhem*; una edición de 1674 de la *Vida y hechos del Ingenioso Hidalgo*, que faltaba en mi colección de *Quijotes*, el *Wilhem Meister* de Goethe, y *L'Animale* de Rachilde; las *Disquisitione Magicarum*, de Martín del Río y *Zo'Har* de Mendès; la *Parerga* de Schopenhauer y un ejemplar de la Justina del divino marqués: *To Solitude* de Zi-

Zimmermann y muchos libros más que no recuerdo. La persistencia del ruido comenzó a irritar mis nervios: parecía como si un pequeño gnomo se entretuviera en saltar entre los libros, rascar las cubiertas y transportar las letras de una obra a otra.

Me imaginaba yo, arrastrado por mi excitada fantasía, que el caballero manchego se había empeñado en desafortunada batalla con algún súcubo del libro *Del Río*; o que la protagonista de *L'Animale* había seducido al vengador Orestes o al desventurado La Roquebrusanne de *Zo'Har*. Me cansé al final de idear extravagancias: deseaba dormir y los continuos saltos, roces, chirridos, desgarraduras y choques me despertaban en cuanto comenzaba a hundirme en las deliciosas regiones del sueño. Me puse unas chinelas, encendí luz y fui a averiguar qué era lo que producía esos ruidos. Levanté un libro: era la *Parerga*, y salió de debajo un enorme alacrán negro erizado de pelos y armado de una formidable púa en la extremidad de la cola. No sé por qué me pareció que el horrible bicho levantó hacia mí sus patas delanteras en actitud de implorar clemencia: tuve un segundo de conmiseración y pensé dejarle con vida. Pero pensé también que si tal hacía esa fea alimaña continuaría royendo mis libros y haciendo el ruido infernal que no me dejaba dormir. Era un hermoso ejemplar negro, que tenía grabado en el caparazón del tórax algo así como una corona ducal del color del carey. No hubo perdón, resolví matarle y le solté. Apenas el bicho se vio en libertad intentó huir, pero yo di un rápido salto y caí con precisión gimnástica encima de él, aplastándole ruidosamente. Quedó en la alfombra un conjunto informe de diminutas vísceras, pedazos de caparazón, tenazas, patas y pelos: todo flotando sobre líquidos turbios y sanguinolentos.

Volví acostarme tranquilamente en mi lecho. A poco sentí un ligero ruido como de algo que se arrastrara. -¡Si habré dejado vivo a ese bicho! - pensé. Pero no, era imposible: no había quedado un solo fragmento de la bestiecilla en condiciones de moverse. Cesó el rumor y me quedé dormido, olvidándome de apagar la luz.

De pronto desperté; miré en torno mío y quedé frío de terror: por todas partes estaba rodeado de alacranes que agitaban pausadamente las tenazas de sus extremidades anteriores haciendo un ruido de mandíbulas que masticaran. Infinidad de ojillos fosforescentes y bizcos me miraban con fijeza codiciosa. Veía brillar los accidentados tórax a la luz tenue de mi lamparilla verde: de las articulaciones y de los pelos salía un sudor rubio, viscoso como la miel. Y las erguidas colas se inclinaban hacia adelante ostentando sus púas agudas y ponzoñosas. Por todos lados subían a mi lecho. Unos trepaban por las cortinas y, a fin de no perderme de vista, se arqueaban horrorosamente; otros colgábanse con la púa de los cordones y borlas, columpiábanse en ellos y pasaban a una pulgada de mis espantados ojos sus tenazas erizadas de dientes. Espiaban mis movimientos y de sus ojillos bizcos fluían una fulguración oleosa y fosfórica como la de los ojos de los búhos. Y los sentía caminar, enredándoseles los pelos hirsutos de las patas en el brocado de la sobrecama. El suelo de mi habitación estaba cubierto de escorpiones: los más pequeños tendrían la longitud de mi brazo. Los más vigilantes estaban a los bordes de mi cama, se cogían fuertemente con las patas delanteras y estiraban la cola a los que estaban en el suelo para que estos subieran, y, al hacerlo, producían un ruido seco como de cueros o cáscaras frotadas. Uno de los escorpiones quiso subir al dosel de mi lecho, desde la cabecera; le veía en la actitud replegada

del salto: esperaba que uno de sus congéneres que se columpiaba en uno de las borlas, pasara cerca de él.

-¡Dios mío -pensé-, si yerra el salto va a caerme encima!

Y esperé helado de espanto. El animal saltó y se cogió al caparazón del otro, pero le hincó en la carne por las juntas: el herido se revolvió irritado y, casi en el aire, lucharon varios segundos a dentelladas y colazos, cayéndome en el pecho una gota de sangre fría y hedionda. ¡Qué horror! Yo tenía la piel cubierta de esos granitos que engendra el espanto, y debía tener los cabellos más derechos que alfileres. Mientras mayor número subían, eran más amenazadores y con mayor saña me dirigían sus venenosas púas y formidables tenazas; como el número crecía, los escorpiones se apiñaban contra mí, caminaban los unos contra los otros, luchaban y rozaban sus cuerpos fríos, peludos y melosos con mis brazos y mejillas. Sentía el vaho fétido de sus fauces deformes, de las que salía un gruñido. Lo más curioso era que yo entendía como si fueran *palabras coherentes* los gruñidos de esas alimañas, y repercutían en mi intelecto sus ideas feroces de venganza. Lo que entraba en mi oído como un sonido puramente animal se recomponía en mi intelecto y formaba frases y períodos perfectamente claros, expresiones concretas, imprecaciones y amenazas de un sentido distintamente humano. Comprendí que venían a vengar la muerte sin compasión que yo había dado a su rey; comprendí que solo esperaban una orden para devorarme: unos me hundirían las púas en los ojos; otros cogerían mi lengua entre las tenazas y me la arrancarían; otros penetrarían por mi ensangrentada boca a las entrañas y me sacarían el corazón y los intestinos. No podría huir, porque

había escorpiones en las paredes, en el techo, en el suelo, en todas partes, y en cuanto pretendiera escapar o tocar el timbre de la servidumbre, caerían de lo alto sobre mí. El corazón se lo comería la reina y con mis huesos harían un túmulo a mi víctima. Yo había sido un ingrato al llevar el luto a esa generosa raza; a ella debía el no tener hormigas ni arañas en mis habitaciones... ¡Oh! no quedaría un solo escorpión que no mojara las patas en mi sangre impía: todo sería obra de un momento y solo esperaban que viniera la reina y diera la señal. Cada minuto que transcurría aumentaba la saña y la impaciencia de esos inicuos bicharracos; los crujidos de dientes eran cada vez más horrorosos; los que estaban sobre los almohadones me tiraban de los cabellos y golpeaban mi frente con sus colas; otros me cogían las orejas y los dedos de los pies entre las tenazas y apretaban, apretaban...

Al menor movimiento que yo hacía dirigían sus armas contra mí y se preparaban a saltar. No me quedaba otro recurso que el resignarme a morir de un modo tan cruel. De pronto oí un crujido más fuerte.

-¡Dios mío! ¡Es la señal! -murmuré en una convulsión de terror-. ¡Adiós, Feliciano, hermano mío! ¡Oh Dios misericordioso, perdóname todo lo que he blasfemado contra ti! ¡Cuánto me arrepiento de haberte ofendido con una vida tan llena de pecados y depravaciones! ¡Dios magnánimo, Jesús sacramentado: recibe mi alma en tu seno piadoso! Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre y hágase tu voluntad...

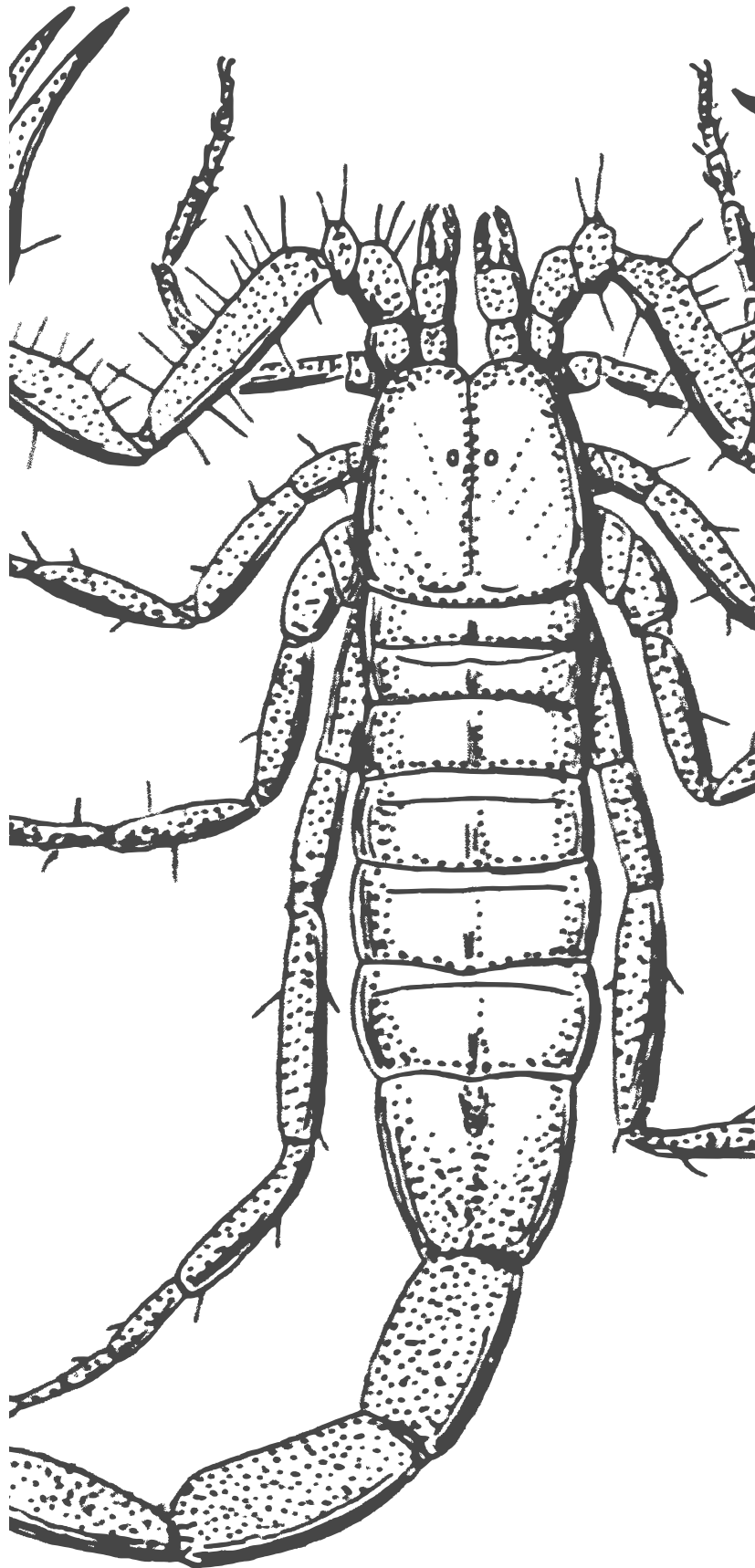
Quise cerrar los ojos, pero el terror había petrificado mis párpados. Sentí que los furiosos animales tiraban de la sobrecama. Sería para comerme más fácilmente. Un alacrán negro, hiperbólicamente grande, se irguió encima de los

demás; estaba cubierto de telarañas enredadas entre la cabeza chata y horrible, las velludas patas y la espiga de su ponzoñosa cola. Tenía grabada una corona en el coselete torácico. Un sacudimiento de horror contrajo todo mi cuerpo. Aquel bicho tenía las dimensiones de un muchacho. Avanzó lentamente hacia mí en el espacio que le abrieron respetuosamente los demás escorpiones. Cuando su espantable cabeza estuvo a la altura de la mía, mientras con las tenazas me sujetaba los brazos, me dijo:

-¿A dónde se ha ido tu orgullo de hombre, tu valor, tu vanidad de ser inteligente? ¡Ah débil, ruin, cobarde, y miserable criatura! Hace poco dejaste un reino sin rey: pensabas que el equilibrio del universo no se rompería con el despachurramiento de un bicho despreciable al que, te imaginaste, su especie no vengaría, y viniste tranquilamente a tu lecho a dormir, sin el más pequeño peso en la conciencia. Te has engañado doblemente porque el ser despreciable eres tú; tú, el ser cuya desaparición será indiferente al universo; tú, el hijo predilecto de la creación; tú, la imagen y semejanza de Dios; no contabas con que la especie de tu víctima se vengaría de tu impiedad... No tuviste clemencia con un pobre rey que te imploraba la vida, justo es que no la tengamos contigo.

-¡Perdón, reina, perdón!... -murmuré gimiendo y castañeteando los dientes. No sé por qué mi espíritu se aferró a la esperanza y percibió en el acento, en el fondo de esas palabras crueles, menos crueldad de la que significaban. Y no me engañé. La reina de los escorpiones me respondió lentamente: -¡Te he perdonado si reparas tu delito!

Hubo una formidable agitación de furia en torno mío. La promesa irritó a los escorpiones y las colas y las tenazas erguidas se dirigieron amenazadoras



hacia mi cuerpo.

-Tendré clemencia contigo -insistió con firmeza la reina-. ¿Sabes lo que buscaba el rey entre tus libros? Buscaba la ciencia del buen gobierno, es decir, quería adquirir la astucia, la maldad, la inteligencia de tu especie cuando le asesinaste villanamente antes de que lograra realizar su deseo. Pues bien, yo quiero lograr por el amor lo que mi esposo anhelaba y que tu amor puede darme. Sí, te perdono y te amo. Tu vida me pertenece y quiero utilizarla para engendrar un hijo que tenga mi raza y tu inteligencia. Eres mío por derecho de venganza y por botín de amor...

Y su boca viscosa y deforme se adhirió amorosamente a la mía; y sus tenazas enlazaron mi cuerpo. ¡Oh qué horrible el contacto de esa bestia fría, melosa, áspera, fétida!...

A la mañana siguiente llegó Feliciano, borracho aún, y me despertó. Con lengua atrapada comenzó a darme disculpas por su tardanza y su embriaguez. No le respondí; estaba conmovido con la repugnante y terrible aventura de la noche...

Quizá todo había sido una espantosa pesadilla.

Para cerciorarme me levanté del lecho y fui a ver en la habitación contigua el sitio en donde maté al alacrán rey. ¡El suelo estaba manchado, pero habían desaparecido los restos del real cadáver! Se los habían llevado sus súbditos.

Feliciano, al verme regresar inmutado, creyó que era por la cólera con él, y se levantó para abrazarme. Pero, de pronto, le vi dando zancadas y traspies:

¡Ya está uno...ya está uno... ya está el otro!...¿Si habrá más?

-¿Pero qué te sucede, borracho de los demonios? ¿Es que estás loco?

-No, hombre... Vi un gran alacrán que saltó de tu cama y otro chiquitín y los he despachurado.

-¡Asesino! -le grité con los cabellos erizados- ¡has matado a la reina y... y... y a mi hijo! ¡Desventurado! ¡Esta noche te devorarán!...

Claro es que Feliciano no me entendió. Se encogió de hombros murmurando que yo estaba más borracho que él. Esa misma tarde cambié de casa y me separé de mi hermano, quien ha seguido tan borrachón y escandaloso como antes. Feliciano es incorregible.



Fuente: RPP Noticias

Clemente Palma (Lima, 1872 - ibídem, 1946)

Fue un escritor peruano adscrito a la corriente modernista. De 1908 a 1931 estuvo al frente de la revista *Varietades*. Antes trabajó en *El Comercio* en 1892 y después dirigió revistas como *El Iris* (1894), *Prisma* (1906-1908) y el diario *La Crónica* (1929). Hijo del tradicionalista Ricardo Palma, el joven Clemente se graduó en 1899 en Letras de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, con la tesis *El porvenir de las razas en el Perú*. Durante el gobierno de Sánchez Cerro, fue perseguido político y vivió año y medio deportado en la capital chilena. Publicó *Excursión literaria*, selección de la columna del mismo nombre que tenía en el diario *El Comercio* (1895); *Dos tesis* (1897); *El Perú* (1898); *Cuentos malévolos* (1904); *Mors ex vita* (1918); *La cuestión de Tacna y Arica y la conferencia de Washington* (1922); *Historietas malignas* (1925); *XYZ, novela grotesca* (1935); *Don Alonso Henríquez de Guzmán y el primer poema sobre la conquista de América* (1935); *Había una vez un hombre...* (1935); *Crónicas político-doméstico-aurinas* (1938); y *La nieta del oidor* (1986).



IL TEMPO DELLE FINI



¿CÓMO HACER UN MONSTRUO? LA RECETA DE THE CRAMPS PARA UNA AUTÉNTICA (PRO)FUSIÓN MUTANTE

AUTOR: GONZALO PORTALS



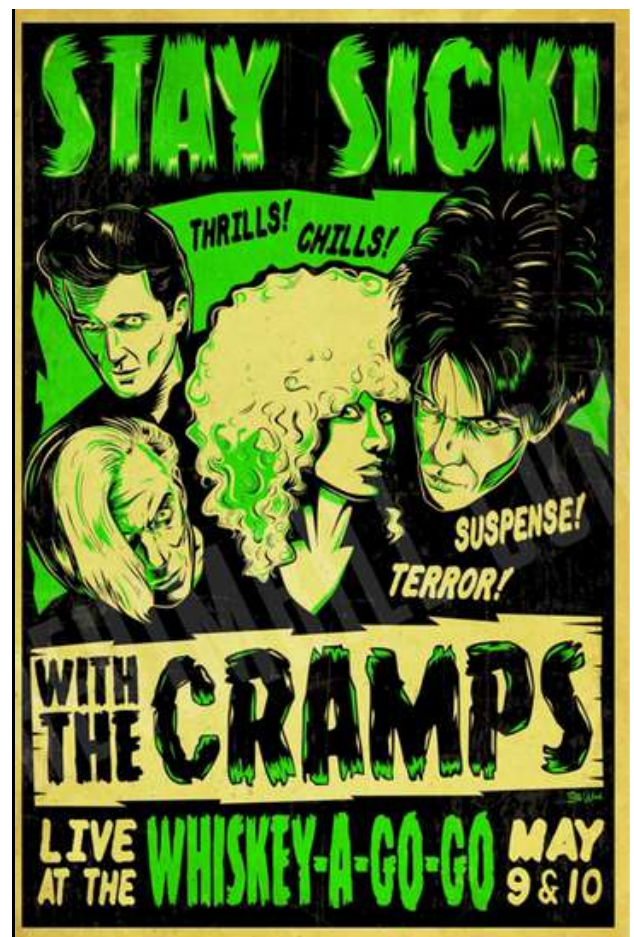
Fuente: Spotify

Esta es una aventura para buscadores de tragos antiguos y gloriosos;
para ojos y oídos sensibles a un sonido juzgado casi antinatural
para los tiempos actuales, una suerte de pecado para las hordas descabezadas
que en la actualidad merodean esta ciudad carente de leyes.

¿Quién, en su sano juicio, oye a The Cramps por estos días? ¿Alguien que se quedó anclado en el *rockabilly* o en el *hillbilly*? ¿Alguien que ama las cintas de terror de bajo presupuesto, y disfruta del látex, de los zapatos de taco alto, de las medias caladas y de las letras que emparentan a la mujer con un deseo y un elixir permanentes? ¿Alguien acaso que sueña con una voz pastosa como la de Lux Interior, rudimento ecléctico de la mejor tradición del rock melódico, urbano y guitarrero, y que se retuerce en su lecho de placer mirífico aguardando a Poison Ivy, guitarrista infravalorada, para regocijarse con el veneno de sus piernas enredadoras y los efluvios chispeantes de sus cabellos pelirrojos? No creo que muchos oigan a The Cramps hoy en día, ni siquiera aquellos que hacen de la ciudad un ghetto anclado en el pasado u oyeron de su “demencial” concierto en el Napa State Mental Hospital para pacientes psiquiátricos, en el que los miembros de la banda y los huéspedes del nosocomio se sumieron en un abrazo de dopamina determinante, un canto y una orgía comunes para democratizar el rock y la demencia, dejando en claro que ninguna de estos avances constituye la potestad de una élite o de un grupo de elegidos, sino que el ser enfermo nos toca con su varita milagrosa a todos por igual. Cuando uno, en la insensatez de su cuarto de adolescente cautivo, pincha un disco de The Cramps en su viejo tornamesas y deja caer la aguja sobre alguno de sus vinilos buscados como oro en polvo en esta Lima jaspeada de estupidez, caen a su vez varias preguntas dentro de nuestra cabeza como rastros de metralla: ¿Es factible meter en un solo paquete una propuesta que nos presente un mundo extravagante y neurasténico, propio de la temática del horror y de un inframundo plastilínico de serie B, que ambicione además un intenso glamour sonoro surgido de dicha cultura, y que, a su vez, disuelva como piel sensible en ácido mortuorio lo herético del rock para poner en tela de juicio su propia naturaleza?



Fuente: Last.fm



Fuente: Etsy.com

La respuesta es sí. ¿Se puede validar la postura transgresora de un grupo axial de la escena musical rockera, al punto de confirmar a este y sus composiciones como un producto monstruoso, pero no de acuerdo a la categoría de lo abyecto, sino más bien a la del “tomo lo más excelso de aquí y de allá”, es decir, no depredadora ni destructiva, sino más bien nutricia, devoradora de corrientes y postulados, en buena cuenta una suerte de eclecticismo entre fantástico y visceral? La respuesta, otra vez, es sí. El término monstruo, según Omar Calabrese, alude a

“**la espectacularidad, derivada del hecho de que el monstruo se muestra más allá de una norma, y de la ‘misteriosidad’ causada por el hecho de que su existencia nos lleva a pensar en una admonición oculta en su naturaleza, que deberíamos adivinar. (107)**

La incomodidad ante los recipientes reconocibles, además de su desmesura, elementos inherentes a su constitución, convierten al ser monstruoso en alguien alejado del convencimiento previo, fuera de toda norma y medida, asunto que hace que generalmente se le considere de manera negativa y que, por lo tanto, se le inserte dentro de la marginalidad. El monstruo, reunión de partes que no se comprenden ni estiman autónomas, sino que requieren de su costura imbricadora para aparentar la distinción del uno entre la apoteosis del todo, posee una serie de características que lo configuran como entidad pernicioso y negativa: es deforme, malo, feo y cruel. Así, Jordi Planella sostiene que

“**todo aquello que tenga relación con la monstruosidad denotará un cierto regusto de ne-**



Fuente: Pinterest

negativismo, algo demoniaco, el estado de caos por excelencia. (55)

El espíritu monstruoso de esta banda, cuyo nombre alude a calambres o comezones, antedicho de las convulsiones escénicas de su *frontman* cataléptico, parece haberse gestado en un set de televisión rudimentario, con mucho de ropaje sadomasoquista, afeites y pedrería barata, así como con no poco material de un bien surtido cajón o ropero de utilería dispuesto a ocupar los proscaenios de teatros reducidos y desastrados. Desde su primera aparición en vivo de 1976 en el mítico club neoyorquino “Country, BlueGrass and Blues” (CBGB), The Cramps dio con los ingredientes más inquietantes para una auténtica fusión mutante. Lux Interior (Erick Lee Purkhiser) y Poison Ivy (Kristy Marlana Wallace), cuyo paradero aún hoy sigue siendo un misterio para quienes quisieran saberla viva y más relampagueante que nunca, como hacedores de ese submundo gótico y herejes iconoclastas de un realismo sobrenatural, no solo hicieron del culto *underground* su razón de ser, y del *rockabilly* un estilo de vida, un paraíso del mezcal y un dogma ciudadano, sino que se regodearon en la fantasía fetichista, el universo del

vodevil, el burlesque y el universo pin-up, a través de Jane Mansfield o de Betty Page como ícono mayor de su confabulario kitsch, y que, por supuesto, alcanza su correlato con una Poison Ivy tan lujuriosa como ensimismada.

El *rockabilly*, originado en la década de 1950, fue uno de los primeros subgéneros del *rock & roll*. Su nombre provenía de la contracción de *rock* y *hillbilly*, esta última una variedad ruda del country. Además de la velocidad, basada en la composición de una guitarra, una batería y un contrabajo, el o la cantante suelen ofrecer en ese reducto sónico una realización muy apasionada y llena de adornos y extravagancias, con palabras entrecortadas, efectos o simulaciones de hipo, tartamudeo, susurros, balbuceos, gruñidos, gemidos, jadeos, chillidos, aullidos y ronquidos, de la que Charlie Feathers fue el hacedor más encumbrado y que edifica una parafernalia esencialista que solo Lux Interior logró extraer de lo más íntimo de su ser crispado, para regurgitar sus demonios y domesticar a la audiencia.

Brian Gregory en la guitarra le inculcó buena parte de esa dosis de descalabro y espíritu visceral a la banda, como pocos en la escena, hasta que un buen día para él y penoso para el resto de su equipo, eso dice el vulgo consumista, decidió fugarse con los instrumentos y desvincularse así del estrellato. Sería sustituido por Kid Congo Powers. Nick Nnox, quien reemplazó a Miriam Linna, le brindó a la banda el golpe clásico, medido, un sermón de cura oficioso y preciso para bendecir de manera rutinaria a su feligresía. Para los desfogues y las abluciones estaba y estuvo siempre Lux, el inmodificable. Y, por supuesto, la hiedra venenosa de su compañera de toda la vida, Poison Ivy, desde que allá por los espacios abiertos de Sacramento la recogió cuando la pelirroja

hacía autostop. Otros señalan que se conocieron durante un curso de chamanismo. Sea como fuere, lo cierto es que desde ese momento, la pelirroja supo de la predilección de Lux Interior por las ropas de látex, los zapatos de taco alto y esa actitud bucal masturbatoria con el micro a la hora de entonar un tema. Las letras de The Cramps invitan a disfrutar el momento, el baile, la sensualidad y la sexualidad, y liberarse de los problemas que traen el dinero, las responsabilidades y las preocupaciones.

El *psychobilly*, más bien, es un aderezo de lo más elemental de la cocción musical, que acondiciona elementos del punk rock, el *rockabilly* y otros géneros, y cuyas letras se caracterizan por tratar temas de ciencia ficción y horror, con una inocultable inclinación por las películas de ese tipo, además de elementos de violencia y sexo y algunos contenidos tabú, pero bajo una óptica muchas veces desenfadada, en tono de comedia. La banda, fetiche en busca operativa de fetiches, se apoderó del término *psychobilly* de un tema country escrito por Wayne Camp e interpretado por Johnny Cash. Aunque el grupo también describió a su música como “vudú rockabilly” en la publicidad de algunos de sus eventos, rechazaron la idea de formar parte de dicha escena, señalando que

“no estábamos ni siquiera para describir la música cuando poníamos ‘psychobilly’ en nuestros flyers; (simplemente) estábamos utilizando términos de feriante para mejorar el negocio.”

Son cinco los temas de este grupo, formado en la capital del estado de California en 1972, que he trabajado para incidir en sus nexos con el horror, lo gótico, el universo *freak*, la ciencia ficción, el cómic y las cintas de clase B de las que se nutre esta esen-

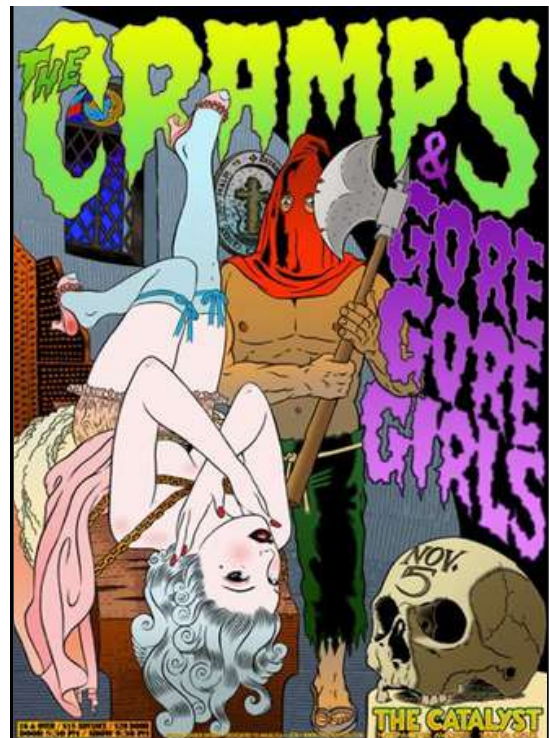
cial banda en la historia del *punk rock* / *psychobilly*, y cuyo análisis permitirá definir la condición excluyente, marginal, caótica y transgresora de su propuesta. Estos son “I was a teenage werewolf”, “Zombie dance”, “I ain’t nuthin but a gorehound”, “The creature from the Black Leather Lagoon” y “God monster”.

El primero de estos, “I was a teenage werewolf”, formó parte del disco *Songs the lord taught us* de 1980 y constituyó un tributo a la película del mismo nombre de 1957, co-escrita y producida por Herman Cohen e interpretada por Michael Landon en el rol principal. La letra recrea el espíritu atribulado e incomprendido de su protagonista, un adolescente irascible, prisionero de una violencia no deseada, de la que quiere liberarse. Esta espiral de agresividad (en una clara alusión al espíritu ingobernable de los adolescentes) lo torna diferente, lo excluye, lo aleja de sus deseos más íntimos, lo hace ver a sus propios ojos como una suerte de monstruo, cuyo dolor desea aplacar a toda costa, y que reclama, como señala la canción: “Alguien que me detenga, por favor... Tengo aciertos y errores adolescentes. Nadie me entendió. Mis dientes estaban tan crecidos. Pero nadie me detuvo... Por favor, alguien que pare este dolor.”

Caracterizados muchas veces por un espíritu sepulcral, aunque aligerado por la mofa o el escarnio, poseedores otras veces de una estética vintage y/o dotados de una oferta destinada a una audiencia lindante con lo freak y lo extraño, las letras planteadas por The Cramps merodearon siempre, con una insistencia en lo sexual y la genitalidad, tópicos tan diversos como el descontrol atómico, las amenazas interplanetarias, los avances científicos y las es-

peculaciones de laboratorio, además de los estupefacientes y los psicotrópicos, la demencia, las parafilias, el sexo masoquista, la magia negra, el vudú y el universo zombie, entre otros.

En este último renglón es que se inserta “Zombie dance”, tema incluido también en *Songs the lord taught us*. Aquí, Lux Interior y Poison Ivy ubican su creación en una fiesta *zombie* -hay que tener en cuenta, al respecto, las muchas veces que la banda ofreció conciertos en fiestas de Halloween, en las que la estética imperante tenía un sello hillbilly, pero cuyo carácter ecléctico y diverso era transformado siempre en un *psychobilly* gótico-, fiesta, digo, en la que nadie da un paso, nadie se mueve de su lugar prefijado. En las paredes se ha escrito la frase: “Nacidos para perder”. En este ámbito paródico, la vida (casi) no existe. Estos no son los típicos redivivos de Romero, Fulci, Raimi,



Fuente: Chuck Sperry

Craven u otros divos mayores de la avalancha *zombie*, hordas mutantes en pos de carne expuesta y renovada. La diferencia es que acá todos están en calma. Como dice el coro: "En el baile *zombie* nadie se mueve. (Solo) Agitan sus pies. Menean sus orejas para estar en la movida". Es claro que se trata de una crítica abierta al sistema, particularmente el educativo, que muchas veces restringe el espíritu juvenil y anquilosa las potencialidades adolescentes, dotándolas de un ánimo más parecido al de un muerto en vida que al de un joven dinámico y pletórico.

El grupo The Cramps, a lo largo de una carrera que cubrió más de treinta años, se reveló fanático del cantante de *rockabilly* Charlie Feathers, del guitarrista de blues y armonicista Howlin' Wolf, y, por supuesto, de Elvis Presley, a quien homenajearon con la salida esperada en 1985 del disco *A date with Elvis*, el mismo título del octavo disco del rey del rock, aparecido en 1959. Esta valoración de su ídolo mayor se va a ver parafraseada en el tema "I ain't nuthin but a gorehound", perteneciente al álbum *Smell of female* de 1983, en directa alusión al "I ain't nothing but a hound dog" del llamado Rey del Rock. Esta composición, además, es un homenaje a Herschell Gordon Lewis, el propulsor de la serie B de horror y creador del denominado cine gore. "No sé nada del arte", empieza diciendo la letra de esta canción

“pero sé lo que quiero. Surfearé en una ciénaga la noche del sábado. Bueno, he ido a la montaña y es solo una gran colina. Adivino que no soy más que un sabueso nacido para emocionarse. Porque el demonio no puede perdonar que cave la materia. Enloquezco (enloquezco) hasta perder el control”.

Y en otra parte añade: "Sí, el demonio del blues lanzó

esta canción. Enloquezco, enloquezco. Me voy, me voy. Ya me fui". En este tema, el demonio -el estado de caos al que aludí hace un rato- está representado por el blues, género musical cargado de inquietud, alucinación, melancolía, sufrimiento y efecto catártico, del que nuestra banda viene a ser un tributario nato. Y es que, de acuerdo con Tony Sanders:

“

El tren de la creatividad de la banda pasa por el blues del Delta y el de Detroit, o sea, el tradicional y el trazado por MC5 y Stooges. Se podría postular que el sonido Cramps era una variante del Delta a través de Ohio/NYC. Resaltan las raíces de los más magnánimos bluesmen, cuyos temas se centraban en la sexualidad como los de los Cramps, instalándose físicamente, con reverberaciones, en Lux Interior. (43)

El grupo le rinde tributo al productor Herschell Gordon Lewis en temas como "I ain't nuthin but a gorehound" y en "She devils on wheels", y a Russ Meyer en "Faster pussycat kill kill", otro director norteamericano que dirigió una serie de exitosas películas de bajo presupuesto de tipo porno softcore o "sexploitation", con una carga de humor y estética camp. Incluso el disco *How to make a monster* (¿Cómo hacer un monstruo?), recopilatorio del año 2004, título escogido para este trabajo, es el de, al menos, dos rodajes fílmicos de horror anteriores: una de 1958, dirigida por Herbert L. Strock, y otra del 2001, dirigida por George Huang. Y es que buena parte de las referencias fílmicas de The Cramps están en este tipo de películas que funcionan como fetiches, y cuya lista incluye asimismo a otras como *Monster of the ocean floor*, *Invaders from Mars*, *Plan 9 from outer space* y la serie *The man with the x ray eyes*. Al

respecto, Lux Interior declaró alguna vez lo siguiente:

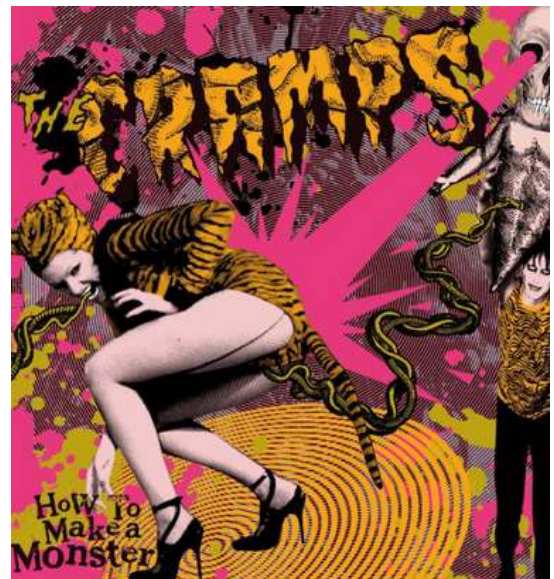
“Nosotros de lo que vamos es de otros mundos... y las películas de terror creadas independientemente, son otros mundos. Están filmadas por tipos hechos íntegramente a sí mismos, totalmente separados de este mundo. Y nosotros también nos salimos con la nuestra: los Cramps nos hemos hecho a nosotros mismos, totalmente aparte de este mundo.

Otra de estas cintas emblemáticas y crepusculares es *Creature from the Black Lagoon*, dirigida por Jack Arnold y estrenada en 1954. The Cramps re-versionan el tema de esta película de culto con el sencillo “The creature from the Black Leather Lagoon”. Agregan el asunto del cuero para dotar a la canción de un aura sexual y fetichista, tal como lo hicieron con el tema “Bikini girls with machine guns”. Incluido en el álbum *Stay sick!* de 1990, “The creature from the Black Leather Lagoon” resulta esencial para acercarnos a la comprensión de la receta de The Cramps para la creación de una auténtica fusión mutante, pues condensa la mayoría de los postulados estéticos de la banda, extraídos de las películas de clase B, el cómic, la psicodelia, lo gótico, el burlesque, lo kitsch y demás. La letra dice:

“Mejor le preguntas a mi mamá cómo hacer un monstruo. Soy la criatura de la laguna de cuero negro, soy un hermoso monstruo del espacio exterior. Aprendí cómo sacudir mis caderas en el santuario interno, Satán me dio las claves y yo le agradecí... Soy el delincuente juvenil de la luna, soy como un billón de bombas de hidrógeno. Mamá quería una cabra, pero yo tengo a mi mamá. Soy la criatura de la laguna de cuero negro”.

La letra de esta canción transige con la idea de la criatu-

ra monstruosa creada en el propio hogar. Con un acento paródico especial, la banda desentiende al monstruo de un laboratorio ortodoxo y lo incorpora al espacio doméstico. Son, entonces, las convenciones sociales, las normas caseras, los edictos lanzados por los padres, los que determinan la gestación de una criatura así. Una vez más la figura de un Satán farsesco es la que ofrece las llaves para el accionar insospechado del personaje. La laguna de cuero negro es el universo fetiche del placer sórdido y sadomasoquista. No hay, por lo tanto, criatura monstruosa, solo un ser humano, tropezante en su simpleza, explorando uno de los lados no develados de su verdadera y oculta personalidad. El monstruo es un ser humano fallido, descompuesto e incompleto, que libera sus deseos menos transitados de su psique y que, en dichas acciones, va reconociendo las zonas o partes de su verdadera identidad.



Álbum: *How to Make a Monster* (2004)

Finalmente, “God monster”, tema incluido en el álbum *Big beat from Badsville* de 1997, es una suer-

te de *ars poetica* de la banda, fruto de la imaginación de Poison Ivy. En este, la criatura monstruosa es erigida en divinidad mayor, un dios que, como dice la canción, propone “esconder a las vírgenes y decir las plegarias, porque ha llegado el disturbio del mar cósmico.” Este dios monstruo de The Cramps transgrede los límites naturales, las clasificaciones y la ley como marco conceptual. Reza así:

“**Soy el dios monstruo del fin del mundo. Soy el intruso de la cabeza caliente, el fantasma de fuego, estilete del remolino astral... Dios monstruo para tu destino en el día del juicio final, dios monstruo para tu existencia dañada, dios monstruo para tu alucinación ruinosa, dios monstruo para el fin del mundo.**

BIBLIOGRAFÍA.-

- CALABRESE, Omar. *La era neobarroca*. Madrid: Cátedra, 1999.
 FOUCAULT, Michel. *Los anormales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007.
 PLANELLA, Jordi. *Subjetividad, disidencia y discapacidad*. Prácticas de acompañamiento social. Madrid: Fundación Once, 2006
 PORTER, Dick. *The Cramps: a short history of rock 'n' roll psychosis*. Barcelona: Plexus, 2007.
 RUTA 66 N° 296 / Septiembre. Barcelona: Ediciones R 66 SCP, 2012.
 STRONG, Martin C. *The great rock discography*. Edinburgh: Mojo Books, 2000.

Prefiero, entonces, pensar en The Cramps como un estilete benéfico, un desafío imprescindible a las leyes del bienestar y la armonía, y en sus letras como armas que instigan e inoculan inquietud. Con su música, una suerte de estado permanente de imprevisión, asistimos no solo a un oscuro escenario de fascinación, sino que vislumbramos un aura de beatitud siniestra, una apertura benéfica a la alteridad y el desorden.



Fuente: Alejandra Monterroso

GONZALO PORTALS ZUBIATE (1961)

ESCRITOR

Obtuvo el Premio Copé de Oro en la VI Bienal de Poesía, y el XXIII Premio de Novela Corta “Julio Ramón Ribeyro”. Publicó, en coautoría, la antología *Los que moran en las sombras. Asedios al vampiro en la narrativa peruana*. Además, *Urge púrpura la niebla. Poesía peruana de filiación siniestra; En la curva del espasmo. El cuento peruano de dominio siniestro fraguado en el Perú; y La estirpe del ensueño. Narrativa peruana de orientación fantástica*, en dos tomos. Co-dirige los Congresos Internacionales de Narrativa Fantástica, y co-organiza el Congreso Internacional Literatura y Enfermedad.



MARCIA MORALES (EDITORIAL CTHULHU)



(Lima, 1984). Licenciada en Biología por la UNMSM, Bachiller en Literatura por la UNFV. Editora de Editorial Cthulhu. Directora de la revista literaria de terror *Nictofilia*. Ha publicado el libro *Noctem aeternus. Inconclusiones vertidas en noches de insomnio*. Algunas de las antologías que ha compilado son *Eros en el averno. Cuentos de horror erótico; En el nombre de Satán. Cuentos satánicos; El monstruo era el humano, Cerdofilia: Cuentos malsanos de cerdos; Manuscritos de R'lyeh: Antología en Homenaje a Lovecraft de autores peruanos; Horror queer, Horror bizarro: antología de literatura grotesca; y Cuentos ocultistas*, entre otros.



1. *¿En qué circunstancias nace la Editorial Cthulhu? ¿Cómo era el mercado de los sellos editoriales en ese momento?*

Editorial Cthulhu nace como una necesidad, como lectora, de encontrar más libros de literatura de terror publicados en Perú, sobre todo de subgéneros que eran difíciles de encontrar en el mercado peruano, tales como el horror erótico o el terror grotesco. Además de notar una necesidad de difusión de este tipo de literatura en el Perú, ya que en el año que nace la editorial, 2015, el terror aún era considerado como una subliteratura (cosa que ya está cambiando). Por otro lado, me di cuenta de que en aquella época aún no había ninguna editorial peruana especializada en ese género y fue así que me decidí a crear Editorial Cthulhu.

2. *¿Cuál es la propuesta de la editorial? ¿A qué grupo objetivo pretende llegar?*

Nuestra propuesta editorial es publicar y dar a conocer los diferentes subgéneros de la literatura de terror: horror cósmico, gore, horror erótico, folkterror, microrrelato de terror, poesía de terror, steamgoth, etc. Nuestro grupo objetivo son todo tipo de lectores.

3. *¿Cómo observas el desarrollo de Cthulhu como espacio editorial frente a otros esfuerzos similares en Latinoamérica y Estados Unidos o Europa?*

A partir del 2015 en adelante, me di cuenta que en diferentes países de Latinoamérica, y en el mundo en general, poco a poco se han ido fundando editoriales especializadas en el género,

además de aumentar eventos dirigidos a este tipo de literatura: congresos, ferias, etc. Me resulta genial, ya que cada propuesta suma y enriquece la literatura de terror que tanto amamos; los subgéneros dentro del terror son infinitos y cada día hay nuevos escritores, colectivos, editoriales que aportan más y crean más. Hacen que el género se consolide.

“

Por el lado de Editorial Cthulhu, aún nos seguimos considerando como una microeditorial, pero que desde nuestra tribuna ha logrado aportar al crecimiento y la difusión de la literatura de terror en Perú, y también, creo, hemos aportado nuestro grano de arena en la literatura de Latinoamérica y de España".

Tengo varios amigos escritores que me han dicho que Editorial Cthulhu los ha inspirado para fundar editoriales y revistas del género en sus países, y con esas editoriales hemos llegado a formar una especie de red de lo fantástico hispanoamericano. Sin duda, creo que todo el escenario se está prestando para que este miniboom de terror, por lo menos en Hispanoa-

mérica, se convierta en un verdadero boom.

4. Tu casa editora apela a la herencia dejada por Lovecraft en nuestro país. ¿Cuán grande y significativa es esta?

Aunque nuestra editorial lleva el nombre de uno de los personajes de Lovecraft, no pretendemos apelar solo a la publicación de horror cósmico. Sino, como lo explicaba en una pregunta anterior, en la editorial sentimos la necesidad de publicar la mayor cantidad de subgéneros y tipos de literatura de terror, sobre todo aquellos que han sido poco difundidos.

Creo que de literatura lovecraftiana ya hay bastante y cada día se publica más (lo cual me alegra mucho), pero nuestro objetivo va más por el lado de publicar aquello que no se encuentra tanto o aquello que no se difunde tanto.

5. ¿Consideras que los autores que publican en tu editorial están muy influenciados por la impronta de Lovecraft? ¿O crees que hay una búsqueda de estilo personal?

Definitivamente, no creo que los escritores que publican con nosotros busquen ser un segundo Lovecraft; por el contrario, cada uno tiene su sello característico: podría leer un cuento de Rigardo Márquez Luis, Randolph Markowsky, Pablo Espinoza Bardi, Poldark Mego, entre otros autores que publicamos, sin que me digan que ellos lo escribieron y notaría su estilo.

Aunque nuestro sello editorial lleve el nombre de un personaje de Lovecraft, ya que es uno de mis escritores predilectos, cuando creé la editorial lo

que buscaba era publicar libros de subgéneros del terror que eran difíciles de encontrar en el mercado peruano; por ejemplo, de horror erótico u horror grotesco. Y a eso es a lo que nos hemos abocado.

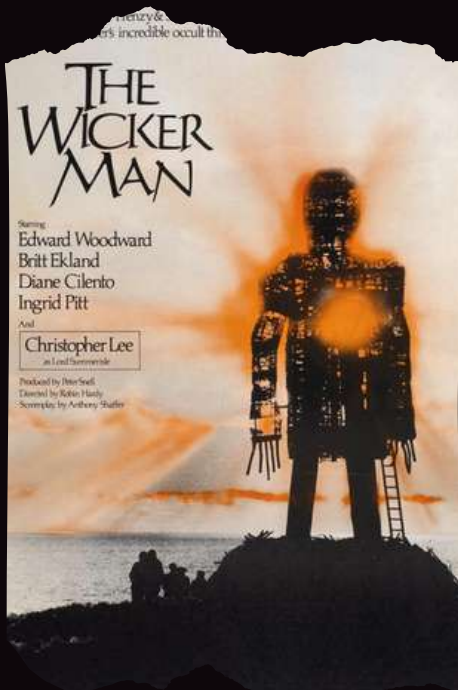
6. ¿Crees que pueda hablarse de una tradición de literatura de terror en nuestro país? ¿O los textos de esa línea publicados son solamente esfuerzos aislados?

“

Creo que para nadie es un secreto que la literatura predominante y canónica en Perú siempre ha sido la literatura realista. Desde Clemente Palma en adelante, creo que ha habido ciertos esfuerzos y publicaciones, pero, según mi parecer, han sido esfuerzos aislados que muchas veces han sido acallados justamente por esa tradición realista".

RECENSIONES DEL
OJO CINÉFILO





THE WICKER MAN (1973)

Un sargento le sigue el rastro a una muchacha desaparecida y la investigación lo lleva a una remota isla en la costa de Inglaterra, Summerisle, en la que parece convivir una peculiar sociedad de costumbres paganas. A su líder, Lord Summerisle, y a todos los demás habitantes les tiene sin cuidado la desaparición de dicha niña y otras preocupaciones son mejor atendidas: el baile, la música, el sexo sin tapujos y otras prácticas que se irán revelando como muy extrañas e inmorales desde la perspectiva del protagonista. Pronto el sargento sentirá el recelo de la comunidad mientras que la paranoia y el aislamiento lo irán descolocando cuando finalmente descubre que se encuentra en medio de la preparación de un ritual pagano en honor al Hombre de Mimbre.



MAGIC (1978)

Corky, un mago que se dedica a ofrecer pequeños shows con cartas en bares y clubes nocturnos, no se siente nada apreciado por el público, indiferente este a sus números. Entonces opta por recurrir a un componente que rápidamente le brindará el reconocimiento y fama que busca: un peculiar muñeco ventríloco de nombre Fats. Es así que su nombre hace eco en los centros de entretenimiento nocturnos y recibe una seductora propuesta para participar en un prometedor programa de televisión. Corky, emocionado, no la rechaza, pero el inevitable chequeo médico que se le exige para firmar lo sume en el pánico y se aleja con el muñeco a una cabaña en medio de la nada. Inquietantemente, el muñeco parece tener conciencia propia.



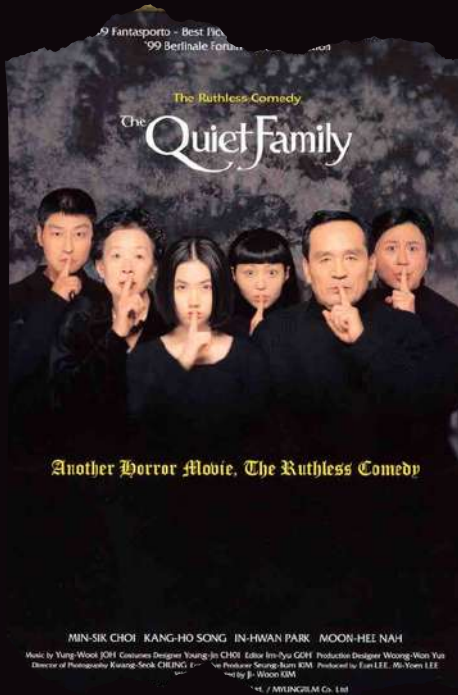
MIL GRITOS TIENE LA NOCHE (1982)

En este slasher los acontecimientos se desarrollan en una universidad estadounidense en la que una chica es brutalmente asesinada y cuyo cadáver aparece sin cabeza. No transcurre tanto tiempo y nuevamente es encontrado el cuerpo despedazado de otra mujer. La policía lleva a cabo un plan que consiste en incluir a una mujer policía camuflada como profesora para dar con el causante de tales crímenes. A estos horribles sucesos se le suma el de una periodista que se encontraba investigando los homicidios, y el de dos muchachas más halladas desmembradas. Parece no haber duda: el asesino pretende formar un rompecabezas humano con partes del cuerpo.



TETSUO, EL HOMBRE DE HIERRO (1989)

Tetsuo, conocido como el "fetichista de metales", es un extraño individuo que tiene el enfermizo hábito de incrustarse pedazos de metal en el cuerpo. Cierta día, asustado después de ver gusanos en una herida que el mismo por placer ocasionó, gritando despavorido corre a la calle y sufre un accidente automovilístico en el que choca contra otro hombre. La colisión provoca raros malestares en el cuerpo de este hombre: bultos anormales de metal empiezan a surgir de su cara, brazos y piernas. Por otro lado, parece volverse real el horrible sueño aquel de Tetsuo en el que todos sufren mutaciones para finalmente convertirse en seres metálicos.



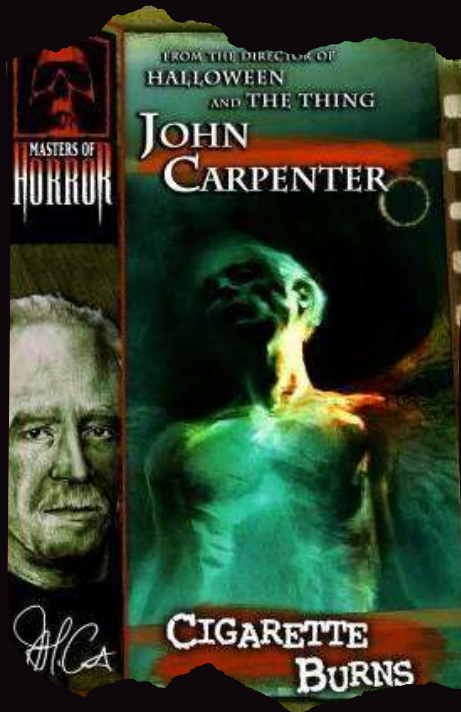
THE QUIET FAMILY (1998)

Con la esperanza de mejorar su economía, la familia Kang compra una enorme casa en las montañas para rentar las habitaciones a los turistas que se encuentran de paso. Transcurren varios días y ningún cliente llega a asomarse siquiera al lugar, y entre la creciente ansiedad de repente aparece en la noche un sombrío tipo para alquilar una habitación. Misteriosamente, a la mañana siguiente lo encuentran muerto: descubren que vino solo a suicidarse. Para evitar una negativa publicidad, la familia toma la difícil decisión de enterrar en secreto el cuerpo. Sin embargo, este no será el único sangriento caso que ocurrirá en la casa. ¿Podrá la familia Kang dar solución a sus siniestros problemas?



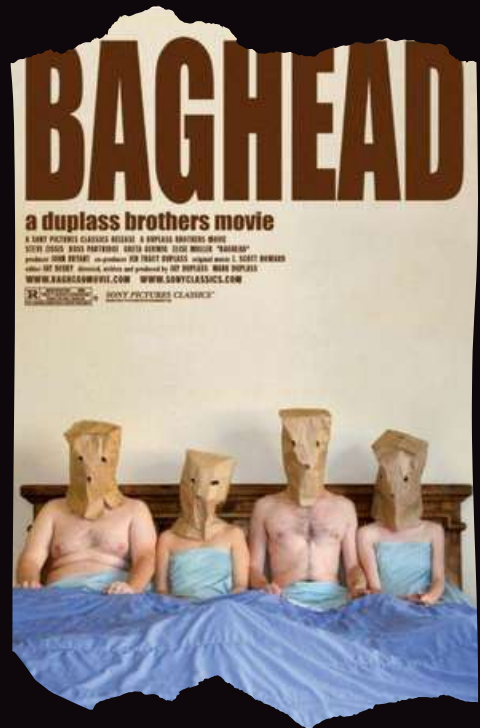
A TALE OF TWO SISTERS (2003)

Después de superar una larga convalecencia en el hospital, y de sobrellevar la muerte de su madre, las hermanas Su Mi y Su Yeon regresan a la casa de su padre viudo quien convive ahora con una nueva esposa. La relación entre la madrastra y las dos muchachas resultará áspera y conflictiva, y mucho más para la menor de ellas, Su Yeon, quien continuamente sentirá el acoso de su madrastra. Además de sufrir la hiriente displicencia de su padre, en la casa irán sucediendo extrañas manifestaciones sobrenaturales que las hermanas presenciarán directamente. La inhumana crueldad de la madrastra y el terror que producen estas apariciones irá generando un escenario inquietante y atormentador.



CIGARETTE BURNS (2005)

El octavo capítulo (de los mejores) de *Masters of Horror*, de 57 minutos de duración, nos presenta la historia de Kirby Sweetman, el responsable de la administración de una sala privada de cine en la que proyecta películas de culto de los setenta y ochenta. Rodeado por las deudas, se ve en la obligación de dedicarse a la búsqueda de películas originales y excéntricas para gente acaudalada. Un día recibe la propuesta siguiente: encontrar la singular cinta *Le fin absolue du monde* (El final absoluto del mundo). Frente a varios problemas, como el que exista una sola copia de la cinta y que se desconozca su paradero, el más enigmático de ellos es el efecto que produce en quienes la observan. Acaso la irresistible curiosidad de Kirby lo lleve por un camino sin retorno.



BAGHEAD (2008)

Un tanto frustrados por notar que a otros colegas les empieza a ir bien, y muy seducidos por la fama, cuatro actores sin trabajo deciden aislarse en una cabaña de campo para escribir una película en una semana. El dilema sobre cuál será el guion parece no llegar a buen puerto y el tiempo se culmina, hasta que, fruto de una pesadilla, a uno de ellos se le ocurre una idea: un personaje con una bolsa de papel en la cabeza aterroriza a un grupo de amigos en el bosque. El boceto de su historia parece tomar forma en la realidad cuando se ven acechados por un hombre con características similares. Este interesante filme, que navega entre la comedia y el terror, ofrece una singular mirada del cine independiente.



LA CASA DEL FIN DE LOS TIEMPOS (2013)

Dulce, una madre de familia aparentemente culpable de la desaparición de su hijo y la muerte de su esposo, lleva treinta angustiantes años confinada en la cárcel sin comprender aún lo que pudo suceder en aquel sótano de su vieja casa. Tiempo atrás, fue testigo de inexplicables apariciones sobrenaturales que la aterrorizaron dentro de su hogar y a la que culpa por su tragedia. Al quedar libre, pretende regresar a aquel lugar para descifrar las horribles visiones de las que fue testigo y desentrañar aquella enigmática profecía que dictaba la muerte de toda su familia. De elementos fácilmente reconocibles como fantasmas o casas malditas y, por lo tanto, acaso predecible e insustancial, esta cinta venezolana sin embargo demostrará una rigurosidad en su guion como pocos en este género.



SAINT MAUD (2019)

Maud es una introvertida joven enfermera, y fervorosa devota del catolicismo, que carga en la espalda un secreto que la sumerge en la culpa y la incontenible expiación mediante el cuerpo. Se encarga del cuidado privado de Amanda, una exbailarina profesional que vive en una enorme casa distante a la ciudad, postrada en cama debido al avanzado cáncer que padece. El pasado y sus traumas persiguen a Maud, quien a su vez cree recibir momentos de éxtasis y revelación de su Dios, por lo que creará ser una enviada directa de la divinidad para salvar el alma de Amanda, sin importarle las consecuencias de su desvariada misión.

RECENSIONES DE
LO SONORO



DANZIG: III. HOW THE GODS KILL (1992)



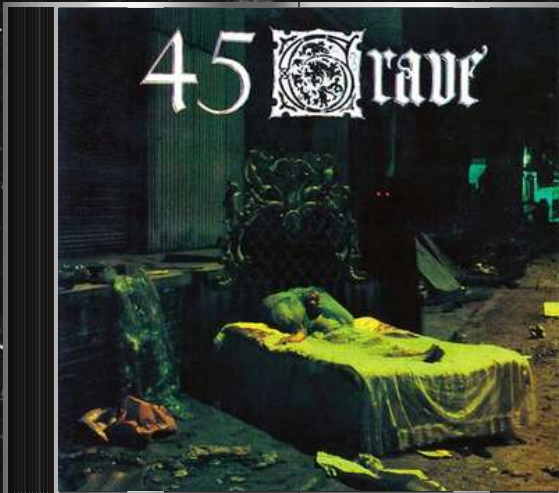
Después de su salida de The Misfits, Danzig concibió imprescindibles placas del heavy metal. El tercero de sus discos es una exploración de sonidos góticos acerca de cuestiones mitológicas y humanas como "Godless", protesta hacia un dios que nunca responde. En "Anything" la voz parece cambiar y sería ahora la de un dios dadivoso que seduce con promesas superfluas. Curiosamente le sigue el tema "Bodies", en el que un lamento colectivo de cuerpos no encuentra consuelo, por más oro o plata que se les coloque en las gargantas, ni lugar en estancia de descanso ni de tormento eterno alguno; se encuentran en un umbral en medio de la nada. Los dioses ausentes, sin embargo, poseen algo: el poder de matar, y esto es lo que en una de las canciones se busca dominar ("How the gods kill").

DIO: DREAM EVIL (1987)

Ronnie James Dio siempre tuvo una fijación hacia la magia, la fantasía, los sueños, los símbolos y tanto más donde sea que aguarde el misterio y ese otro horizonte pariente de la realidad. Ya en Rainbow, la banda de R. Blackmore, este, según dicen, tuvo diferencias con Ronnie por sus obsesiones a la hora de componer las canciones. Con una carrera solista su imaginación no tuvo escollos: en este su cuarto álbum, la entrada con "Night people" nos pregunta si nos gusta la oscuridad, la forma en que se mueve. "Sunset superman" es un interesante título que alude a una entidad omnipresente cuya sombra parece ser que la constituyen los sueños, y temas como "Dream Evil" o "Faces in the Window" manifiestan que la oscuridad que absorbe a uno al dormir es más real que cualquier amanecer.



45 GRAVE: SLEEP IN SAFETY (1983)



Considerada como una de las primeras bandas de goth y death rock, y de las mejores, en el *Sleep in safety* trazan desde la portada un oscuro y trepidante pasillo en cuyas habitaciones apreciaremos canciones que mezclan el horror punk con historias de fantasmas, el malvado amor personificado, o la reconocida "Partytime" que recuerda la oportunidad de festejar aunque la muerte esté en cada rincón. La enérgica voz de Dinah Cancer en "Violent World" es también una muestra del terror que acecha desde la pantalla del televisor como alimento diario. Una de las canciones, por ejemplo, relata el despertar de un demonio que ha surgido de la tumba 45, así como la procesión de personajes góticos que se lleva a cabo al final del disco. El órgano, el bajo, la guitarra y la batería dan forma a un singular disco que incluso tiene en su haber un instrumental surf.

OPETH: BLACKWATER PARK (2001)

Opeth marcó un antes y un después en el metal progresivo de los últimos veinte años desde el lanzamiento del que es uno de sus primeros álbumes, pero sucede que en la producción de este coincidieron con un tal Steven Wilson, de una gran carrera solista y, por supuesto, líder de Porcupine Tree, que además es un tipo muy calibrado en la edición de sonido. A esto añadámosle la voz gutural de Mikel Åkerfeldt que también sintoniza orgánicamente con una voz limpia en tracks como "Bleak", junto a riffs brutales y guitarras acústicas, el buen compás del bajo y la batería en temas que rondan de alguna manera el terror y el amor trágico. Y es la oscuridad en la mente de la que el sonido en este disco extrae su materia.



SWALLOW THE SUN: THE MORNING NEVER CAME (2003)



El álbum debut de esta banda finlandesa de doom y death metal contiene temas que, como es natural de estas propuestas musicales, enfatizan en la construcción de una atmósfera y melodías que van de la mano con un concepto determinado: en el de este caso, la desolación que provoca la oscuridad. Pero también el amor y el miedo por una siniestra figura femenina genera angustias y deseos rituales. La penúltima canción del disco, y que da nombre al álbum, relata la historia de un mundo perdido en la oscuridad desde hace siete años, cuando por última vez pudo sentirse el calor del sol. Ahora, cubierto todo de nieve y en sombras, los pocos que quedan desearían no haber sobrevivido a tal apocalipsis. Con la ausencia de un amanecer, el único anhelo que resta es morir en soledad, como reza el último tema, "Solitude".

MORBID ANGEL: BLESSED ARE THE SICK (1991)

Un sonido sucio e indescifrable apertura el álbum, como si un pasaje de voces agrietadas o un antiguo lenguaje perdido tan ininteligible nos diera la bienvenida. De este modo, el uso de la guitarra ofrece en este disco uno de sus múltiples empleos, pues además de lo referido y los rápidos riffs característicos de un álbum de death metal, las cuerdas de nylon también se ocuparán de brindarnos un juego melódico que sabe a música clásica. Acompañado de otros sonidos instrumentales y de una voz gutural, entre temas sobre el "Doomsday Celebration", la enfermedad y reinos venideros, encontraremos también referencias a dioses antiguos que esperan volver ("The Ancient Ones", "In Remembrance"....).



UCR  PÍA